

ISSN 0120-0216



# aleph



Abril/Junio 2021. Año LV

**N° 197**



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Ilustraciones de  
Sandra Sierra-Sarasty

### **Consejo Editorial**

Luciano Mora-Osejo (✉)  
Valentina Marulanda (✉)  
Heriberto Santacruz-Ibarra  
Lia Master  
Marta-Cecilia Betancur G.  
Carlos-Alberto Ospina H.  
Andrés-Felipe Sierra S.  
Carlos-Enrique Ruiz

### **Director**

Carlos-Enrique Ruiz

Tel. +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

e-mail: [carlosaleph@gmail.com](mailto:carlosaleph@gmail.com)

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Diagramación:

Andrea Betancourt G.

Impresión:

Xpress - Estudio Gráfico y Digital

abril/junio 2021

# aleph

Año LV

Bogotá, febrero 4 de 1959.

Estimado Javier:

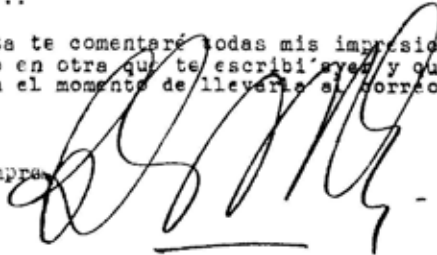
Recibas, en primer término, mi saludo amistoso y el de Fernando Vélez, que debes extender a todos los amigos de ese terruño, en especial al viejo Marco.

No tan "jodido" como para volverme conservador, pero sí con un poco de mala suerte he corrido en los días que llevo en Bogotá. Tú sabes que estuve en Salamina habilitando una materia, cuya acta correspondiente me rechazaron en el Ministerio de Educación por no estar en PAPEL BELLADO; luego de haber llamado a ese pueblo mío para que me hicieran la vuelta en el Pío XII, llevé dicha acta a aquel Ministerio donde me dijeron que yo carecía de documentación y diploma. Estoy esperando estos certificados sin los cuales no podré matricularme en ninguna universidad. Las consecuencias de todas estas faldas no se hicieron esperar: En el Externado de Colombia, donde iba a estudiar ~~de~~ Derecho, me exigieron un certificado a en el que constara que el diploma de bachiller estaba en trámite, certificado que me negaron en la oficinas del Ministerio por no estar a paz y salvo; quise ir a la Libre pero cuando lo hice ya era tarde para la inscripción; en la Tadeo Lozano no se estudia Derecho; recurrí a la Javeriana e hice tres o cuatro viajes donde el secretario de la Facultad de Derecho pero me exigían una cantidad de certificados que no tenía a mano y que me eran imposibles de adquirir en el espacio de tiempo que me concedían; como por menor te cuento que con un poco de diplomacia lleve en el momento de solicitar la admisión un librito titulado LA DOCTRINA SOCIAL CATOLICA, que contiene las grandes encíclicas sociales, pero la diplomacia cojeó esta vez. Pero, bien dice el pueblo "No hay ~~hija~~ mal que por bien no venga". Fui a la Universidad Nacional ha reclamar la documentación que se anexa a la Solicitud de Admisión, y que yo presenté como aspirante a la Facultad de Filosofía y Letras, y allí me dieron la gran noticia de que el 9 de febrero podía presentar los exámenes. Ha aquí que después de ver que todas las puertas se me cerraban una por una, se me abrió de súbito y sin tener que rezarle a ningún santo, otra, la primera que había visto abierta. Aprobaré los exámenes de admisión? ~~xxxxxx~~ Posiblemente sí..... Posiblemente no..... La posibilidad es algo sustancial a la existencia del hombre.

Creo te hayas extrañado el que yo hubiera recurrido a la Javeriana. Pero debes recordar que con estos jesuitas estudiaron Voltaire y nuestro querido Fernando González. Tal vez si hubiera estudiado con ellos ~~xxxxxx~~ me habrían inspirado más odio y esto es lo que necesito.....

En una próxima carta te comentaré todas mis impresiones de Bogotá. Así lo había hecho en otra que te escribí ayer y que no supe que rumbo cogió, pues en el momento de llevarla al correo no la hallé.

Amigo siempre,



Rubén Sierra-Mejía

Lección al conferírsele el Doctorado Honoris-causa (2002)

# Rubén Sierra-Mejía, intelectual-escritor



Carlos-Enrique Ruiz

*La importancia de un autor no consiste tan sólo en el propio valor, sino también, y en gran parte, en la oportunidad de su mensaje.*

André Gide, sobre M. de Montaigne

*Es necesario levantar la máscara tanto a las cosas como a las personas.*

Michel de Montaigne

**E**l H. Consejo Superior de la Universidad de Caldas le ha conferido el título de *doctor honoris-causa en Filosofía* al profesor Rubén Sierra, como reconocimiento público a una vida dedicada al estudio, a la elaboración rigurosa de trabajos fundamentales y a compartir sabiduría, en tanto visión crítica de la cultura, y método de trabajo en la cátedra universitaria y en sus libros. Si intentase caracterizarlo con simplicidad, diría que se trata de un intelectual y un escritor de la mejor estirpe, heredero de tradiciones como las que representaron Bertrand Russell, Isaiah Berlin, Ernst H. Gombrich, Jorge-Luis Borges, y entre nosotros Carlos-Arturo Torres, Baldomero Sanín-Cano, y la generación de la “Revista Mito”. La Filosofía ha sido su razón de ser en el ejercicio intelectual, con muy amplia formación literaria y en el

tampoco fácil terreno de la Estética. Si Borges se llamaba a sí mismo “lector hedónico”, lo es de igual modo este profesor insigne.

Tuve la suerte de acercarme a él, con un pequeño grupo de universitarios en los años sesentas, cuando a su regreso de Alemania con estudios de postgrado, comenzaba en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas, un ejercicio intelectual fervoroso, de rigor y de proyección en la cátedra. Labor que combina con la elaboración de sus ensayos que han ido saliendo de su bien estructurada pluma, con procesos lentos de maduración, hasta conformar hoy una obra maciza de reconocimiento en los medios académicos más exigentes.

De aquel primerizo vínculo con la Universidad de Caldas, como docente y como decano, quedan sus huellas en la formación de unos jóvenes que devinieron profesores y escritores. Nuestra Escuela de Filosofía continúa estando favorecida por sus contribuciones: Primero como docente y decano, en aquellos años sesentas, luego en décadas más recientes como impulsor de la maestría, con diseño personal de cursos y seminarios, y actuación periódica en ellos, en especie de puntal imprescindible; circunstancia que ha generado fortaleza que los medios académicos regional y nacional reconocen y valoran. Y continúa presente como conferenciante, director de tesis y asesor voluntario en el postgrado. Su presencia actuante ha sido además útil para atraer personas con talento de diversa procedencia profesional, quienes han encontrado en la Filosofía herramientas para la indagación seria y sostenida, en sus propios campos.

Intelectual que ha sabido conservar la independencia, ajeno a las veleidades del poder y a los dogmatismos. Por el contrario, desde su cátedra y con la vocería pública que ha ejercido con discreción, se ha permitido examinar con cuidado los problemas de la cultura en nuestro tiempo, y en particular de Colombia, para señalar los factores que mantienen en la confusión a una sociedad como la nuestra.

Su forma de expresión más elocuente ha sido el ensayo, un género que tiene asidero en la humanidad desde los tiempos de Michel de Montaigne, y fiel a las maneras de razonar y expresarse, demuestra perfección en las técnicas del idioma, además con la belleza de un estilo que no se deja llevar por los lugares comunes, ni por afectaciones de fácil recurrencia; ella tiene rigor metodológico, propio de la disciplina filosófica, con ritmo y tono para el examen y la meditación inquietante, o provocadora, que suscita la propia reflexión en discípulos y lectores.

Quizá la primera conferencia que dictó, la promovimos los estudiantes de aquel entonces en el Aula Magna de la Universidad Nacional en Manizales, en la cual compartió informaciones y apreciaciones sobre la universidad alemana, luego recogida, me parece, en la “Revista Eco” que en Bogotá editaba el Señor Buchholz.

El ensayo no es un mero artículo que alguien hace por pasar de largo con opiniones al desgaire. El ensayo requiere ante todo una fuerte formación, con dominio del tema que se va a desarrollar, sobre bases de estudio e identificación de problemas cuyos enunciados ya de suyo comprometen en el rigor intelectual, para desprender de este modo análisis coherentes, con dilucidación de aquellos y sus correspondientes desenlaces o consecuencias.

En sus tiempos de alumno universitario en Bogotá le correspondió conocer, compartir y recibir lecciones de algunos de los inmigrantes europeos que llegaron movidos por las guerras o por la simple curiosidad, en algún caso, de encontrar ocupación. Estaban palpitantes en la vida cultural capitalina el pintor Guillermo Wiedemann, el músico Olav Roots, el crítico de arte Casimiro Eiger, el analista de literaturas Ernesto Volkening, el poeta Antonio de Zubiaurre, el físico Hans Herkrath, el también físico, matemático y pedagogo Carlo Federici, el geógrafo Ernesto Guhl, el filólogo clásico Jouzas Zaranka, el humanista José Prat, el escritor José Caballero-Bonald, el químico Sven Zetelius, el historiador del arte Antonio Begman, el arquitecto Leopoldo Rother, el entomólogo, pintor y ceramista Leopoldo Richter, entre otros. Es indudable que de ese rico ambiente recibió influencias definitivas en su formación.

Si de intelectual se trata, Sierra-Mejía lo ha sido sin aspavientos, pero con asomo público de criterio tempranamente formado, diciendo con claridad de pensamiento e impecable estilo literario, las cosas que otros no dicen por falta de formación o por indiferencia frente a los fenómenos de la cultura en Colombia, ajeno a cualquier tono contestatario o revanchista. Heredero legítimo de la generación de la “Revista Mito”, aquella que permitió que en Colombia se estableciera el pensamiento y el arte modernos, aun cuando todavía no con la generalización que era de esperarse. Su magisterio ha sido amplificador, con lecciones de libre examen, con base ilustrada y análisis meticuloso. Un ensayo en sus manos casi que no llega a tener punto de culminación, por la búsqueda continua de la precisión y la claridad. La investigación filosófica ha ocupado la parte fundamental de su dedicación académica, con apoyo en destrezas que ha alcanzado en los medios informáticos.

Un intelectual, al igual que un escritor, es o debe serlo, en la mirada de Sierra-Mejía, un continuador de Sócrates, por la dedicación a la vida intensa del pensamiento, con riesgo incluso de la vida para salvaguardar la libertad de pensar. Con agudeza se ha referido en escritos públicos a la manera como los medios manejan temas serios con lenguajes frívolos, ocultando la verdad, o diluyéndola en meros pasatiempos de palabras inocuas. Reivindica la actitud crítica del intelectual, como necesaria en todos los tiempos, con el reconocimiento de un líder moral, bajo aquella característica encomiable de los intelectuales europeos en una vertiente que viene desde el siglo XVIII, o aún antes. Tiene a mano ejemplos en Voltaire, Zola, Russell, Paz, Sábato, Vargas-Llosa, Fuentes, entre europeos y latinoamericanos, al igual que en algunos otros. Precia al escritor, al intelectual, como “un juez inflexible de los acontecimientos que constituyen el cuerpo de problemas de su tiempo”. Ha hecho llamado por una tarea inmensa de sacar las mentes de su *estado de ingenuidad* en el que estén frente a los valores establecidos, con *sentido perturbador* que permita ampliar el horizonte espiritual de la época, rompiendo dogmas para secularizar.

Le reconoce al intelectual, al escritor, en sus palabras, “la función social de proveer a sus contemporáneos de criterios y nuevos valores para la apreciación de los hechos públicos”, preservando la independencia crítica, no como arma de ataque sino como elemento constructivo, con derecho de igual modo al escepticismo, a expresar la duda, con renuncia auto-obligante de los dogmas.

Su ensayo intitulado “Obstáculos a la investigación filosófica en Colombia”, es de tomar en cuenta cada vez que nos aproximemos a comprender las dificultades que se tienen en nuestra patria para el trabajo intelectual. En él los clasifica en tres grandes grupos: obstáculos *sociales*, *institucionales* e *instrumentales*, con las subdivisiones que nos facilitan comprender el conjunto de situaciones restrictivas que han venido limitando un mayor desarrollo de la vida cultural, científica, artística, de pensamiento, en nuestra sociedad. Sobre la universidad advierte la necesidad que ella tenga voz propia en la nación, sin caer en la extraterritorialidad como interpretación ciega de la autonomía, pero sin depender ideológicamente de los gobiernos, o del estado o de la empresa privada. Criterio de suyo polémico, pero actual y palpitante, para los tiempos que corren, en los que las universidades de estado han ido perdiendo, desde 1948, presencia e importancia en el país, con preeminencia abrumadora de lo privado, hasta el punto que los gobernantes sienten incomodidad de poner

la cara en defensa del carácter público de las universidades de estado, en híbrido de conductas que conducen a seguir privilegiando lo privado sobre lo estatal.

Como pocos filósofos colombianos, Sierra-Mejía ha escudriñado la trayectoria de las obras filosóficas en nuestro país, valorándolas en su justa dimensión y demarcando el comienzo de una tradición que podrá repercutir con posterioridad en la producción de obras trascendentales, de seguirse el proceso que ya viene. Sus estudios al respecto han tomado en consideración el influjo de las grandes vertientes universales del pensamiento con expresiones en personalidades que han configurado su propio halo de influencia. En especial ha examinado la producción de pensamiento en el siglo XX, con la publicación de selección de ensayos en una antología. De este modo han sido compartidas personalidades hacia las nuevas generaciones, con la visión crítica del compilador, tales como Rafael María Carrasquilla, Miguel Antonio Caro, José Eusebio Caro, Cayetano Betancur, Rafael Carrillo, Danilo Cruz-Vélez, Rafael Gutiérrez-Girardot, Daniel Herrera-Restrepo, Guillermo Hoyos, Luis Eduardo Nieto Arteta, Francisco Posada, Jaime Vélez-Sáenz, Estanislao Zuleta, entre otros. Quizá por razones de cercanía e influencias académicas, ha dedicado mayor trabajo a la obra de Danilo Cruz-Vélez, como se ve a las claras en sus diálogos publicados y en ensayos que ha dedicado al examen de sus contribuciones.

Con penetrante observación, ha señalado características de las obras de filosofía escritas en Colombia: Por un lado, no se han ocupado, en general, de problemas filosóficos, sino de un texto como objeto de estudio; por otra parte, el interés ha estado más en los temas de las grandes corrientes filosóficas que en la metodología, y como consecuencia el trabajo ha confluído en ciertas actitudes escolásticas, con la comprensión del término hacia la “adhesión a un determinado pensamiento y el rechazo a cualquier otro que parezca extraño al pensamiento escogido”.

En especial, el profesor Sierra ha ejercido la investigación, siempre lo hace, con el carácter de rigurosa, sobre personajes de la cultura en Colombia como Carlos-Arturo Torres, de quien preparó su obra con estudio prologal, en tres gruesos volúmenes, entregados ya dos de ellos por la *Imprenta Patriótica* del Instituto Caro y Cuervo. Al igual ha publicado resultado de investigaciones sobre Baldomero Sanín-Cano y Miguel Antonio Caro. Acerca de este último está por salir un volumen como resultado de su trabajo de

seminario en el doctorado de Filosofía de la Universidad Nacional. También avanza en edición un libro sobre “Filosofía y crisis sociales” en colaboración con la Sociedad Colombiana de Filosofía. Y hoy la Universidad de Caldas entrega la edición de su libro “Ensayos impopulares”.

Debo hacer mención en especial de sus estudios sobre Carlos-Arturo Torres, personaje formado en el positivismo del siglo XIX, cuya vida de 44 años transcurrió a finales del mismo y comienzos del XX, con extremos frutos en los campos de la política, el servicio público, y la letras, autor de *Idola Fori*, su más celebrada obra. Con su agudo examen lo descubre como heredero, en simultaneidad, de Herbert Spencer y Murillo-Toro. Pacifista en medio de la turbulencia, favorecía la solución negociada en los conflictos armados. Un personaje, por encontrar hoy, que acompañase a la sociedad colombiana con sus luces.

Con también penetrante mirada, el profesor Sierra analiza la obra poética de Torres, tan desconocida y menos valorada que su contribución ensayística, la que le da motivo para mostrar que también en ese campo se mueve con propiedad, estableciendo conexiones e influencias y desprendiendo conclusiones que sorprenden, como por ejemplo cuando descubre dos facetas en la escritura de poesía del personaje, primero como custodio de reglas clásicas en estructuración de rimas y de ritmos, con algunas libertades, en la creación propia y en las versiones de autores como Poe, Heine, Baudelaire, entre otros. Y luego lo identifica como practicante de una literatura de ideas, según el título mismo del discurso de ingreso de Torres a la Academia Colombiana de la Lengua, comprometido con causas sociales, de una realidad sobrecogedora, sin dejar de pertenecer por coetaneidad a la generación modernista, pero lejos de su estética. “El arte puesto al servicio de las eternas aspiraciones humanas, ennoblecido por las grandes ideas”, en palabras de Torres que Sierra recoge del texto de posesión como académico. En la misma poesía, como la teoría que pregonaba, le daba preponderancia a las ideas, al pensamiento, como defensor de la libertad y la tolerancia, además de sus características prominentes en el lenguaje y el sentimiento.

Emparenta la estética que ejerce Torres en sus escritos, con las formulaciones de Aristóteles y Platón, en tanto “la poesía apunta a lo universal”, en el primero, y “el arte es siempre una idealización”, con el segundo.

Bajo estas características, identifica la poesía de Torres con mayor afinidad a las escuelas del simbolismo y la literatura de ideas, con vínculos indisolubles.



A su vez también le descubre el profesor Sierra, a Torres, la veleidad por el puro goce estético en el libro de éste, dedicado a traducciones que lleva por título “Poemas fantásticos”, el cual califica de “precioso”. Y menciona poemas de su creación, primerizos quizá, donde se hace más evidente “una estética sin propósitos morales y sin intenciones de propaganda ideológica”.

Ese gusto por la poesía, también lo ha hecho evidente el profesor Sierra en ensayos como el prólogo, del que es coautor, de la *Antología de Traductores de poesía en Colombia*, publicado por la Casa de Poesía Silva en 1999, al igual que en la presentación pública que hizo de una antología de poetas húngaros, *El reverso de la luz*, del mismo año. En éste, con criterio y sensibilidad, aprecia las traducciones en términos de: “por más fidelidad que pueda reconocérsele, es necesario conformarse con sombras, sin poder mirar de frente el universo de imágenes que esa poesía ofrece”. Y aprovecha para hacer el llamado por los conocimientos y flujos entre culturas, como “la necesidad que tiene una lengua de estar en permanente contacto con otras tradiciones literarias que proporcionen savia nutricia a la propia”, en alusión a Goethe -también lo recuerda- quien advierte de la decadencia de una literatura que no admita participación extranjera.

Una faceta bastante desconocida del profesor Sierra es su reflexión sobre la ciudad. Ciudad que habita, que ha discernido como viajero por los continentes, ciudades del mundo que las ha recorrido de a pie. Ciudades con nombres de la realidad o de la ficción, o aún sin nombres, aquellas que quedan en el bullicio de la memoria gravitando con una anécdota o con un monumento que no alcanzamos a recordar en todos sus detalles, ni menos en su nombre o simbolismo. Ciudades de los encuentros del camino, de los cafés, de los restaurantes, de los parques, de las grandes avenidas, de los vericuetos seducidos por el misterio, y ciudades de multitudes, especie de masas de la historia, ciudades con salas y plazas de conciertos y de exposiciones, por donde se mueve en sigilo el más alto sentido de la vida.

Los nombres de las ciudades pueden ser Anastasia, Tamara, Despina, Isaura, Fedora, Zenobia, Zobeida, Esmeraldina, Cloe, Olivia, Eudoxia, Eusapia, o Procopia, como en “Las ciudades invisibles”, ese bello libro de Ítalo Calvino.

Para el profesor Sierra la ciudad tiene un sentido, una finalidad, una oportunidad para el placer, además de ser, las ciudades, grandes concentraciones especiales, desde Atenas y Roma, de las actividades económicas y culturales, con las plazas públicas o el ágora, que dieron paso a la aparición incluso de

la filosofía, en encuentros para los diálogos y los debates. En análogo contexto alude a las culturas maya y azteca, para establecer el nexo de siempre entre ciudad y civilización. Rememora la ciudad en el siglo XIX y vincula el pensamiento y la literatura a la vida de la ciudad, como en Baudelaire quien tiene a la ciudad como el escenario de su inspiración múltiple, y a quien califica de “gran teórico de la modernidad”. Vincula autores y obras literarias a ese deambular por las calles, de seres sin nombre, bajo la ambigüedad de los artistas. Recuerda al poeta Carl Sandburg, en su canto a Chicago, al igual que a Rilke en su huidas de la ciudad en un intento siempre fallido de retornar en el tiempo; también a Dostoievski, a Gogol, a Tugueniev, a Brodsky y a Joyce. Pero a su vez recuerda a los nuestros, más cercanos: a Cordovez-Moure en sus *Reminiscencias*, al López-Michelsen de *Los elegidos*, a Moreno-Durán en *Los caballeros de la invicta*, a Mejía-Vallejo en *Aire de Tango*, a Germán Espinosa por *Los cortejos del diablo* y *La tejedora de coronas*, además a Fernando Vallejo y Jorge Franco, por sus novelas *La virgen de los sicarios* y *Rosario Tijeras*, respectivamente, como testimonios creadores de la vida rica y múltiple en la ciudad, y la mayoría de ellas con recreación física de la misma.

En este su discernimiento, recogido en revista del Instituto Distrital de Cultura y Turismo (Bogotá), introduce el concepto de *deslealtad* frente a las propias tradiciones como activante de los grandes cambios culturales, en el paso de la pequeña a la gran ciudad. Los pueblos pequeños, piensa, conllevan una cohesión proveniente de la religión, la familia y las costumbres, que no permite el surgimiento de la crítica, del examen libre y abierto que genere dinámicas hacia cambios sustantivos. En la gran ciudad, advierte, “el ciudadano es persona que se separa, que se desarraiga de las tradiciones, que es desleal a aquellas instituciones cohesionadoras”. Aparece la noción: *cosmopolitismo*, por el encuentro de gentes de diferente origen, con potencialidad para el desarrollo de la individualidad. Con apoyo en Simmel, relaciona la individualidad con las *manifestaciones del espíritu*, con la presencia activa del *hombre* [o la mujer] *de pensamiento*.

Recuerdo, a ese propósito de las urbes, al gran poeta, José Hierro, Premio Cervantes de 1998, quien dice: “... gira la ciudad, irrepetible,/ giramos y giramos hasta morir.” Como que se quiere significar la dinámica incontenible de la ciudad, donde a velocidades inusitadas transcurren nuestras vidas, entre pisadas que se acumulan en el anonimato, con algunas cúspides humanas que podrán entreverse a la distancia del tiempo por aquellos estudiosos de la historia y del pensamiento, al paso de disidencias y *deslealtades* que a su vez rom-

pen la monotonía y reconducen procesos de la vida humana en colectividad, sin dejar, en casos singulares, que la acción de “masa” carcoma la conciencia de los artistas, los poetas, los filósofos.

\*

Como apartado final, intento una especulación sobre dos categorías que a mi juicio han caracterizado de manera sustantiva la vida y la obra del profesor Rubén Sierra-Mejía: *verdad* y *crítica*. Y, para el efecto, echo mano de dos apoyos de entrada, en especie de epígrafes:

*La belleza es el resplandor de la verdad.*

Antoni Gaudí

*La crítica es la savia de la Filosofía.....*

Karl Popper

Tantas cosas que fueron ya no son, y otras que nunca fueron hoy lo son, de alguna manera mañana no lo serán más. Julio Cortázar, lo decía en un poema: “Cada vez somos más los que creemos menos/ en tantas cosas que llenaron nuestras vidas,/....”

La verdad, quizá, es una obstinación por encontrar respuestas, no tanto como consagrarlas o establecerlas de manera definitiva. Lo mutante es una formulación general, y en los cambios estarán las verdades de tránsito. Polos opuestos se dan en la interpretación de lo que ocurre, y en mayor grado los dogmas y fundamentalismos frente al temor de no poder asir en un enunciado preciso algo que queremos o ambicionamos. La incertidumbre parece ser lo determinante en la vida.

Este panorama suele conducir a la indiferencia o a la desesperanza. Y no es fácil dar sentido a lo que de pronto no lo tiene, o que lo pierde de momento. Verdad sería, entonces, más el camino que la llegada. Pero a su vez también puede ser estímulo para la aplicación intensa en la búsqueda.

Los diálogos de Platón, con Sócrates como protagonista, son los mejores indicios que la humanidad ha producido en el afán por encontrar formulaciones en tono de interrogantes, más que respuestas certeras. Y entre ellos está “El Protágoras”, dedicado a explorar sobre la verdad, a continuar la búsqueda de ideas generales expresables en la forma de conceptos. Común en Sócrates

tes la idea de considerar verdadero lo que a todos les parece verdadero. Una *verdad* puede confundir a todos y luego aparecerá otro concepto distante que derive en ramificaciones los intentos consecutivos por encontrarla. Pero a su vez la objetividad tiene sus problemas. ¿De qué manera algo que puede verse es realmente percibido como *es*? ¿O lo que se palpa y tenemos la sensación de su volumen y de su textura, podrá ser definido o descrito con precisión? Precisión como identidad o concordancia entre la alusión y el asunto en sí. Antiguas cuestiones no del todo resueltas, y que nos permiten a la luz de hoy simplemente especular.

En algún momento de la intensa controversia que se da entre Protágoras, sofista, y Sócrates, el eterno, en el diálogo “Protágoras o de los sofistas”, Pródico interpone recurso para reclamar que se debe *discutir* en la cordialidad y no *disputar*, que es más propio de los enemigos, quienes buscan despedazarse, destruirse. Pero para Sócrates el asunto es claro: *discutir*, y no *disputar*. Marca una distancia entre el razonamiento que permite ir aclarando cuestiones, por medio de la dialéctica que se escenifica en la discusión, y la rebatía que conlleva imponer alguien su parecer, por el dogma y aún por la fuerza física. Nuestro Sócrates se conserva en el campo del debate, por prolongado que sea, para ir despejando camino hasta de pronto encontrar claridad generalizable en la forma de una verdad.

De por medio está el examen con rigor de los problemas, o el mismo debate con sentido de crítica, es decir, de examen en libertad, sin sujeción a imposiciones de ningún tipo, sobre la base de la información, o de los fundamentos que vayan siendo reconocidos como tales, para poder establecer consecuencias.

El intelectual, que de veras lo es, ha de tener esas características, con la capacidad de someterse al examen público en las controversias que abran espacios para acceder a la verdad, sin cortapisas. Un ambiente o atmósfera cultural de esta naturaleza es la que conviene para la formación de las nuevas generaciones, es decir, por la *verdad* como búsqueda incesante, y por la *crítica*, como libre e ilustrado examen de los problemas o de las situaciones, sin aceptar nada que aparezca como dogma o verdad última.

Sócrates busca la verdad en la construcción de razonamientos con los otros, pues él no se siente poseedor de ella. La busca a través de la crítica de las ideas con otros, por el hecho de considerar a los otros como sus iguales, sometidos al mismo esfuerzo en una búsqueda común, es decir, compartida.

El sistema escolar entre nosotros ha establecido la preponderancia de la *disputa* más que de la *discusión*. Sócrates en nuestro sistema de formación estaría con un grito continuo, en soledad. Por otra parte, la crítica de las ideas y de las situaciones, permite el avance del conocimiento, e intenta de alguna manera hacer posible la convivencia entre los humanos, sin garantizarla. Las condiciones de posibilidad de la crítica para alcanzar la verdad son anteriores al mismo afán de conquistar la verdad del conocimiento. Albert Einstein, tan actual en sus ideas, reclamaba que para lograr una educación fecunda es siempre indispensable desarrollar en los jóvenes la capacidad de *pensamiento crítico independiente*.

Apelar en este punto al discurso de Popper sobre la tolerancia, es fundamental, porque ha de ser en el clima de respeto mutuo como puede avanzarse en ese libre examen de las ideas y de las situaciones. Popper, por ejemplo, reclama un papel preponderante del intelectual en nuestro tiempo, para que se reivindique con apremio, en virtud de haber sido el causante de tanto dolor en cientos de años, con ideas, teorías, doctrinas y religiones, que han llevado a cometer *asesinatos en masa*, y a generar desolación por doquier. Responsabilidad intelectual que apunta al conocimiento y reconocimiento de la verdad, con la idea de objetividad en la convicción de lo falible del ser humano, en tradición comenzada por el presocrático Jenófanes, el del aserto: “Todo no es más que un entramado de conjeturas”.

Circunstancia que nos lleva a la pregunta sobre el porqué entre nosotros el conocimiento no avanza, o lo hace de manera tan discreta o casi imperceptible, al escudriñar en este contexto por el sentido de la verdad y la crítica. Conocimiento en tanto búsqueda de la verdad o de la certeza, en la objetividad o en la subjetividad. Las nuevas tecnologías facilitan el acceso casi inmediato a la búsqueda del conocimiento, de lo que se da por sentado que se sabe, pero no facultan para acceder a la comprensión, lo que supondría -en lo primero- una igualdad de condiciones para discutir las ideas o las situaciones, ya sea en el campo de las ciencias naturales o en el de las ciencias del espíritu. Pero aún no es así. Continuamos siendo dependientes, retransmisores pasivos de avances e ideas. No alcanzamos todavía el nivel de interlocutores. No discutimos; apenas disputamos, en ofensa permanente a Sócrates.

La carencia es de *modernidad*, por la que ha profesado Sierra-Mejía, que aún no se aposenta en forma generalizada en nuestra sociedad, por los dogmatismos imperantes, los de la violencia, los ideológicos, los de la fe ciega. Para facilitar el establecimiento de la modernidad, en forma definitiva y en-

volvente, habrá que formar a las nuevas generaciones con la idea que existen otros que son distintos de nosotros, cuya voz también vale y que es indispensable tenerla en cuenta. Otros que pueden ser interlocutores como y con nosotros, unos con otros. De esta manera conseguiríamos alguna vez que podamos avanzar juntos por el escabroso camino, sin excluirnos, sin matarnos, para hacerlo más placentero.

De vuelta a Popper, encontramos que esa búsqueda de la verdad con facilidad integra una ética, cuyos fundamentos enuncia en los principios de la capacidad de aceptar que el otro puede tener razón, en la actitud de aclarar sin apasionamiento las razones que puedan haber de un lado y de otro, y en la seguridad que sin ataques personales podremos acercarnos juntos a la verdad y alcanzar acuerdos, concertar. Integración válida que tiene también asidero en la bella formulación ética que hizo Schopenhauer: “No hagas daño a nadie y ayuda lo que puedas”, una síntesis afortunada.

Se trata, como reclamaba Sócrates, de *discutir* y no de *disputar*.

\*

Me he quedado sin aludir a otros campos de trabajo fundamental del profesor Rubén Sierra, en temas, por ejemplo, como las relaciones entre filosofía y literatura -Jorge-Luis Borges de por sí un gran tema-, y sus ensayos sobre la filosofía analítica. Pero no se trataba de agotar con estos comentarios su obra, la cual da, por su importancia, para promover trabajos de grado y tesis doctorales, lo que sin duda ocurrirá. Su obra está en plena marcha y nos tiene en deuda, además, con sus lecciones de estética, campo por el cual ha tenido especial vocación y gusto, en resultado de cátedras impartidas con sabiduría y penetrantes análisis.

El profesor Sierra ha tenido bien calibrada la brújula en la continua búsqueda de la verdad y en preservar su talante crítico, en su obra esencial, bajo la misma convicción de Popper de *poder aprender mediante la crítica, es decir, mediante la discusión racional con los demás, pero también mediante la autocrítica*, que el profesor Sierra ejerce de manera implacable.

Manizales, Universidad de Caldas, Teatro 8 de junio, a 26 de sept. del 2002.

# Encuentro de caminos con Rubén Sierra

Clara-Helena Sánchez B.

**C**aminante no hay camino se hace camino al andar reza un conocido y renombrado verso de Machado. En el camino de mi vida académica en la Universidad Nacional me topé en varias ocasiones con Rubén Sierra, dos de ellas muy significativas para mi desarrollo profesional. Hoy quiero resaltarlas para destacar los múltiples saberes y aspectos de la personalidad de Rubén.

El primer encuentro fue indirecto, a comienzos de la década de 1970 un nuevo programa de la carrera de filosofía estableció cuatro cursos obligatorios titulados Lógica y matemática I, II, III, IV con los cuales se quería ofrecer a los estudiantes nociones de matemática moderna, particularmente de lógica matemática. La lógica como disciplina está presente desde el primer pénsum de 1946 del Instituto de Filosofía, y estuvo a cargo inicialmente de Cayetano Betancourt. El contenido de la asignatura es de la lógica tradicional; desde esas épocas la lógica fue siempre parte del pénsum de la carrera de filosofía como bien puede apreciarse en el Anexo I, al trabajo de Gonzalo Serrano<sup>1</sup> sobre la historia de

1. Gonzalo Serrano, 2006, Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia: Hitos y vetas en la búsqueda de la disciplina. En Cuatro décadas de compromiso académico con la construcción de nación. Editores M. Archila, F. Correa O. Delgado y J.E. Jaramillo, Universidad Nacional de Colombia. Pp. 99-125, 523-529.

la filosofía en la Universidad Nacional. Rubén, según consta en documentos que me fueron facilitados por el Archivo Histórico de la UN, fue uno de los profesores de esa asignatura en varias ocasiones.

Por ello no es de extrañarse que en el nuevo pensum de 1969 se incluyera a la lógica, la diferencia es que se solicitó apoyo al Departamento de Matemáticas para impartirla. La lógica matemática comenzaba por esos años a tener fuerte influencia en los distintos niveles de escolaridad con la implementación de la matemática moderna en una reforma educativa del Ministerio de Educación Nacional y en la investigación filosófica en nuestro país. Los primeros cursos del programa impartidos por profesores de matemáticas fueron bastante formales, con fuerte influencia bourbakista y no fueron bien recibidos por los estudiantes. Eran épocas difíciles del movimiento estudiantil y se quería cambiar la lógica matemática por la lógica dialéctica. Entre los profesores que llegaron a impartir esos cursos estuvo el profesor Alberto Campos quien hacia 1973, en discusiones con los estudiantes recibió la siguiente pregunta: profesor estamos viendo los presocráticos en otro curso, ¿ellos no hicieron nada en matemáticas? Alberto me cuenta, en testimonio personal para este escrito, que se iluminó de como debería ser un programa para estos cuatro cursos pues evidentemente los presocráticos hicieron muy buena matemática y las relaciones entre matemática y filosofía han sido muy estrechas desde entonces. El programa se fue construyendo poco a poco y para ello el profesor Campos vinculó a cuatro profesores de matemáticas para colaborar con el desarrollo del programa. Tuve la fortuna de ser uno de esos. El programa se fue montando con la supervisión de Rubén Sierra y Ramón Pérez Mantilla. Este le había solicitado a Rubén, como director del Departamento de Filosofía, que hiciera un curso sobre positivismo lógico. Esto, lo hizo abandonar su interés en la antropología filosófica y dedicarse un tiempo a la filosofía analítica<sup>2</sup>. Es más, fue recibido en la Universidad de Ohio para ser una maestría en filosofía analítica con el profesor James Gault (1943-2012). Por razones que desconozco ese posgrado nunca se llevó a cabo.

En mi formación en matemáticas, había tenido un curso de lógica con el profesor Carlo Federici, su curso era, como el mismo los titulaba, de lógica y metodología, y debo decirlo se quedaba corto en cuanto a los desarrollos de la lógica matemática. Reemplazar al profesor Federici, que por esa época era

2. Rubén Sierra, entrevista de Myriam Jimeno publicada en el *El libro de las Celebraciones*, II, Mutis, Santiago, Roca, Juan Manuel y Jineth, Ardila, curadores, Bogotá: Asociación Lengua Franca, 2009, pp. 137-144.

uno de los profesores de la carrera de filosofía no fue fácil, pero el profesor Campos manejó adecuadamente la situación y lideró el grupo. Propuso un interesante programa que se mantuvo prácticamente inmodificado por lo menos 20 años. En 1978 Campos presenta una primera versión de sus notas de clase titulado *Matemáticas para filosofía. De Pitágoras a Euclides*<sup>3</sup> y presenta el contenido del programa: Lógica y matemática I: de Pitágoras a Euclides, sobre el nacimiento de la matemática “pura” y de la demostración matemática; II de Euclides a Hilbert y Bourbaki, desarrollaba la “invención” del método axiomático en los *Elementos* de Euclides y su transformación en el tiempo; III Introducción a la lógica contemporánea, un curso técnico de lógica matemática y IV Introducción a la matemática contemporánea, el desarrollo de la lógica en el siglo XIX (Boole y Frege), el nacimiento de la teoría de conjuntos, sus paradojas, las corrientes filosóficas para abordarlas para finalizar con los teoremas de incompletitud de Goedel. La noción de sistema formal es la base del recorrido de las asignaturas que debían hacerse en orden. Buscaban, además, tener relación con otras materias del pensum de la carrera de filosofía y por ello Rubén fue el interlocutor permanente en la construcción del mismo. Por esos años estaba interesado y ofrecía cursos sobre positivismo lógico y filosofía analítica, en los que se conocía como Filosofía VIII. Los programas por él ofrecidos se encuentran en el Archivo Histórico.

Lo que aprendí en los seminarios internos del grupo sobre lógica, historia y filosofía de la matemática y en la preparación de las clases para llevar a cabo el programa me sirvió para ingresar al doctorado en el Centro de Lógica, Epistemología e Historia de la Ciencia (CLE), recién fundado en la Universidad de Campinas, Brasil. Así, ese primer encuentro con los intereses de Rubén Sierra sobre lo que debían ser los cursos mencionados de actualización de lógica y matemáticas para los futuros filósofos, y que sirvieran de fundamento a la filosofía analítica, me llevó a dedicarme en buena medida a esas tres áreas de la matemática.

El segundo encuentro a resaltar se da a comienzos del siglo preparando mi trabajo de promoción a profesor titular. Estaba en la sección de Raros y Curiosos de la Biblioteca Central cuando me encontré con Lisímaco Parra, sorpren-

3. A. Campos, 1978, *Matemáticas para filosofía*. Bogotá, Yu Takeuchi publicaciones. Más detalles sobre el programa se encuentran en A. Campos, *Introducción a la historia y la filosofía de las matemáticas*. Vol. 1 *Lógica y Geometría Griegas* (2006). Vol.2 *Hacia la formalización en Hilbert y Bourbaki* (2008). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

dido de que estuviera como profesora de matemáticas en esa sección; le conté que preparaba un trabajo sobre la historia de las matemáticas en Colombia en el siglo XIX, me dijo estaban organizando un Seminario de Doctorado sobre pensamiento colombiano dirigido por Rubén Sierra y me invitarían a participar. Efectivamente recibí la invitación y me vinculé al Seminario, establecido con el fin de “promover la investigación en la historia de las ideas y en general de la cultura colombiana”. Fui uno de los *puntos fijos* del grupo. La Cátedra de Pensamiento Colombiano duró hasta que las fuerzas de Rubén comenzaron a desfallecer y fue necesario terminarlo.

Allí el encuentro con Rubén fue directo, sesión por sesión, cada semana, alguno de los participantes presentaba su proyecto desde su área disciplinar y lo relacionaba con el tema central del Seminario. Rubén siempre tenía algo que aportar, fuera de Historia, Filosofía, Artes plásticas, Economía, Derecho, Matemáticas, Música, Ciencia Política, Literatura, Antropología, o Arquitectura; sabía quién o qué fuente podría mejorar el desarrollo del tema propuesto. El Seminario, por ello, gracias a sus gestiones, fue interdisciplinario, interinstitucional e internacional pues varios invitados extranjeros conocedores de nuestra historia participaron en los casi 20 años de desarrollo del Seminario. Del mismo nació la Cátedra de Pensamiento Colombiano, ofrecida por el Departamento de Filosofía, en la cual se exponían los temas desarrollados en el Seminario, y se recibían comentarios y sugerencias de los asistentes. El ciclo terminaba con la publicación de un libro. Rubén era el editor, impecable en su trabajo. Está por publicarse, el sexto volumen, el último de ellos, sobre el Frente Nacional. Los anteriores en orden de aparición fueron los siguientes:

1. Miguel Antonio Caro y la cultura de su época (2002), 14 autores.
2. El radicalismo colombiano del siglo XIX (2006), 14 autores.
3. República Liberal: sociedad y cultura (2009), 15 autores.
4. La Restauración Conservadora (2012), 11 autores.
5. La Hegemonía conservadora (2018), 10 autores.
6. El Frente Nacional: política y cultura (2021 ?), 9 autores.

El rigor en la coordinación, el respeto por las presentaciones, por las ideas de cada participante (35 autores colombianos y 3 extranjeros), su calidad como editor, permitieron unos resultados exitosos y un gran aporte al pensamiento colombiano y su divulgación tanto en la Cátedra como en los libros publicados. Compartí con Rubén un Comité de Publicaciones de FODUN.

Comité que no prosperó, pero del cual se publicó una traducción del *Analista* (1734) de George Berkeley, interesante obra en la cual el obispo inglés critica el cálculo de los infinitesimales de Newton y Leibniz. Otro encuentro con Rubén que me permite dar fe de su calidad, responsabilidad y ética como coordinador de publicaciones y sus capacidades como editor.

Al final del Seminario con cierta frecuencia, unos pocos alrededor de Rubén teníamos tertulias, acompañados de unos whiskies y unos pasabocas, sobre los temas tratados en la sesión, la situación del país, o el acontecer internacional. Fueron veinte años de enriquecimiento personal al lado de Rubén, y de sus invitados al Seminario. Aprendí muchísimo sobre las diversas épocas de nuestra historia, al lado de sobresalientes intelectuales tanto nacionales como extranjeros que han reflexionado sobre el desarrollo de nuestro país.

Gracias Rubén. Seguiré recordándolo con profundo afecto en mi camino.



# Rubén Sierra-Mejía y la responsabilidad intelectual de un editor

Gustavo Silva-Carrero

**E**l filósofo y escritor inglés Aldous Huxley (1894-1963) publicó en 1947 un pequeño texto que buscaba preparar su espíritu de lector ante la hipotética catástrofe de perder su biblioteca entera. En *Si mi biblioteca ardiera esta noche* Huxley se afana en invocar la compañía de aquellos autores que recuperaría a la mañana siguiente de la catástrofe. Entre los literatos recuerda a Shakespeare y Dante, dos imposibilidades del pensamiento cuya realidad es difícil de aceptar, pero que son “un hecho de la historia y la experiencia” (2015, 196). En cuanto al ensayo, género en el que el autor de *Un mundo feliz* (1932) también brilló, apunta sin tardanza a recuperar los escritos de Michel de Montaigne (1533-1592), primer ensayista de la historia y, paradójicamente como lo afirma Huxley, al mismo tiempo el mejor de todos en este género. Huxley también señala como columnas del ensayo crítico y el pensamiento en desarrollo a Pascal, Hume, Samuel Johnson, Coleridge, De Quincey, Emerson y Schopenhauer, que como dijo Borges “acaso descifró el universo”.

Aldous Huxley fue también un maestro del ensayo, no solo porque lo cultivó durante toda su vida, sino porque lo estudió y diseccionó para entender su dinámica interna, su alcance y su fuerza. Para Huxley el ensayo es un recurso literario que sirve para “decir casi todo acerca de casi todo” (2015, 33). Aunque, a



diferencia de la novela, en el ensayo no se puede dar rienda suelta a la narración, pues casi por definición el ensayo es un texto breve en el que el autor es muy consciente de sus conclusiones provisionales. En el ensayo se expresan tres polos distintos; por lo regular uno a la vez, aunque también un mismo texto puede hacer gala de varios de ellos. El polo de lo autobiográfico y lo personal, el polo de lo concreto, fáctico y objetivo, y el polo de lo universal y abstracto. Así, reconoce Huxley a ensayistas que se valen de la autorreflexión y la anécdota para construir piezas narrativas de gran fuerza espiritual. Los ensayos que explotan el polo de lo personal generalmente logran tender puentes directos entre el autor y el lector, pues con seguridad apelan a las experiencias, los sentimientos y las creencias que nos identifican como integrantes de un tipo particular de comunidad. El polo de lo objetivo y concreto tiene expresión en ensayos que se concentran en lo exterior, en los datos relevantes, lo demostrable. Generalmente, –afirma Huxley– estos son los ensayos que enfrentan temas político-científicos y en donde el autor evita hablar directamente de sí mismo. Por último, encontramos los ensayos de características abstractas que abordan la idea, el concepto y lo universal, mediante la construcción de un lenguaje despojado de “cuerpo” (experiencias inmediatas), pues su objetivo está más cerca al del cálculo, que busca verdades inmóviles, que al de la descripción.

Sin embargo, para Huxley los ensayos más satisfactorios son aquellos en donde el autor es capaz de acoger lo mejor de los tres mundos en su breve disquisición. Para eso, cree el inglés que es necesario ejercer con libertad y sin esfuerzo el pensamiento y la emoción, para que ambos fluyan, en forma de crítica y reflexión, de lo personal a lo comprobable, externo y social, y de allí a la idea abstracta que retorna a la experiencia interior. Por supuesto, Montaigne es para Huxley el maravilloso ejemplo de este tipo de escritura que fluye sin condicionamientos aparentes.

En nuestro medio colombiano encontramos por lo menos un ejemplo claro de esta capacidad ensayística, cuyo autor fue capaz de poner en circulación las ideas más abstractas de la filosofía en la reflexión concreta de nuestras crisis sociales y proyectar, a la vez, en dicha reflexión toda la potencia de su espíritu como pensador y ameno conversador. Me refiero al filósofo, ensayista, profesor universitario, gestor cultural, editor y traductor Rubén Sierra Mejía, quien murió a sus 82 años el pasado 28 de junio de 2020.

Sierra Mejía practicó con superioridad el ensayo. Se sentía tan cómodo en el texto crítico breve y de mediana extensión que su pensamiento fluía natu-

ralmente por ámbitos tan diversos como la filosofía, la economía, la política, la historia, la ciencia, la arquitectura y el arte. En su labor como académico prefería el ensayo, pues, como afirmaba, es “una experiencia de lectura en donde uno no busca concluir nada”. Este ejercicio de permanente lector y pensador riguroso que no está por la conclusión, sino por la conversación entre ideas, fue una de las características más relevantes del desempeño académico de Sierra Mejía y que, tal vez, lo describen mejor en su polifacético trabajo intelectual. Su preocupación constante por hacer del trabajo filosófico un factor de incidencia en la opinión pública lo llevó a buscar en el ensayo un instrumento de reflexión y construcción cultural. Como maestro del ensayo se interesó porque otros intelectuales, provenientes de disciplinas diversas, también lograran fluir hacia la reflexión de lo concreto, lo personal y lo universal.

## **Ensayos para comprender a un país**

Por cerca de veinte años Sierra Mejía convocó, coordinó y guio a un grupo de académicos de distintas disciplinas para trabajar en la conversación crítica y la reflexión fluida con la finalidad de entregar al país un compendio de ensayos que nos permiten apreciar la evolución intelectual de nuestra nación, con miradas diferentes, múltiples lecturas y conclusiones siempre provisionales. Bajo su coordinación el Seminario de Pensamiento Colombiano se convirtió en el espacio propicio para que la reflexión abstracta encontrará “cuerpo” en la historia de nuestro país y a partir de allí se abordarán cuestiones no solo de orden académico sino, más aún, de interés público, con tratamientos diversos y diferentes perspectivas en sus correspondientes análisis. El ejercicio de la conversación para provocar ideas fue para Sierra Mejía el método de desarrollo del Seminario y gracias a tal actitud emergieron seis volúmenes de ensayos<sup>1</sup> producidos por el grupo de académicos que expresan, sobre temas comunes, visiones distintas de nuestro país. En su labor como editor de los ensayos del Seminario, Sierra Mejía logró mantener la conversación entre los diferentes autores de cada volumen y, más allá de esto, alcanzó un diálogo acerca de la realidad del país con un público más amplio en ámbitos políticos y sociales con intereses distintos a los meramente académicos.

1. La producción ensayística del Seminario de Pensamiento Colombiano impulsada, organizada y editada por Rubén Sierra Mejía se reúne en los siguientes seis volúmenes publicados en la Universidad Nacional de Colombia: Miguel Antonio Caro y la cultura de su época (2002); El radicalismo colombiano del siglo XIX (2006); República liberal: sociedad y cultura (2009); La restauración conservadora 1946-1957 (2012); La hegemonía conservadora (2018); El Frente Nacional: política y cultura (en prensa).

En paralelo y complementariamente con el trabajo de coordinador y editor en el Seminario de Pensamiento Colombiano, Rubén Sierra Mejía impulsó la realización de dos coloquios en torno a la filosofía y la crisis colombiana en los primeros años del presente siglo. Con la organización de estos coloquios Sierra Mejía y Alfredo Gómez-Müller buscaron incentivar a un grupo de filósofos para que reflexionaran sobre las distintas dimensiones de la crisis nacional. Uno de los motivos que impulsaron gran parte del trabajo académico de Sierra Mejía era precisamente el de hacer que la filosofía colombiana aportara a la reflexión de nuestros propios problemas como país. No necesariamente que aportara soluciones, pero que si pensara los problemas y, sin apasionamientos o posiciones previamente tomadas, arrojara luz a los supuestos, estructuras y alcances de tales problemas. Como era natural en su ejercicio intelectual, Sierra Mejía compendió y editó los ensayos presentados en los coloquios sobre la crisis del país en dos volúmenes, denominados *La filosofía y la crisis colombiana* (2002) y *La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas* (2008).

Como se ve, su labor como editor fue intrínseca a su ejercicio intelectual, pues en cada trabajo Sierra Mejía intentó construir sobre las bases firmes de la conversación ilustrada (entre autores y siempre con el lector), puentes de comunicación con la sociedad. Sus ensayos y los ensayos editados por él buscaban conformar, a la vez, conocimiento y sana opinión pública. A esta faceta de editor de Rubén Sierra Mejía es a la que quiero dedicar este pequeño escrito, intentando resaltar su pasión por la conversación, la lectura y el ensayo como fuentes indiscutibles de su visión editorial.

La vocación de Rubén Sierra Mejía por el trabajo editorial se despertó en su juventud cuando con sus compañeros lectores compuso un libro que reunía a poetas nacidos en Salamina. El libro de 1955 se tituló *Salamina: ciudad poesía*. Posteriormente, junto con otro compañero lector, Javier Londoño, creó un periodo semanal de opinión y cultura que dieron en llamar *Voces Nuevas*. De esta forma Sierra Mejía se introdujo en el trabajo editorial que va más allá de la mera composición de libros y que busca, en esencia, hacer conocer a un círculo más amplio temas culturales y de opinión. Divulgación que por lo regular requiere de un curador, un editor que se esfuerce por entablar conversaciones dinámicas con el lector.

En los primeros años de la década del 70 del siglo pasado, Sierra Mejía renunció a su trabajo como profesor de la Universidad Nacional, por desave-

nencias con el rector Luis Duque Gómez. Fue en esa época cuando empezó a dictar clases en diversas universidades de Bogotá como los Andes, el Externado, la Libre, la Distrital y la Gran Colombia. Uno de sus trabajos entre clases tenía que ver con la corrección de textos en la Editorial Antares de propiedad del poeta Jorge Gaitán Durán (1924-1962), el mismo que junto con Hernando Valencia Goelkel (1928-2004) fundara la revista *Mito* en 1955. Con seguridad, la labor de corrector de estilo que desempeñó Sierra Mejía por aquella época le entregó otra perspectiva del trabajo con el lenguaje y las ideas. Todo corrector de textos se enfrenta a la dificultad de respetar y cuidar por encima de cualquier cosa las ideas del autor, mientras, al mismo tiempo, busca “mejorar” el texto en su comprensión desde el conocimiento de la gramática y el estilo; siempre con la mínima intervención. Estoy seguro de que Sierra Mejía era consciente de la dificultad, así como sé que lo exasperaba la intervención exagerada de los textos que algunos correctores podían llegar a hacer. En alguna ocasión conversamos de eso, cuando lo encontré en el Departamento de Filosofía de la Nacional desesperado porque, según sus palabras, todo un libro de 400 páginas, que en el momento estaba editando, había sido “echado a perder por un corrector irresponsable”. En aquel momento concluimos que los que hemos desempeñado la labor de corrección de textos sabemos que es una tarea difícil, pero eso no exime a nadie del imperdonable pecado de la sobre-corrección.

Rubén Sierra Mejía llevó a cabo una labor indispensable para la filosofía colombiana. Por cerca de una década, entre finales de los 70 y finales de los 80, reconstruyó la historia del pensamiento filosófico en nuestro país que transcurrió durante el siglo XX. Esto le permitió a la filosofía profesional colombiana identificar su grado de madurez (mejor, de inmadurez) y su ubicación dentro de un contexto más amplio de corrientes y escuelas de las que somos deudores. En su artículo “Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX”, publicado en el número 194 de la revista *Eco*, de diciembre de 1977, Sierra Mejía resalta la corriente neotomista dominante en los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del XX, que dio sustento filosófico a la visión conservadora que delineó nuestra nación a partir de intelectuales tan influyentes como Miguel Antonio Caro (1843-1909) y monseñor Rafael María Carrasquilla (1857-1930). La corriente moderna de la filosofía llegó al país solo hasta los años 40 del siglo XX con los trabajos académicos de filósofos, provenientes del Derecho, como Luis Eduardo Nieto Arteta, Rafael Carrillo (primer director del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional) y Da-

nilo Cruz Vélez, maestro y gran amigo de Rubén Sierra Mejía. Estos autores rompen con la tradición neotimista de la época conservadora y se acercan al desarrollo fenomenológico de la filosofía alemana de principios del siglo XX, expuesta por Max Scheler (1874-1928). Sierra Mejía señala que en las décadas siguientes se amplió el estudio de la filosofía alemana acogiendo autores como Husserl, Heidegger, Nietzsche o Marx. Los filósofos colombianos que asumieron esta tarea son considerados por Sierra Mejía como la primera generación de filósofos modernos del país. A pesar de ello, y del incremento de publicaciones colombianas sobre temas filosóficos, para Rubén Sierra Mejía la filosofía en Colombia seguía en un estado preliminar de su desarrollo, pues aún concentraba sus esfuerzos en la mera divulgación de las escuelas extranjeras o la labor de análisis de los problemas propios y originales de aquellas corrientes filosóficas. Aunque al final de su artículo Rubén Sierra Mejía menciona los primeros esfuerzos de la academia colombiana en la divulgación de la filosofía analítica, debe reconocerse en el mismo profesor Sierra a uno de sus principales introductores en el país. En este sentido, Rubén Sierra Mejía hace parte importante de la segunda generación de filósofos modernos colombianos. Generación, que como llegó a decir Sierra, se encargó de iniciar el “despegue de la filosofía colombiana” a finales de los años 80.

Su trabajo descriptivo sobre el desarrollo de la filosofía en nuestro país se complementó con el capítulo “La filosofía en Colombia” (1989), publicado en el quijotesco proyecto de la *Nueva Historia de Colombia* que dirigió el historiador Álvaro Tirado Mejía. También, por aquella época, Sierra publicó en el *Boletín cultural y bibliográfico* del Banco de la República el texto “Un decenio de producción filosófica: 1977-1987”, que corrige y complementa la última parte de su texto inicial aparecido en la revista *Eco*. Además, como intelectual que siempre hizo gala de una importante visión editorial para construir puentes entre la comunidad académica y la sociedad, Rubén Sierra Mejía editó en 1985, bajo la colección de Procultura: Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, el libro *La filosofía en Colombia. Siglo XX*. Este volumen, cuidadosamente seleccionados por Sierra, compendia los ensayos fundamentales de los protagonistas del escenario filosófico moderno del país como: Rafael Carrillo, Cayetano Betancur, Luis Nieto Arteta, Jaime Vélez Sáenz, Danilo Cruz Vélez, Rafael Gutiérrez Girardot, Daniel Herrera Restrepo, Francisco Posada, Estanislao Zuleta y Guillermo Hoyos Vázquez.

Con los años, las lecturas y los viajes Rubén Sierra Mejía se embarcó en proyectos editoriales de mayor envergadura intelectual. En 1989 realizó la

introducción al pensamiento del ensayista boyacense Carlos Arturo Torres (1867-1911), que concluyó con la edición, por parte de Sierra Mejía, de las *Obras completas* en 2001. Para Sierra el ensayista colombiano del siglo XIX logró desnudar las ideologías colectivas que en los años de la Regeneración imposibilitaron los necesarios cambios para delinear un país con independencia intelectual.

Otra empresa de dimensiones aún mayores que Sierra Mejía asumió, fue la edición de las *Obras completas* (2015) en cinco volúmenes de su maestro Danilo Cruz Vélez. Los textos del también filósofo caldense, que suman cerca de 2000 páginas, fueron pacientemente revisados, organizados, comentados y prologados por Rubén Sierra Mejía. La edición de la obra completa de Danilo Cruz Vélez inicia con su libro más celebrado: *Filosofía sin supuestos*, que para Sierra es la obra más original de Cruz Vélez y la que le dio su mayor reconocimiento en América Latina. Sierra Mejía resaltará, durante el transcurso de los cinco volúmenes de las obras completas, la claridad y precisión del estilo de Cruz Vélez que permite al lector seguir los argumentos del filósofo sin tropiezo alguno. Debo confesar que en especial la edición de las obras completas de Danilo Cruz Vélez a cargo de Rubén Sierra Mejía, bajo los sellos de las universidades Nacional de Colombia, de Caldas y de los Andes, ha influido en mi propio trabajo como editor del último lustro.

En su papel como editor académico es indispensable resaltar el trabajo de gestor, curador y revisor de la Biblioteca Bicentenario (2010) de la Universidad Nacional. Una colección editorial compuesta por diez volúmenes bellamente editados que celebran el bicentenario de la Independencia de nuestro país. En esta colección Rubén Sierra Mejía despliega todo su conocimiento sobre las fuentes históricas del pensamiento colombiano y acude a su capacidad como editor para seleccionar los textos y estudios preliminares que presentan las ideas que delinearón el destino democrático de Colombia. La colección Biblioteca Bicentenario dirigida por Rubén Sierra Mejía rescata textos centrales de José Celestino Mutis, José Félix de Restrepo, Antonio Nariño, Camilo Torres, Vicente Azuero, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, José Joaquín Olmedo y Luis Vargas Tejada, entre otros protagonistas en la conformación de nuestra República.

## **La gestión cultural en la publicación de revistas académicas**

Aunque fue en los ensayos y en la conformación de volúmenes de conversación entre autores en donde mejor se desplegó la labor del editor y filósofo,

no fue allí el único espacio de desarrollo editorial en el que las inquietudes intelectuales de Sierra Mejía encontraron expresión. Como gestor cultural Sierra Mejía fue director de la Biblioteca Nacional de Colombia entre los años 1988 y 1991. Allí concentró su labor en darle un perfil de majo patrimonial a la Biblioteca, organizando colecciones y fondos de valor histórico de intelectuales de gran importancia para el país. Por aquella época Rubén Sierra Mejía logró darle vida al Archivo de la palabra, que reúne en cerca de 2000 casetes y 1600 discos (digitalizados en 4000 archivos) la memoria sonora de la actividad cultural de la Biblioteca desde 1950. En el Archivo de la palabra se encuentran conferencias, charlas, presentaciones, lecturas de textos de un número amplio de escritores, poetas y filósofos entre los que podemos contar a Germán Arciniegas, Aurelio Arturo, Pedro Gómez Valderrama, Fernando Charry Lara, Jaime Jaramillo Uribe, Álvaro Mutis, Pablo Neruda, Mario Vargas Llosa o Jorge Guillén.

La gestión cultural de Sierra también lo llevó por los caminos de la dirección de revistas académicas y culturales. Así, el filósofo asumió en 1976 la dirección editorial y académica de la revista *Ideas y Valores*, publicación gestionada por el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y que se constituyó, desde los años de su fundación en 1951, en el espacio para la presentación de los avances filosóficos de la comunidad intelectual del país, consolidando, a la vez, un estrecho lazo de relación con el trabajo filosófico generado en Hispanoamérica y el mundo. Como lo dijo Rubén Sierra Mejía “*Ideas y Valores* no sería entonces, y no lo ha sido nunca, una revista propiamente “universitaria”” (Sierra, 1987, 3). La dirección del profesor Sierra Mejía, ejercida por diez años y a lo largo de 24 números (entre el número 46 y hasta el número 70), buscó ofrecer a la comunidad filosófica del país una mayor diversidad de textos colindantes a la disciplina que permitiera –en palabras de Sierra Mejía– “desdibujar” las fronteras, ya bien difíciles de precisar, de la filosofía misma. Nuevamente, se expresa en esta actitud de Sierra Mejía su pasión por la conversación entre ideas, entre autores y disciplinas que buscó ampliar siempre desde la dirección de *Ideas y Valores*.

Como editor considero de gran relevancia e importancia para la investigación filosófica del país una de las últimas actividades que llevó a cabo Sierra Mejía en la dirección de la revista de filosofía, a saber, la publicación de un *Índice general* que relaciona los artículos y autores desde el número 1 de 1951 hasta el número 70 de 1986. Este *Índice general* publicado en los primeros meses de 1987 y que fue consolidado bajo la coordinación de Sierra Mejía

y con el trabajo cuidadoso de los estudiantes Manuel Amaya, María Isabel Otero y Martha Vidal, le permitió a los investigadores del país y de fuera de él disponer de un instrumento especializado para la recuperación de artículos filosóficos de referencia publicados durante casi cuarenta años en la revista *Ideas y Valores*.

A mediados de los años 80 del siglo pasado el historiador Marco Palacios, rector por aquel entonces de la Universidad Nacional, le propuso a Rubén Sierra Mejía que asumiera el proyecto de revivir, bajo su dirección, la *Revista de la Universidad Nacional*, que había sido fundada en 1944 por Gerardo Molina con el título de *Revista trimestral de cultura moderna*, y que por los avatares políticos a los que estaba expuesta la Universidad, como institución del Estado, había perdido su continuidad en varias ocasiones. Para Sierra Mejía este fue uno de sus mayores retos como editor e intelectual, pues se enfrentaba a la complejidad de retomar un proyecto académico y científico de gran envergadura, pero con características culturales y divulgativas que le daban una mayor complejidad. En una época donde la especialización excluyente de las disciplinas era la norma, Sierra Mejía intentó hacer de la Revista un espacio de transgresión de las fronteras del saber, mediante la publicación de textos científicos y culturales con un lenguaje abierto a públicos diversos. Entendía Sierra que como editor debía enfrentarse más que a un problema temático, a un problema del lenguaje, pues tenía que resolver la cuestión de ¿cómo explorar las posibilidades del lenguaje común para comunicar el conocimiento de la Universidad? Esta tarea, a pesar de ser intuitivamente utópica, fue lograda por Rubén Sierra Mejía al acercarse, con los artículos de la Revista, a la claridad estilística en la exposición de la penetración de los temas científicos que constituían en buena medida el contenido de la publicación. Sierra Mejía dirigió la *Revista de la Universidad Nacional* desde 1985 y hasta 1987, años en los que no solo transformó el lenguaje de la Revista, sino también su presentación gráfica y estructura general. Nuevamente hoy en la Universidad Nacional, después de 30 años de silencio, hemos retomado la publicación de la *Revista Universidad Nacional de Colombia*. Ahora, bajo la dirección del profesor Álvaro Tirado Mejía y mi coordinación editorial esperamos superar los mismos retos que con tanta capacidad asumió Rubén Sierra Mejía en su época de director.

La experiencia adquirida en la dirección de las revistas *Ideas y Valores* y *Universidad Nacional* le permitió a Sierra Mejía asumir en 1992 con más naturalidad la dirección de la revista *Gaceta* de Colcultura. En esta oportunidad

el filósofo colombiano se concentró en hacer de la Revista un espacio de presentación de los desarrollos culturales del país, a través de la apertura de sus páginas a artistas plásticos, escritores y poetas de todas las regiones. Además de generar un espacio para la reflexión no solamente estética, sino también política y social del contexto. Bajo este mismo precepto Rubén Sierra Mejía, durante su dirección que transcurrió entre 1992 a 1996, fomentó la publicación atenta de escritos procedentes del exterior en donde se estudiaba nuestra situación histórica, sociológica, política y cultural. Como lo mencionó Sierra Mejía en uno de los apartes de su libro *Ensayos impopulares* (2002) “expiar el ojo que nos espía era en realidad uno de los propósitos de *Gaceta*” (97).

A Rubén Sierra Mejía le debemos mucho como país. Le debemos su esfuerzo por que la filosofía colombiana iniciara su despegue (aunque todavía no podemos decir que nos encontramos en pleno vuelo). Le debemos el haber incentivado una visión de conjunto, a partir de la conversación, para pensar nuestra crisis y aportar luz desde lo interdisciplinar. Debemos a Sierra los múltiples intentos de sacar a los filósofos profesionales del cómodo habitáculo de la torre de marfil, con sus siempre interesantes y exigentes seminarios, coloquios y charlas. Le debemos su cultura editorial, que aunque tal vez no formó escuela (a diferencia de lo que sí pasó en el ámbito filosófico), sí nos dio a muchos un ejemplo de rigurosidad, claridad y libertad para buscar que todo ensayo, todo libro, toda publicación se convierta en una amplia y consiente conversación.

No puedo terminar este muy superficial recuerdo de la diversa actividad intelectual de Rubén Sierra Mejía sin mencionar la generosidad heredada de Sandra y Carolina Sierra, hijas del maestro, quienes donaron a la Universidad Nacional los más de 7000 volúmenes que componen la biblioteca personal de Rubén Sierra Mejía. Una biblioteca que expresa en toda su amplitud y profundidad la vida de uno de los más importantes intelectuales de nuestro país. Apasionado por la conversación, por el ensayo y por los libros. Sierra Mejía, en uno de los varios homenajes que recibió, llegó a mencionar que “El libro ha sido para mí como la azada lo es para el labriego y la garlopa y el martillo para el carpintero. Es decir, algo que define nuestro ser en el mundo y una prolongación de la naturaleza humana.”

## **Bibliografía**

Cruz Vélez, Danilo. (2015). *Obras Completas I-VI*. Ed. Rubén Sierra Mejía. Bogotá: Universidad de los Andes; Universidad de Caldas; Universidad Nacional de Colombia.

- Maya, J. & Sierra, R. (1955). *Salamina: Ciudad Poesía*.
- Huxley, A. (2015). *Si mi biblioteca ardiera esta noche: Ensayos sobre arte, música, literatura y otras drogas*. Barcelona: Edhasa.
- Huxley, A. (2020). *Un mundo feliz*. Barcelona: Debolsillo.
- Sierra, R. (1977). Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX. En *Eco*, (194): 113-145.
- Sierra, R. (1985). *La filosofía en Colombia. Siglo XX*. Bogotá: Procultura.
- Sierra, R. (1987). Presentación Índice General. En *Ideas y Valores*, separata: 3-5.
- Sierra, R. (1988). Un decenio de producción filosófica: 1977-1987. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Banco de la República, 25 (15): 51-57.
- Sierra, R. (1989). *Carlos Arturo Torres*. Bogotá: Procultura
- Sierra, R. (1989). La filosofía en Colombia. En *Nueva Historia de Colombia, IV Educación, ciencias, la mujer, vida diaria*. Bogotá: Planeta: 211-219.
- Sierra, R. (2002). *Ensayos impopulares*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Sierra, R. y Müller, A. (2002). *La filosofía y la crisis colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional, Sociedad Colombiana de Filosofía, Taurus.
- Sierra, R. (2002). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (2006). *El Radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (2008). *La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (2009). *República Liberal: sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (2012). *La Restauración conservadora, 1946-1957*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (2018). *La Hegemonía conservadora*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sierra, R. (en prensa). *El Frente Nacional: política y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Torres, C. A. (2001). *Obras*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.



In Memoriam

*Sandra Lleras*

# Rubén Sierra y el pensamiento colombiano

Carlos-Enrique Ruiz

Con alta educación y conocimientos universales en la cultura, Rubén Sierra- Mejía (1937-2020), Profesor Emérito y Honorario de la UN, en un momento avanzado de su vida académica resuelve crear un seminario en la Universidad Nacional de Colombia para examinar momentos de nuestra historia, con el fin de esclarecer las ideas o el pensamiento que les dieron soporte, con publicación de volúmenes que recogieran las diversas interpretaciones de profesores convocados por él. Sin la menor duda, se asumió con sentido innovador, el trabajo de Jaime Jaramillo-Uribe sobre el pensamiento colombiano en el siglo XIX.



## La filosofía y la crisis

Así, en 1999 se sintonizan varios filósofos, de diversas partes del país y llevan a cabo por convocatoria de la “Sociedad colombiana de Filosofía” el simposio “La filosofía y la crisis”, con publicación del libro de memorias en el 2002 bajo el título: “La

filosofía y la crisis colombiana”, con aportes de Magdalena Holguín, Ángela Uribe, Rodolfo Arango, Leonardo Tovar, Francisco Cortés, Luis-Eduardo Hoyos, Freddy Salazar, Juan José Botero, Alfredo Gómez- Müller, Aquiles Arrieta y Rubén Sierra.

Fueron aportes en el pensar la situación colombiana manifiesta en violencia, injusticia e irracionalidad en las conductas públicas y sociales, con diversidad de enfoques, en busca de conseguir claridad en conceptos tales como el pensamiento crítico, la justicia social, la violencia, la convivencia,... con maneras personales de cada uno de los ponentes al ocuparse de la naturaleza y alcance de la crisis colombiana. No para sembrar pesimismo sino para comprender aspectos de la situación, sin dogmatismo alguno. En el prefacio del libro se traza como lema: “Pensar es salir a campo abierto y asumir el desafío del por qué y del para qué.”

El mismo profesor Sierra en entrevista concedida a la Revista Semana (2003) dijo, con optimismo: “Creo, por ejemplo, que va a venir una generación educada en doctrinas antineoliberales, que ya se cocinan en las universidades americanas y europeas, una generación relevará en el poder a la actual, y que las cosas cambiarán en un tiempo no muy lejano.”

Sierra se ocupó de “Arte y testimonio” para examinar con hondura los conceptos informativo, documental y testimonial en la obra de arte, con referencia a Arnold Gehlen. Revisa, con fina observación obras como “El fusilamiento de Maximiliano de México” (1868), de Édouard Manet; “El caballero de la mano al pecho” del Greco; “El hombre del sombrero de paja” de Paul Cézanne. Y en sus consideraciones relaciona a Alejandro Obregón en su “Bolívar”, de la Quinta de San Pedro Alejandrino, ajena de los estereotipos para alcanzar una obra expresionista en rigor. Asimismo refiere “La muerte de Pablo Escobar” de Fernando Botero, para señalar el origen no causal de esas representaciones, a diferencia de la fotografía.

De igual modo hace el parangón con la literatura, en similitudes de acontecimientos de diversas épocas. Refiere la “Madame Bovary” de Flaubert inspirada en acontecimientos de la vida francesa. También alude a “Crónica de una muerte anunciada” de Gabriel García-Márquez, a “La virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo, donde se narran situaciones dolorosas y dramáticas en lo social. Sierra pasa por mirar las maneras como en la fotografía se asoma el arte, aún en testimonios que registran las cámaras, como en el caso de los reporteros gráficos, siempre a la caza de lo efímero y espontáneo para la noticia.

Sierra vuelve a la pintura y alude a la “Masacre de mejor esquina” de Fernando Botero, relacionada con la violencia desatada en Colombia en 1948 con el asesinato de Jorge-Eliécer Gaitán. Esa obra le sirve también para apreciar la obra de arte independiente del hecho que representa, sin ser ajeno a este. En su capacidad de pensamiento distingue entre lo que significa la referencia al hecho y la representación del mismo.

En cuanto a la fotografía alude a “El saqueo de la ilusión” de Sady González, con historial gráfico del 9 de abril de 1948, también al “Payaso después de la actuación” de Leo Matiz, el “Homenaje a Picasso” de Carlos Caicedo, con el momento de una corrida de toros y la fotografía “Basilicata” de Henri Cartier- Bresson. Estima que si se trata de buscar información o testimonios acerca de ellas, esa no dirá nada, puesto que lo alcanzado son niveles estéticos, su fuerza expresiva.

Al mencionar las expresiones “documento” y “testimonio”, precisa su intención al considerar como testimonio las intenciones que tuvo el artista para lograr su obra. Cita el caso del “Guernica” de Picasso (1937) con palabras de este, quizá para justificar la obra como rechazo al bombardeo nazi que destruyó el pueblo vasco: “Siempre he creído, y lo sigo creyendo todavía, que los artistas que viven y trabajan los valores espirituales no pueden, ni deben, permanecer indiferentes al conflicto en que están en juego los más altos valores de la humanidad y de la civilización.”

Sierra se detiene en analizar dos obras separadas por trescientos años: “Los desastres de la guerra” de Rubens (1637/38) y el “Guernica” de Picasso, de 1937. Ambas obras referidas a escenarios bélicos. La de Rubens se asemeja a una descripción literaria, en cambio la de Picasso dispone de imágenes para la libre interpretación del observador.

Termina el ensayo con la consideración de cinco obras colombianas relacionadas con situaciones de la vida nacional: “Violencia” de Alejandro Obregón, “Sin título” de Fernando Botero, “Cadáver” de Juan Cárdenas, la serie “Dolores” de Beatriz González y “Palacio de Justicia” de Gustavo Zalamea. Las describe y caracteriza para encontrar que ellas están unidas por el tema de la violencia, cada una con sus singularidades plásticas en la expresión. A su vez, recuerda las novelas, también colombianas, con igual tema: “El cristo de espaldas” de Eduardo Caballero-Calderón, “La mala hora” de Gabriel García-Márquez, “La virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo y “Rosario Tijeras” de Jorge Franco. No son obras de historia, pero si registran creativa-

mente acontecimientos de una “atmósfera opresiva de una época de crímenes e injusticia, de exterminio y extorsión.” Obras en la cuales el lector tendrá “un acceso poético para penetrar en ese mundo de pesadillas.”

Complementa la parte final con alusión al “modernismo” en la literatura y en la plástica, recordando los comienzos con Rubén Darío en el movimiento poético del siglo XIX, pero el autor prefiere referirse más bien al tema con la expresión “mentalidad moderna”, con sustento en las actitudes de Baudelaire y Manet que reaccionaron en oposición al arte de su época, para no quedar solo referido al movimiento literario. Para concluir expresando: “El arte, entonces, en la época del modernismo, ha tenido la tarea de sacar a luz lo reprimido, lo vergonzante, lo sórdido. O en otras palabras, llegó a ser una manera de hacer ver lo que no se quiere ver.”

Se trata de un ensayo con muestra de la capacidad del autor en discernir sobre el arte, en los nexos de la plástica y la literatura, tomando en consideración autores y obras que señala con criterio selectivo, para los fines de plantear y dilucidar problemas en esas relaciones.

## **Miguel Antonio Caro y la cultura de su época**

Con la experiencia anterior, del simposio en 1999 sobre “La filosofía y la crisis”, la Universidad Nacional de Colombia decide establecer la “Cátedra de pensamiento colombiano” en la forma de seminarios. Así, en el 2002 se publicó un volumen con las memorias del primer seminario en la cátedra que estuvo dedicado al estudio crítico de Miguel-Antonio Caro, en sus características múltiples que marcaron la historia política e intelectual del país en más de un siglo. El seminario tuvo trabajo interdisciplinario con la cobertura de áreas temáticas en la obra de Caro, tan vasta, con implicaciones en filosofía, religión, constitucionalismo, economía, teoría literaria, etc. Participaron en él Leonardo Tovar, Alfredo Gómez-Müller, Lisímaco Parra, Rodolfo Arango, Adolfo-León Gómez, Salomón Kalmanovitz, Sergio Echeverri, David Jiménez, Marco Palacios, Beatriz González, Fernando Cubides, Clara-Helena Sánchez y Diana Obregón. El editor del volumen, autor del prólogo y del primer ensayo fue justamente Rubén Sierra, en el cual se omiten los aportes de Caro como latinista y como gramático.

El primer ensayo es del Editor, el cual reseñamos en este apartado, intitulado: “Miguel-Antonio Caro: religión, moral y autoridad”. Rubén se ocupa de exponer el perfil intelectual o mental de Caro, al caracterizarlo sin la me-

nor duda como un hombre de pensamiento, de asombrosa inteligencia, con indiscutible liderazgo intelectual. De entrada lo identifica como dogmático y oscurantista en su pensamiento, en alianza con el clero católico, con resultados de una cultura cerrada y autoritaria. Advierte, sin embargo, que Caro no escatimaba la falacia, incluso de manera sutil, para reforzar su enorme capacidad de persuasión, ni tampoco tuvo escrúpulo alguno para intentar avasallar a quienes se encontraban en campo contrario de su ideología, religión y posición partidaria, e incluso fue diestro en el uso de la ironía contra sus contrincantes.

Caro tuvo la convicción, con férreo espíritu dogmático, de ser la iglesia católica la autoridad suprema en todos los campos del pensamiento: teológico, filosófico, político, científico. Posición que estableció como fundamento de la Constitución de 1886. Llegó incluso a negar la mayoría de edad del ciudadano para hacer uso de la razón, con autonomía, con base en su estima de ser el racionalismo una filosofía espuria proveniente del protestantismo. Declaró inválido el conocimiento de Descartes por la pretensión de este de apoyarse en el conocimiento científico originario de la razón humana. Caro aseveró que “la filosofía es una planta que nace y crece en el terreno de la religión”, y que sus problemas tienen el doble carácter de religioso y científico, con la filosofía como mediadora entre ambos. Calificó al siglo XVIII como “ignorante y presuntuoso que adoró a la razón encarnándola en una meretriz.” Sierra destaca que la crítica de Caro al racionalismo fue pertinaz y acerba al igual que la dirigida a las filosofías empiristas, con su aseveración de no ser posible acceder a la verdad con la sola razón.

Por otra parte Caro considera que la autoridad viene de Dios, sin que sea posible independizar el poder civil de la religión; toda autoridad debe sumisión a la Iglesia católica. Tuvo refuerzo en sus posiciones dogmáticas en el documento “Syllabus” promulgado en 1864 por el papa Pío IX, condenatorio de conceptos de la modernidad como el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo, el no sometimiento de la inteligencia al magisterio de la Iglesia y condena la moral laica y la libertad de culto, sin posibilidad alguna de transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna. Sierra desprende dos consecuencias inherentes a la actitud de Caro que afectan la actividad política: la Iglesia debe reprender a los gobiernos cuando se aparten de sus mandatos, y el clero debe y puede intervenir en política.

El objetivo último de Caro, como pensador y como político, estuvo en educar al ciudadano en la fe cristiana en un Estado católico, por su convicción

profunda que Colombia era un país católico. Asimismo, Caro tuvo la creencia de los problemas morales ser solo asunto de la religión. En esa línea, estableció que los problemas de la educación y de la ciencia pertenecen al campo religioso.

La herencia de Miguel-Antonio Caro, con su influyente magisterio ideológico, fue una cultura cerrada, negada a las aperturas de los pasos modernizadores dados en Europa, lo cual sujetó al país por el más prolongado espacio de nuestra historia.

Sierra valora los conocimientos profundos de Caro en lengua y literatura españolas, con promoción de sus estudios científicos, pero todo eso lo convirtió en una ideología, con sugerencia de cerrar fronteras lingüísticas en la cultura hispanoamericana, con especie de subordinación a España. Promover el pensamiento moderno europeo era para Caro el peor de los males.

En sus afanes de acabar con el liberalismo ateo, calificó las reformas educativas de Francisco de Paula Santander como de golpe mortal al carácter de la nacionalidad colombiana.

Termina el ensayo con la siguiente síntesis: “En los propósitos políticos y culturales de Caro estaba el de restaurar la sociedad y la cultura española que se había implantado en América a partir de la Conquista, de restaurar la cultura colonial con sus costumbres, su religiosidad y sus maneras literarias y de pensamiento. Continuar además con la conquista que había quedado interrumpida con la independencia política de España: es decir, continuar con la tarea de catequizar al indígena en la religión católica y aculturizarlo en los modelos de la civilización hispánica. Religión católica y lengua española, los dos pilares de la Constitución de 1886, no solo tenían, entonces, el pretexto de dar unidad a la Nación, sino además el propósito ideológico de un programa restaurador.”

## **El radicalismo colombiano del siglo XIX**

El seminario siguiente, en la modalidad creada y liderada por el profesor Rubén Sierra-Mejía, estuvo dedicado al estudio crítico de “El radicalismo colombiano del siglo XIX”, con la consiguiente publicación de las memorias en el 2006. Nutrida participación de especialistas académicos, en temas convergentes y complementarios. Se congregaron quince personalidades académicas, reunidas en el volumen con calificados ensayos sobre temas históricos, analizados con soportes documentales, que permiten comprender período importante de nuestra historia. Ensayos de la autoría de Laura Quintana, Iván

González, Salomón Kalmanovitz, Leonardo Tovar, Eduardo Posada, Myriam Jimeno, Fernando Cubides, Luis-javier Ortiz, Beatriz González, David Jiménez, Carolina Alzate, José-David Cortés, Clara-Helena Sánchez y Víctor-Alberto Quinche.

Rubén escribe la Introducción y el capítulo “José-María Samper: la decepción del radicalismo”. En la Introducción señala el período radical (1863-1886) como uno de los de mayor interés para los estudiosos de nuestra historia, en virtud del agite en las ideas, y los programas políticos, sociales y culturales emprendidos por los gobernantes, con las consiguientes controversias en los analistas.

Llamativo que Sierra se ocupe, con riguroso estudio histórico, de la personalidad intelectual y política de José-María Samper (1828-1888), periodista y profesor universitario, autor de libros rigurosos, para examinar las razones de su evolución sorprendente, con salto de sus comienzos en el liberalismo de los radicales al partido conservador. Pero se ocupa de él por la significación que tuvo en el siglo XIX con consecuencias de recordar. Señala el contraste en ese cambio marcado con su obra “Ciencia de la legislación”, de la madurez, donde expone su concepción liberal del Estado y su último libro “Derecho público”, con manifestación clara de su adhesión al partido conservador y la renuncia a varias ideas fundamentales del liberalismo de aquella época, en especial a la concepción federal, propia de una república democrática.

Sierra apunala que a pesar de ese cambio en Samper, en su vida pública de escritor en temas políticos y sociales, quedan vestigios del ideario liberal en su obra final. Reivindicó la necesidad de disponer de gobierno y oposición, con la potestad de las minorías ejercer control político, así como las mayorías se ejercen por medio de actos de gobierno. En el debate en el “Consejo Nacional de Delegatarios”, con la participación de Miguel-Antonio Caro, Samper planteó lo inconveniente de la participación del clero en apoyo de candidatos electorales. Afirmó que el partido conservador en el gobierno no podía desempeñarse de manera razonable y conveniente sin la oposición liberal en las cámaras. Y consagró la expresión: “el gobierno que no tiene oposición se corrompe”, con acertados fundamentos.

José-María Samper fue escéptico sobre el sufragio universal, en virtud de sus observaciones en las conductas de los partidos y gobiernos colombianos, en mayor grado al conocer en Francia la manera como Napoleón III convocaba plebiscitos para legitimar con el sufragio la imposición de su despotismo.

## **Las crisis colombianas. Reflexiones filosóficas**

El seminario siguiente, a la manera de segundo Coloquio (2004; el primero fue en el 2001) bajo la misma dirección del profesor Rubén Sierra-Mejía, estuvo dedicado a “La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas”, y las respectivas memorias se publicaron en volumen el 2008. Al igual que los anteriores contó con una nómina excepcional de expositores, con ensayos de rigor. Participaron Alfredo Gómez-Müller, Adolfo Chaparro, Adolfo-León Gómez, Luis-Eduardo Hoyos, Ciro Roldán, Francisco Cortés, Daniel Bonilla, Freddy Salazar, Juan-José Botero, Mauricio Rengifo y Leonardo Tovar. Rubén tuvo a cargo la conferencia de apertura.

En la disertación introductoria, Sierra esbozó los vínculos de la filosofía con los problemas de nuestro tiempo, con énfasis en la manera rigurosa de abordarlos, desde perspectivas distintas, sin la intención de confluir en soluciones a la crisis. Se trata de campos abiertos colindantes, o en colaboración con otras disciplinas, lo que es frecuente en el trabajo filosófico. Consideró importante que esas intervenciones arrojaban luz, dando claridad en conceptos sobre la naturaleza y el alcance de la crisis, por lo cual se declaró optimista. Crisis no solo con características internas sino articuladas con situaciones en un mundo globalizado.

Considera que estamos en una última fase del desarrollo capitalista que califica de “autófago”, además de “superfluo”, al utilizar expresión de Gregor Gysi. Dice de sus manifestaciones en cifras que unas veces suben y otras bajan, en todas las pantallas, produciendo, de manera alternativa, euforia y pánico. Se trata, dice, de un capitalismo que se desentiende de las condiciones sociales “en que engorda”, con la obligación de crecer, pero con crecimiento de la miseria en todos los países incluidos los ricos, a su vez facilitadores de su desarrollo.

En esas reflexiones sobre la crisis no deja de haber riesgos y obstáculos que dificultan los pronósticos de algún grado de acierto. Y en “tiempos oscuros” se corre el riesgo de exagerar con el pensamiento las consecuencias esperables de la crisis, con pérdida en ocasiones de la sindéresis tan necesaria. En estas consideraciones, Sierra expresa: “... el pensamiento que se construye a propósito tiende a oscilar entre la ansiedad y la nostalgia, entre la búsqueda afanosa de una salida a la situación de penuria moral y el convencimiento dogmático de que la solución solo puede ofrecerla la recuperación de unos valores y unos ideales de organización social que han perdido su vigencia. Esa

zozobra se encuentra en todas las esferas intelectuales y en todas las regiones políticas.”

Rubén llama la atención del peligro en el afloramiento de corrientes fundamentalistas que acaparen la inconformidad y ofrezcan alternativas conservadoras de solución, apelando al pasado y enunciando la necesidad de recuperar valores, con surgimiento del horroroso maniqueísmo al dividir al mundo y a las gentes en buenos y malos. Tendencias de esta naturaleza obstaculizan el pensamiento creador, capaz de indicar opciones de coexistencia y felicidad. Lo que le lleva a plantear la necesidad de resistir, enfrentar, esos conceptos redentores con los que en general buscan ocultar la realidad dramática. A su vez plantea la convicción de ser las épocas de crisis propicias para el surgimiento de verdaderas obras de arte y de pensamiento. Pone dos ejemplos al respecto: la “Política” de Aristóteles (384-322 a.C) resultado de su reflexión al ser derrotada Atenas por Esparta en la “Guerra del Peloponeso”. Y el otro, la obra de John Locke (1632-1704), “Ensayo sobre el gobierno civil”, como aporte de meditación ante la “revolución gloriosa de Inglaterra”. Obras que no se quedaron en los relatos casuísticos sino que trascendieron a la universalidad.

En estas consideraciones, Rubén también se refiere al problema del lenguaje, en general tan rígido que utilizan los filósofos, y llama la atención por desplegar especie de “lenguaje público” de acceso amplio para mejor divulgación de conocimientos y apreciaciones, incluso para que la gente pueda apropiarse de la terminología técnica, científica y de pensamiento, sin perder el rigor. Trata el tema de la democracia en relación con la opinión pública, al considerar esta como un problema agudo en la formación de conciencia crítica, pilar de una democracia auténtica. Recuerda el caso de Pericles, el estadista que condujo la democracia ateniense en la época de esplendor, quien la concibió no tanto como el gobierno del pueblo sino como el “tribunal del pueblo” donde los gobernantes deben someter a juicio sus actos, con la posibilidad de ser relevados en tanto no se ajusten al beneficio del bien común. Con base en su examen, Sierra dice que es indispensable evitar el nepotismo y el caudillismo en los gobiernos, con oportunidad de la capacidad crítica que pueda ejercer la opinión pública y los organismos representativos.

Recurre a dos novelas de José Saramago: “Ensayo sobre la lucidez” y “Ensayo sobre la ceguera”, que examina en brevedad destacando sus sentidos en relación con la democracia deseada y la democracia ejercida en forma de “trapacerías políticas” y de “jurisprudencia torticera”. Saramago procura in-

fluir en la conciencia de los lectores, no solo para recrearlo, también para que asuma conocimiento de los peligros que vive la democracia, con los detalles que la corroen.

Termina la exposición refiriéndose a dos dificultades en la elaboración de un pensamiento filosófico relacionado con la crisis. Son ellas, por un lado el temor a la equivocación y la otra la animadversión con lo provisional del pensamiento. A su vez, considera que actitudes de esta naturaleza pueden ser semillas de dogmas e intolerancia.

Esta conferencia de apertura en simposio aludido al comienzo, es un ensayo de libre examen, con desarrollo de rigor, como es propio en todos los trabajos de Rubén Sierra, con sentido crítico, sin caer en expresiones de panfleto. Serenidad y hondura reflexiva.



## República Liberal: sociedad y cultura

Esta versión del seminario “El pensamiento colombiano” recogió las exposiciones en volumen de memorias publicado en el 2009 con esclarecedores ensayos de Tomás Barrero, Rocío Londoño, Fernando Cubides, Sergio Echeverri, Roberto Pineda, Renán Silva, Beatriz González, Darío Acevedo, David Jiménez, Leonardo Tovar, Iván González, Clara-Helena Sánchez, Jaime-Eduardo Jaramillo J. y Carlos Murcia. El director del Seminario, Rubén Sierra-Mejía hizo la Presentación y un ensayo de fondo, “Política y cultura durante la República Liberal”.

En la “Presentación”, el profesor Sierra expresa con absoluta claridad, en el primer párrafo, lo siguiente: “Ningún otro período de la historia colombiana del siglo XX muestra el volumen de realizaciones, en todos los campos correspondientes a la acción del Estado, como la llamada República Liberal (1930-1946). Fueron suficientes dieciséis años para dejar una huella profunda en la vida política, social y cultural del país: una reforma constitucional que le permitió a la Carta de 1886 adaptarse a los tiempos modernos; una radical reforma educativa que dio resultado no solo una nueva Universidad, apropiada para el estudio de los problemas nacionales de enseñanza; una concep-

ción global y orgánica de la cultura que permitió a través de las instituciones estatales y sus programas responder a las aspiraciones de las diversas clases sociales colombianas; unos códigos que inauguraron nuevas relaciones entre patrones y trabajadores; unas formas de entendimiento entre la Iglesia católica y el Estado, que buscaban propulsar una sociedad si no radicalmente laica, sí al menos un ciudadano con criterios autónomos y, por lo tanto, de mayor responsabilidad en sus actuaciones.”

Período que contó con oposición del partido conservador, salido de una hegemonía de cincuenta años, del clero y de un sector displicente del liberalismo. Sus realizaciones efectivas fueron muy a pesar de los efectos de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. El libro de memorias recoge ensayos en dos campos valederos de ese importante período histórico: la cultura y los problemas sociales. Y, por supuesto, está el estudio del pensamiento de Alfonso López-Pumarejo, cuyas ideas dieron nuevo rumbo a la conducción del Estado.

Como en todos los seminarios conducidos por el profesor Sierra, en este de igual modo se contó con participación multidisciplinaria, sin propiciar un pensamiento unificado, con respeto en las diferencias de enfoques y de pesquisas. De conjunto, lo dice Rubén, se trata de “ofrecer elementos para la formación de la conciencia nacional, a través de la recuperación y el análisis de la obra de los escritores y de los estadistas”, al igual que de los programas políticos y sociales, que han tenido la misión de pensar los problemas y brindar maneras de solución.

De conjunto, se trata de “la apropiación crítica de nuestra tradición en el campo de las ideas... para hacernos a una imagen más exacta del carácter de nuestra nacionalidad y de sus carencias.”

En el estudio de Rubén en este volumen se ocupa, como se dijo antes, de “Política y cultura durante la República Liberal”. Se trató de tiempos muy duros por los acontecimientos mundiales, con fuertes impactos en el país, debidos a la guerra civil en España y a la llamada segunda guerra mundial. El gobierno y los medios de comunicación estuvieron atentos a todo aquello. Recuenta acontecimientos del movimiento nacionalista y los acontecimientos expansionistas de Hitler y el surgimiento del fascismo, con representaciones en Colombia con asidero en los conservadores y singularidades como las lideradas por Silvio Villegas y Gilberto Alzate-Avendaño, llamado “el neonacionalismo de Manizales” con justa ironía por Alberto Lleras.

En el período entreguerras y el seguido a la segunda, la intelectualidad liberal en Europa estuvo bastante activa, y también en Colombia. Sierra destaca la voz pública de escritores como Baldomero Sanín-Cano, Luis López de Mesa, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, Hernando Téllez y Darío Achury-Valenzuela, entre otros, al igual que exiliados europeos. Intelectualidad dedicada a clamar por “la vigencia de la cultura liberal europea, de la democracia como la mejor forma de gobierno hasta ahora conocida y como garantía de las libertades individuales.”

Reseña las encuestas que llevaron a cabo la revista “Estampa” y el periódico “El Espectador” para determinar cuál era la influencia de los totalitarismos en países de Europa en los intelectuales colombianos. Destaca algunas respuestas. La de Eduardo Zalamea-Borda quien alude al escritor y al artista con una posición de liderazgo en la sociedad, con responsabilidad grande e influencia en la sociedad. Rafael Maya, siendo conservador, opinó que la “imaginación creadora y libertad son términos de identidad indiscutible.” Alberto Lleras no respondió las encuestas pero se refirió a ellas en editorial de “El Liberal”, donde expresó: “... el sistema totalitario, ... no va solo dirigido contra una arquitectura estatal, sino que pretende, ante todo, alterar la vida humana, ...”

Al respecto, Sierra concluye destacando dos aspectos en las respuestas: 1. “La necesidad de que el intelectual goce de una total libertad que le permita expresar sin presiones su pensamiento, sus ideas sobre todos aquellos aspectos de la vida social, política y cultural...” Y 2. “el deber que ese mismo intelectual tiene en el mundo moderno de defender los logros culturales como la libertad de expresión, de juzgar el comportamiento de la justicia, de ejercer sin límites la crítica de las arbitrariedades y desaciertos de los mandatarios.”

Esclarece las diferencias entre una “cultura conservadora” y una “cultura liberal”; en la primera preponderaba el decir al hacer, la palabra en vez de la acción. En la segunda las ideas con las acciones constructivas. Los gobiernos liberales establecieron la cultura y la educación como “un binomio inseparable”. En interpretación de la cultura como cultivo y difusión de los conocimientos humanos, el Ministerio de Educación en la República Liberal “se propuso que la cultura penetrara y se arraigara en el alma colectiva a modo de permanente incitación al progreso y al perfeccionamiento.”

Sierra resume en tres grandes propósitos promovidos por los gobiernos liberales de aquel período: 1. Investigación y creación de bienes culturales y científicos, 2. Difusión de la cultura nacional y universal, y 3. Educación de

la sensibilidad y, en general, de la personalidad (este propósito fue el de mayor calado, de cobertura más amplia en todas las capas sociales). Relieva la creación del “Ateneo de Altos Estudios”, por el Decreto 465 de 1940, con la vocación de dedicarse “únicamente al cultivo de la ciencia pura, a la investigación de la verdad por sí misma y al estudio de los grandes temas de la naturaleza y del pensamiento humano.” Y no a la formación de profesionales ni a actividades prácticas inmediatas. El Ateneo se responsabilizaba de asumir tradiciones como la “Expedición Botánica”, la “Comisión Corográfica”, el “Diccionario de construcción y régimen” de Cuervo, las investigaciones sobre lenguas americanas de Ezequiel Uricoechea, entre otras. Y en los programas de difusión se adelantaron programas en tres campos, sin propósitos utilitarios: literatura, artes plásticas y música.

Destaca, asimismo, la creación en 1936 de la “Revista de las Indias”, liberal en concepción, con vinculación de escritores latinoamericanos y españoles del exilio. Se creó también la “Biblioteca Popular de Cultura Colombiana”, para publicar libros fundamentales de utilidad a los especialistas y a los lectores del común, con temas preponderantes de historia social, política y cultural de Colombia, sin discriminación ideológica o partidista en los autores. Se trató de “ediciones decorosas y sencillas, hechas con buen gusto, manuales, ajenas por completo al detestable sello oficial de los libros editados por el Gobierno, ... que sean verdaderamente libros y no mamotretos, ... que cumplen su mejor destino, el maravilloso destino de los buenos libros: acompañar al hombre por todas partes, sin hacer pesada su presencia, entre las manos o bajo el brazo.” (en nota suscrita por H.T., en “Revista de las Indias” No. 41, mayo de 1942; pp. 404-405)

Se menciona también la creación en 1940 de la “Radiodifusora Nacional”, para la difusión en especial de la música, para la formación integral del colombiano, con singular efecto pedagógico. También se crearon Escuelas de Música, con masas corales y orfeones, de Dibujo, Artesanías, etc.

El profesor Rubén Sierra remata su valioso estudio sobre la “República Liberal” en sus aportes a la ciencia, la cultura, el humanismo, al subrayar la “sorprendente coherencia que mostraron sus políticas relacionadas con la educación y la cultura.”

## **La restauración conservadora (1946-1957)**

Esta versión de la “Cátedra de Pensamiento Colombiano” recogió los aportes en un volumen de valiosos académicos, como en las diversas ocasiones, de

un singular trabajo gestado y dirigido por Rubén Sierra-Mejía, con el carácter de multidisciplinario, con diversidad de enfoques. En esta ocasión participaron Herbert Braun, Tomás Barrero, Malcolm Deas, Ángela Uribe, Rocío Londoño, Leonardo Tovar, David Jiménez, Myriam Jimeno, Carlos Niño e Iván González. Rubén intervino con su estudio “La lectura conservadora de Simón Bolívar”.

Sierra hace notar en la “Nota preliminar” que el estudio del conjunto estuvo dedicado al período de doce años correspondiente a los gobiernos conservadores de Mariano Ospina-Pérez, Laureano Gómez y Gustavo Rojas- Pinilla, que incorpora dos momentos singulares: el asesinato de Jorge-Eliécer Gaitán (1948) y el pacto que condujo al “Frente Nacional” (1957). Enmarca ese período en especial con cita del historiador John D. Martz, quien lo califica de “autoritarismo reaccionario con matices reminiscentes del sistema corporativo italiano de Mussolini, con características que evocan la orientación ideológica de la España franquista.” A pesar de Laureano Gómez haber durado poco tiempo en la presidencia, fue el ideólogo más determinante en ese lapso, con la pretensión del grupo conservador que representaba de establecer un “gobierno totalitario”. Tuvieron el intento de modificar la Constitución de 1986 para suprimir el sufragio universal y darle al Senado un carácter corporativo y establecer un Estado que anexara las funciones legislativas en el ejecutivo. Intento que, por fortuna, fracasó.

Anota Sierra que a pesar de todo aquello, fue un período con creación de riqueza y modernización, con manifestaciones singulares en las artes y las letras. Se tuvo una bonanza cafetera, con cambios significativos en el urbanismo y la arquitectura. Con un agregado, la televisión, que produjo cambios en la vida familiar, con asomo al mundo. Escritores y artistas visuales dejaron en sus obras testimonios estéticos de ese período de violencia.

En el ensayo de Rubén Sierra, en esta versión de la Cátedra, se ocupó de dilucidar “La lectura conservadora de Simón Bolívar”, con soporte riguroso en documentos de consulta, y mostrar los modos bolivarianos de afianzamiento de la ideología conservadora. Indica las maneras de actuación de Laureano Gómez desde la presidencia de la República para reorientar la cultura en Colombia, con énfasis en tres criterios: el catolicismo, el hispanismo y el pensamiento bolivariano, con el firme propósito de cambiar radicalmente la orientación que se dio a la educación en la República Liberal. Promovió la difusión de la obra del Libertador y creo la “cátedra bolivariana” obligatoria en colegios y universidades.

Desde los años 30 del siglo pasado los conservadores redoblaron esfuerzos por apuntalar la ideología en el pensamiento bolivariano. Señala también Sierra las conferencias y artículos de Álvaro Gómez-Hurtado en esa línea, por ejemplo con su conferencia de 1957, “Sobre la significación histórica de Bolívar”, con la intención de reforzar la necesidad de nutrir centralmente al partido conservador del ideario bolivariano. Recuerda que en la fundación del partido conservador, en 1849, por Mariano Ospina-Rodríguez y José-Eusebio Caro se objetó cualquier vínculo con el pensamiento de Bolívar. Muy a pesar, los conservadores se apersonaron y adhirieron a las políticas educativas de la Iglesia católica, oponentes del racionalismo ilustrado del siglo XVIII que estimula a pensar por cuenta propia.

Gómez-Hurtado resaltó dos características sustantivas del pensamiento de Bolívar: su enemistad con las abstracciones puras y el apego a tradiciones antirrevolucionarias. Sierra recuerda también el liderazgo de Miguel-Antonio Caro, ideólogo de los conservadores, fogoso adversario del pensamiento ilustrado y del racionalismo. Laureando Gómez y Álvaro Gómez-Hurtado, entre otros ideólogos conservadores aceptan que Bolívar partió del conocimiento real de los países que integraron la Gran Colombia, sin tomar en cuenta modelos de la teoría política y de otros países europeos y americanos.

Pero, dice Sierra, no es del todo cierto que Bolívar prescindiese de todo lo conocido como Ilustración, lo cual se demuestra por los libros clásicos del siglo XVIII que le acompañaron. Basta recordar que el autor más apreciado, con reverencia, hasta el final de su vida fue Voltaire. También Sierra toma en cuenta que Bolívar expuso ideas liberales en su “Discurso de Angostura” y que su relación con la Iglesia no era la de practicante sino la de político que la utilizaba como instrumento de poder.

Nuestro autor establece la conexión entre las exposiciones de Gómez-Hurtado y las de Sergio Arboleda en el siglo XIX, al tratar de ver unidad en el pensamiento político de Bolívar. Arboleda resaltó dos principios generales: la unidad de pensamiento y las bases de la República, con estudio de cinco temas: moralidad, presidencia vitalicia, centralismo, rechazo de la monarquía y carácter democrático del Libertador.

Los conservadores fueron los que rechazaron el sistema federal y acogieron el centralismo en el sistema de la República. También Sierra recuerda que con motivo del centenario de la muerte del Libertador en países europeos se mostró interés por la prestancia ideológica y política de Bolívar, en especial

con figuras de la derecha; en Italia, por representantes del fascismo como Mussolini y Volpe, quienes quisieron dar apoyo a sus propósitos de extrema en la concepciones del Libertador. En Francia también se tuvo el caso de Marius André quien pretendió en una obra mostrar que Bolívar no tenía ninguna fe por la democracia. Recoge, de igual modo, que por el mismo tiempo hubo en Colombia similitudes con esos intentos, como en los casos de Silvio Villegas y Gilberto Alzate-Avendaño al promover un fascismo colombiano, sin necesidad de apuntalarlo en Mussolini sino en Bolívar.

Rubén Sierra en este ensayo realizó una forma de identificar la personalidad intelectual de Bolívar, con los contrastes de interpretación en diversos autores y con el férreo agarre de los conservadores en esa tutoría ideológica y política que llegó, por ejemplo, en el enunciado por parte del ministro de Gobierno, Lucio Pabón-Nuñez, en tiempos del dictador Gustavo Rojas-Pinilla, a declarar que Colombia era una “república católica y bolivariana”. A su vez, el Presidente de facto declaró a la Iglesia católica como “manantial inagotable de la verdad que no perece”, y al pensamiento de Bolívar como el “final que no se extingue”. Citas que refiere al término de su jugoso ensayo.



\*

Queda faltando por reseñar el seminario dedicado a “El Frente Nacional”, que el profesor Rubén Sierra entregó en sus memorias para edición, poco antes de su muerte y que está pendiente de salir a la luz.

# Rubén Sierra-Mejía, en diálogo\*



Myriam Jimeno

**E**l primer ensayo filosófico que escribí, dice Rubén Sierra en *Tarea inconclusa* (2004:81), “está dedicado al estudio de la idea de hombre en José Eusebio Caro”. Como obligado a dar explicación, añade que no es el único que ha dedicado a las ideas en Colombia pues en los últimos años el pensamiento colombiano ha sido tema central de su interés como docente y como escritor. Esto pese a que los filósofos en Colombia piensan que así “traiciona(n) la actitud propia de una disciplina que se mueve en sus investigaciones en un nivel abstracto...” (*La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas*, 2008:16).

En ese primer ensayo de Rubén se perfila ya una actitud que lo caracteriza: independencia en el pensamiento, agudeza para la crítica, amor a la polémica y al debate de lo político en Colombia. Justamente su más reciente publicación es una compilación de textos de filósofos sobre aspectos de la crisis colombiana (*La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas*, 2008). Rubén considera que si bien pensar una crisis trae riesgos y no es un tema estrictamente filosófico ni académico, vale la pena examinar temas que desbordan la comunidad de filósofos y son de interés en la

\*. Entrevista publicada en “El Libro de las Celebraciones”, II, Mutis, Santiago; Roca, Juan-Manuel y Jineith, Ardila; curadores, Bogotá: Asociación Lengua Franca, 2009, pp. 137-144.

opinión pública. Le surgen entonces preguntas sobre ¿cómo hacer para que el trabajo filosófico no sea de interés sólo de la comunidad de filósofos?, o ¿cómo incidir en la opinión pública y cómo hacer que teorías filosóficas se conviertan en parte de la visión del mundo de quienes comparten una misma cultura? (Ibíd.: 14 y 17).

Miremos cómo ha sido el trayecto particular de la conformación de Rubén Sierra a partir de preguntarle por el campo filosófico al que entró en 1958. Recorro los pocos metros que me separan de su casa y le propongo trabajar con esta pregunta. Mientras saborea un wiski, como lo suele hacer en las largas discusiones con sus amigos, me dice con más auto ironía que pomposidad: “Entré a hacer filosofía durante el primer año del Frente Nacional. La Nacional era entonces una universidad con un personal académico consecuente con una ideología [conservadora] más que con calidad académica. Pero comenzaron a regresar de Europa profesores nuevos, después de una estancia de estudios y refugio de la situación que se vivía en Colombia: Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez. Danilo asumió un seminario en la Nacional durante dos años y era un profesor extraordinario, llevaba la clase bien preparada y era un gran expositor. Por entonces ya había llegado a la Universidad Nacional Jaime Jaramillo Uribe con quien entré en contacto, pues en ese momento la carrera de filosofía tenía dos años en común con quienes después optaban por literatura e historia. También le reconocíamos valor por sus clases de literatura española a José Pratt, refugiado español. La Facultad de Filosofía se había creado en 1946, pero por las condiciones de la dictadura conservadora apenas se estaba formando cuando entré. Los estudios se centraban en la cultura griega y el pensamiento moderno: Descartes, Kant, Hegel. De los contemporáneos, se destacaba Heidegger, quien era la figura más descollante de la filosofía en ese momento. Teníamos cuatro años de griego y latín, y tuve la fortuna de tener como profesor a Juozas Zaranka y me hice desde entonces muy amigo de él. Llegamos a leer *Antígona* en griego. Terminábamos con los estudios de métrica. El estudio de otros filósofos, lo hacíamos extra clases; estudié mucho a Sartre, quien no existía para el currículo e incluso había cierto repudio hacia él de los profesores... pero los jóvenes, Jorge Orlando Melo, Germán Rubiano, Germán Colmenares, lo leíamos”.

Rubén escucha mis preguntas desde su sillón, rodeado de sus libros – una biblioteca con más de 8.000 volúmenes seleccionada con esmero - de su envidiable colección de cine y música, cerca de la escultura de Nijole Sivicas y pinturas de Samudio. Le pregunto entonces ¿Cómo llegó a filosofía y a la

UN desde la provincia?: “Salamina, de donde soy, es un pueblo de lectores. Nos prestábamos los libros y había un amigo sastre, un viejo que recuerdo con mucho cariño, porque además de leer vorazmente, era un exquisito bebedor de aguardiente. Los estudios de filosofía en el bachillerato se reducían a demostrar, silogísticamente, que Sócrates está muerto porque era mortal. Y para esto, pensaba, no se necesita saber filosofía, pero yo leía mucho. Encontré en la biblioteca de mi casa un libro de García Morente que nadie me recomendó, *Lecciones preliminares de la filosofía*, que era una compilación de sus clases. Él era un refugiado español en Argentina; ese fue mi primer contacto con la filosofía.

¿Cómo veía esto su familia?, le interrogo: “Mi papá no puso objeción. Él era un hombre de fincas, sobretodo cafeteras y de ganado. Él compraba muchos libros y había en mi casa una biblioteca relativamente grande. Una vez un primo materno le preguntó por qué compraba tanto libro si no los leía. Dijo, ‘mire, tengo trece hijos, espero que alguno se aficiona a la lectura’. En una ocasión, como él viajaba con frecuencia a Bogotá y a Manizales, me preguntó qué libro quería. *Los Hermanos Karamazov*, le dije. Me llevó las obras completas de Dostoievski. Naturalmente perdí ese año [en el colegio] pues me dediqué a Dostoievski”. “Fui a Medellín a terminar el bachillerato, interno en el Liceo de la Universidad Bolivariana. Naturalmente, no resistí el encierro y regresé a Salamina a terminarlo, pero decidí venir a Bogotá. Tenía el magnetismo de la gran ciudad, y coincidió con que una hermana ya casada se vino a Bogotá. No había sino dos universidades: La Javeriana y La Nacional, y yo no resistía a los curas. ¡Quería tener acceso a la cultura con libertad! Por eso viene la Facultad de Filosofía y Letras de la Nacional”.

¿Cómo se desarrolló en ese campo y cuáles sus influencias principales?, indago: “Mi interés inicial fue la antropología filosófica sobre la que escribí varios artículos dedicados a figuras (Max Scheler y Francisco Romero) que escribieron directamente sobre el tema, o a pensadores que abordaron aspectos que me permitieron elaborarlos para ofrecer una visión coherente acerca del problema del hombre, como Aristóteles y José Eusebio Caro. Comencé de estudiante por escribir reseñas de libros filosóficos en la Revista *Ideas y Valores*, aunque ya había escrito algo (sin mucho valor) en *La Patria* en Manizales. Por algunas reseñas, los autores se molestaron: un jesuita, Jaime Vélez Correa quien había escrito un folleto sobre la filosofía en Colombia y también porque criticé a Jaime Gaitán Durán porque figuraba como filósofo. He sido así, [como críticón] desde estudiante y no me he amansado!”. “Luego

fundamos con G. Colmenares y J. O. Melo la revista *Esquemas*, de la que salieron cinco números”.

“Viajé a Alemania apenas terminé estudios, en 1962, con el ánimo de quedarme en Heilderberg (no recuerdo el motivo de esa decisión) y la conocí antes de viajar a Munich. El Instituto Goethe me envió a un pueblito a estudiar alemán, desde donde viajaba todos los sábados a Munich a visitar museos y a ir a conciertos. Me atrajo Munich como un imán y dije, me quedo aquí. Entré a la pinacoteca y lo primero que veo es Van Gogh, luego Rubens. La ciudad tenía una maravilla de programación musical. Me quedé tres años. Cuando entré a la Universidad de Munich, no tenía en mente un título y uno tomaba los cursos de manera libre. Me inscribí en cursos sobre pensadores que tenían que ver con el existencialismo, y en alguna ocasión asistí, sin inscribirme, a uno de filosofía analítica. Debo advertirle que esta filosofía no era el fuerte de la Universidad de Munich. Lo hice porque yo ya había leído en Bogotá dos textos que me produjeron mucha curiosidad: el *Tractatus* de Wittgenstein, que había publicado la Revista de Occidente, y el célebre artículo de Carnap, “La superación de la metafísica por medio del análisis del lenguaje”, que publicó la Universidad Autónoma de México.

Para mis estudios de antropología filosófica, además de E. Cassirer y Max Scheler, sentí mucha atracción por Malinowski y Taylor; después por Lévi-Strauss. Aproveché mucho el texto de L. Bolk, sobre hominización (traducido torpemente por humanización) del hombre en mis cursos que dicté después en la Universidad de Caldas y luego en la Nacional. También me dediqué a ver arte; tuve mi primer contacto directo con la ópera, fue con Tosca. En casa, mi papá no escuchaba música, compraba música clásica y ópera como compraba libros. El Boletín de la Radio Nacional lo recibía en Salamina y fue para mí una gran orientación en mi afición a la música”.

¿Cómo forjó una producción, a partir de qué inquietudes, a traviesa por que circunstancias vitales? le pregunto: “Regresé de Alemania y viajé enseñada a Salamina a pasar vacaciones de diciembre. Fue cuando recibí la llamada, si no me acuerdo mal, de José Fernando Ocampo, quien era decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Caldas, de si quería ser profesor allí. Estuve dos años y medio, me gustó Manizales, pero no daba lo que quería. Por entonces escribí mi primer artículo sobre la idea de hombre de José Eusebio Caro, pues como dije, siempre me interesó el pensamiento colombiano (*Boletín Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango y luego en *En-*

*sayos filosóficos*, 1978). Al poco tiempo me fui a filosofía en la Universidad del Valle, durante un semestre. Luego se dio que necesitaban un profesor en la Nacional, así que entré en 1969, con un ambiente muy distinto del que había conocido. Ya estaban claramente separadas las áreas de filosofía, literatura e historia, ahora en la Facultad de Ciencias Humanas. El curso de lógica clásica que tomé Alfred Trendal me hizo interesarme por esta disciplina que había rechazado en mis estudios de bachillerato. Fuera de algunas notas de clase para estudiantes, nunca he escrito sobre lógica.

Me sirvieron las clases de antropología filosófica para escribir algunos ensayos que fueron recogidos (no todos) en el libro *Ensayos filosóficos* (1978). Después hubo un cambio de pensum en la carrera y Ramón Pérez, quien era el director del Departamento de Filosofía, me pidió asumir la cátedra de positivismo lógico. Eso me sirvió para abandonar la antropología filosófica y profundizar en analítica. Cuando empecé a trabajar, en pregrado y en postgrado, en filosofía analítica, escribí sobre el tema. Algunos de esos artículos se publicaron en el libro *Apreciación de la filosofía analítica* (1987), editado por la Universidad Nacional”.

“Sucedió que en 1971 tenía un cargo administrativo; renuncié y dije que no estaba de acuerdo con el rector Luis Duque Gómez. Era el gobierno de Misael Pastrana Borrero. Duque Gómez me destituyó. Dijo incluso en la prensa que me había destituido por estar en desacuerdo, lo que le valió muchas críticas. Fueron dos años. Tenía entonces una hija y tuve que trabajar en cinco partes distintas: en las universidades de Los Andes, Externado, Distrital, Gran Colombia, Libre. Dicté cinco cursos distintos en tres universidades. Trabajaba hasta las 10 p.m. También trabajé durante el día como corrector de estilo en Antares. ¡Estudiaba en los cafés para ver cómo un curso de epistemología servía para filosofía del derecho! En 1975, por insistencia de Ramón Pérez Matta, me reintegraron a la Universidad Nacional y estuve hasta 1992, cuando me jubilé. En 1977 presenté la propuesta de crear los postgrados de filosofía y en mayo de 1978 se abrió la maestría y quedó aprobado el doctorado, sujeto a los resultados de la maestría. Pero fue tal la oposición al doctorado dentro del propio Departamento, que tuvo que llegar otra generación para ponerlo en marcha. En ese mismo año, junto con Luis Enrique Orozco, Guillermo Hoyos y Magdalena Holguín, se creó la sociedad de filósofos, con fines académicos”.

Rubén Sierra ha tenido un interés particular en lo que él llama el problema de la rigidez del lenguaje con que se tratan los problemas que se quieren llevar

a una lector ajeno a los filósofos (*La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas*, 2008, pp. 17). Por eso no son raros sus compromisos primero con la dirección de la Biblioteca Nacional y luego en la dirección de la Revista *Gaceta de CULTURA* (1989-1992). En la Biblioteca, dice Rubén, se logró que se asegurara la conservación de la memoria biográfica y hemerográfica del país: que se dedicara sólo para un usuario especializado, cosa bastante polémica. “Habría que observar que una biblioteca nacional, además de prestar servicios de información a lectores profesionales, tiene también una tarea similar a la de museo, o sea la conservación del patrimonio bibliográfico de un país. Como el archivo conserva memoria documental. Así fue la adquisición de libros que hice, dirigida a libros de y sobre Colombia. En esa época no escribí, pero en las horas muertas hice el trabajo de recolección de escritos de Carlos Arturo Torres, que me había sugerido Rafael Gutiérrez Girardot (*Carlos Arturo Torres. Obras*. 2 tomos, 2001 y 2002). A Carlos Arturo Torres lo marginaron los liberales porque se opuso a la guerra de los Mil Días y dijeron que los había traicionado. En un artículo posterior a la publicación de las obras de Torres, titulado “El intelectual frente a la guerra” desarrollé la idea (otros dirían la hipótesis) de que *Idola Fiori* es una versión sistemática del pensamiento de Torres de que la guerra civil es una idea antiliberal, antidemocrática, que termina generando caudillos, tan enemigos de la libertad como aquellos contra quienes hicieron la guerra. Para sostener esa opinión argumenté apoyándome en los artículos de prensa que escribió Torres tanto en *La crónica* como en *El nuevo Tiempo*, periódicos suyos dedicados a combatir como liberal al liberalismo que propuso e hizo la Guerra de los Mil Días. Ese fue mi refugio intelectual del trabajo administrativo”.

“No creo en la llamada filosofía latinoamericana. Critiqué eso en el artículo “Lo propio y lo extraño” donde sostengo que para hacer filosofía latinoamericana basta con hacer buena filosofía, pero sin negar que el filósofo nuestro debe pensar problemas propios de nuestra realidad. Con lo que estoy en desacuerdo es con el embeleco de Enrique Dussel. Pero sí me interesa el pensamiento colombiano. Por eso coordino desde el año 2000 la Cátedra de Pensamiento Colombiano en el Departamento de Filosofía. Allí no se hace historia sino que se trabaja con historia. “Pensar con la historia” es un concepto de Carl R. Schorske que se refiere a la utilización del “material del pasado” así como al empleo “de las configuraciones en las que lo organizamos y comprendemos”, “para orientarnos en el presente en que vivimos”. En la Cátedra de Pensamiento Colombiano se toma un tema desde distintas perspectivas y disciplinas, Ya hemos hecho tres libros: *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, *El radicalismo*

*colombiano del siglo XIX y La república liberal: política y cultura* (este último en prensa). Estarían también los dos libros, también colectivos, sobre la crisis colombiana. Ahora trabajo sobre Bolívar, sobre las pretensiones del conservatismo colombiano de fundarse en ideas bolivarianas. También dicto un curso en la Universidad Nacional de pensamiento colombiano del siglo XIX a partir de tres preguntas ¿Qué somos?, ¿Cómo gobernarnos? Y ¿Que ciudadano queremos?”.

Son tres preguntas, que siguen en la mente de los colombianos del común. Preguntas que permiten conectar las abstracciones de la filosofía con las preocupaciones de las personas corrientes. Perry Anderson (1995) nos recuerda que si bien Max Weber insiste en que el científico y el político se diferencian en sus fines y en sus medios, también el propio Weber nos enseña que la clave de ambas vocaciones es la combinación de una intensa pasión con una férrea disciplina. Pasión y disciplina están entreveradas en Rubén en Sierra. Las posturas de Rubén me llevan a la afirmación de Edward Said en las conferencias Reith en 1993: un intelectual es algo más que un trabajador especializado. Un intelectual es un trabajador del conocimiento especializado, pero es alguien que tiene un papel público específico en la sociedad, que no es un simple profesional sin rostro. Está dotado de una capacidad para representar, para encarnar una actitud, una opinión para y a favor de un público, sin tratar de contentar a su auditorio. Y Said añade algunas características que, digan si no, parecen escritas para Sierra: el intelectual así visto suscita perplejidad en su auditorio, incluso puede ser antipático; es un rebelde y también es un testigo, con más auto ironía que pomposidad (Said, 2007:30-31).

## Referencias citadas

Anderson, Perry. 1995. *Campos de batalla*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Said, Edgard. 2007. *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Random House Mondadori S. A.

Sierra Mejía, Rubén (ed.). 2008. *La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia- Facultad de Ciencias Humanas

----- 2004. “Tarea inconclusa” en Camacho Álvaro (comp.). *Artesanos y disciplinas. Hacer ciencias humanas en Colombia*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, CESO, pp. 73- 87.

----- (Presentación, prólogo y notas). 2001 y 2002. *Carlos Arturo Torres. Obras*. Tomos I y II. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

Sierra Mejía, R. & Gómez- Müller, A. (eds.). 2002. *La filosofía y la crisis colombiana*. Bogotá: Taurus- Universidad Nacional de Colombia.

# Prólogo al volumen “Frente Nacional: política y cultura”



Myriam Jimeno  
Luis-Ángel Méndez

Este es el sexto volumen que publica la Cátedra de Pensamiento Colombiano, adscrita al Departamento de Filosofía de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, bajo la coordinación del profesor Rubén Sierra Mejía. *Frente Nacional: política y cultura* culmina un ciclo de trabajo colectivo que se caracterizó por la diversidad de enfoques, temas e intereses de los investigadores participantes. En conjunto con los anteriores volúmenes tenemos un corpus de conocimiento multidisciplinar que se gestó a propósito de los periodos más relevantes de la historia nacional y su influencia hasta nuestros días.

El periodo del que se ocupa esta sexta entrega es uno de los que ha tenido mayores repercusiones en la historia reciente de Colombia. En efecto, el pacto bipartidista conocido como «Frente Nacional» que inició en el año 1958 y que se extendió hasta 1974, es una época cuyo eco resuena hasta el siglo XXI en diversas esferas de la vida nacional. El pacto sellado cabalmente en Sitges entre Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez —los entonces líderes de los partidos liberal y conservador respectivamente—, tuvo como objetivo dar fin a La Violencia. Por su carácter consociacional este pacto no solo influirá en el quehacer político en Colombia, sino que también aportará a la pacificación y a la modernización del país.

Ciertamente, el Frente Nacional suele recordarse, específicamente, por su dimensión política y por las implicaciones que tuvo para el desarrollo de la democracia en Colombia. No obstante, se suele olvidar que durante este periodo la sociedad colombiana transformó muchas de sus manifestaciones culturales, en especial la educación, las artes plásticas, la literatura, el problema agrario, entre otras. Por lo anterior, este volumen recoge nueve ensayos que buscan ofrecer un panorama más amplio de las transformaciones del país durante esos casi veinte años. En la primera sección «Contexto general» se ofrece un horizonte de las causas, el desarrollo y las consecuencias del pacto bipartidista sobre la democracia, el ejercicio político y la paz. En la siguiente sección «Frente Nacional y compromiso político» se ahonda en la dimensión sociopolítica del pacto, resaltando la injerencia de sus principales protagonistas: Alberto Lleras y Laureano Gómez; pero no solo se analizan los políticos, sino también la activa participación de agentes civiles y de los movimientos sociales como el indígena, que nacieron en esos años. Finalmente, la tercera sección «Arte y cultura» ofrece un importante análisis sobre la riqueza iconográfica, las artes plásticas, la violencia y la guerra fría, los escritores y la política, y la producción editorial de la revista *Eco*. Aquí, se muestra el proceso de modernización de esos años que transforma particularmente a la Universidad Nacional de Colombia y a la educación universitaria, con la Reforma Patiño.

La Cátedra de Pensamiento Colombiano fue convocada y coordinada por Rubén Sierra Mejía entre los años 2000 y 2016 y reunió a un grupo amplio de intelectuales colombianos y extranjeros entorno a la reflexión sobre ciertas épocas decisivas de la historia de Colombia. Su originalidad residió en aunar múltiples perspectivas para examinar un determinado período desde la historia, la filosofía, la antropología, la ciencia política, la economía, la literatura, las matemáticas, la arquitectura, la música, la sociología y las artes plásticas. Abrió un debate informado y con el mejor espíritu de la deliberación libre, en el cual los diversos participantes —de la Universidad Nacional, Universidad de Los Andes, Universidad del Rosario y Universidad de La Salle— se enriquecieron con el trabajo de sus colegas y alentaron, también, algunos trabajos de doctorado. Al cabo de tres semestres de discusión sobre el tema seleccionado, cada participante exponía un público amplio sus resultados y contribuyó con un texto de su autoría para la edición cuidadosa de un nuevo libro. Este experimento de discusión y revisión colectivas abarcó desde la Regeneración hasta el Frente Nacional en un trabajo continuo de seis ciclos durante dieciséis años; en cada uno colaboraron múltiples investigadores y

algunos permanecieron a lo largo de todos, asistiendo a un evento semanal donde no solo compartían sus trabajos, sino que hacían del seminario un encuentro de disfrute colectivo.

En la nota preliminar del volumen *La Restauración conservadora 1946-1957* (2012) el profesor Sierra Mejía afirmó que el seminario que sustenta la Cátedra «es, por definición, multidisciplinario, conformado por un grupo de investigadores que no se propone una conclusión final de los problemas que tratan», ni ofrecer un panorama total y orgánico, «sino abordar aspectos que no han sido objeto de atención o que merecían un nuevo tratamiento» (p. 9). En el Prólogo a otro volumen titulado *La hegemonía conservadora* (2018), él definió como objeto de estudio de la Cátedra el «pensamiento», concepto vago, dijo, que abarca un corpus amplio «que pueda informar sobre la trayectoria social y cultural de Colombia, y que, por consiguiente, permita de alguna manera la reconstrucción del carácter de una época» (p.10). Este fue el espíritu que fructificó en seis textos y cinco ciclos de conferencias públicas que son contribución al conocimiento nacional, y que se deben a la coordinación certera y al mismo tiempo dúctil del profesor Sierra Mejía.

Este volumen tiene la pretensión de que el lector pueda constatar la importancia de la reflexión hacia los diversos fenómenos que tienen lugar durante el Frente Nacional, busca animar nuevas discusiones y quizás podamos reconocer, en los caminos de nuestra historia, el porvenir de nuestra sociedad, pues, tal y como afirmó Sierra Mejía, el estudio de la «experiencia suministra criterios de innegable utilidad en el análisis de nuevas circunstancias, para orientarnos en el presente en que vivimos» (p.12).

## Referencias

Sierra, R. (ed.). (2012). *La Restauración conservadora 1946-1957*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Sierra, R. (ed.). (2018). *La hegemonía conservadora*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

# Rubén Sierra: una filosofía ocasionalista



Nicolás Duque-Buitrago

**R**ubén Sierra-Mejía (1937-2020) no pretendió hacer una filosofía en el sentido de consagrarse a un conjunto de doctrinas o adherir a algún programa filosófico específico. Tampoco quiso llevar a cabo lo que podría llamarse una “obra terminada”. No creo que hubiera tenido confianza por una generación posterior que viera en él al patriarca de algún conjunto de ideas o que fuera a buscar en sus escritos los antecedentes de alguna filosofía particular. Parece más bien haber mantenido cierto pesimismo frente al lugar que ocuparía en el futuro la lectura de los llamados filósofos colombianos y planteó, en diversas ocasiones, no solo lo poco que se lee el pasado filosófico (casi exclusivamente en los homenajes o en ciertas disputas puntillistas de carácter regional), sino lo mucho que se repiten las circunstancias y los modos en que *se tiene* que hacer filosofía en Colombia.

A Sierra se le reconoce como uno de los filósofos que hizo de nuestra cultura y tradición filosófica un objeto de reflexión, sin embargo está lejos de ser un defensor de lo “propio” o de una “filosofía propia”. De hecho la misma noción de propiedad cultural (de algo propio o nuestro) le resultó muchas veces extraña y llamó la atención sobre las enormes confusiones a las que nos podría conducir un nacionalismo cultural o algún tipo de esencialismo nacionalista.

Sus convicciones de escritor público y de ensayista lo hacen cercano, entre nosotros, a figuras como Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez o Darío Achury Valenzuela. No podría equiparárselo fácilmente con varios de los llamados “filósofos profesionales” o “normales” de su generación (a pesar de sus aportes filosóficos sustantivos), sino que se lo podría leer más cómodamente como a un humanista o a un ensayista.

Al repasar los escritos que recogió en obras como *Ensayos filosóficos* (1978), *Apreciación de la filosofía analítica* (1987), *La responsabilidad social del escritor* (1988) o *Ensayos impopulares* (2002) vemos que son, la mayoría de veces, reflexiones producto de la ocasión o del ensayo y que antes de pretender una respuesta definitiva o una obra monumental, querían ser una polémica, una pieza literaria, una nota, una provocación, una tesis o una aproximación. Es probable que lo que tengamos en frente sea la obra de un filósofo ocasionalista.<sup>1</sup>

La filosofía ocasionalista invierte varios de los patrones de una filosofía convencional. Al contrario de la búsqueda de generalidades, busca detalles, matices, experiencias directas, singulares y concretas. Para el ocasionalista la generalización no es una virtud, sino que la situación, el ojo puesto en el detalle y la experiencia siempre atenta a encontrar un nuevo acontecimiento, son lo fundamental.

El lenguaje del ocasionalista es un lenguaje común que intenta eludir las acrobacias técnicas de los expertos. Prefiere el lenguaje de la comunicación diaria -a pesar de su posible ambigüedad y de su natural vaguedad- porque se dirige a las circunstancias comunes, a los obstáculos cotidianos o a circunstancias de enorme transformación. Es el tipo de escritor que se considera un escritor público y asume la responsabilidad de estar ubicado en una sociedad específica con una historia singular. No podría permitirse perder la conexión con sus circunstancias para decir con complejidad innecesaria lo que es susceptible de expresarse en el lenguaje de todos los días.

1. Algunas ideas interesantes de lo que podría ser una filosofía ocasionalista, cercana al ensayo y al periodismo filosófico, pueden encontrarse en *La obsolescencia del hombre*, volumen 1 (2011) de Günther Anders. Madrid: Pre-textos. Tampoco carece de interés lo que implicó filosóficamente el ocasionalismo en las filosofías de Malebranche, Hume y Berkeley; una línea que nos conduce a varias de las exploraciones literarias de Borges y, también, al maravilloso ensayo de Sierra (1987) *Esbozo de una semántica borgiana* en el que explora la relación entre algunos cuentos de Borges, la semántica filosófica y las posibilidades literarias de la metafísica. Tampoco carece de interés resaltar la importancia que ha jugado el “periodismo filosófico” en la esfera pública. Un ejemplo es el filósofo Alain (Émile Chartier) en el mundo francés y que Sierra pudo haber explorado (aunque no los menciona) dado su interés en el papel que tuvieron los escritores (y ese tipo de escritura) en el caso Dreyfus. Cf. Alain. *El ciudadano contra los poderes* (2016). Madrid: Tecnos.

El ocasionalista no solo espera (sino que a lo mejor desea) el cambio y la desaparición de ciertas situaciones. Que se ocupe de las circunstancias no quiere decir que las alabe, de hecho no quiere que las circunstancias se perpetúen y confía en que su conjuro (la crítica, la polémica, la ironía, la denuncia) hagan mover el estado de monotonía, resignación, silencio o acuerdo cómplice que han adoptado los hechos sociales o el ambiente cultural. En este sentido es un instigador.

El filósofo ocasionalista no quiere vivir siempre en el mismo mundo. Se siente muchas veces extraño y exiliado de su ambiente. Tampoco quiere ser fiel a la misma doctrina, sino que busca en la reflexión una experiencia, a lo mejor irreplicable. Para el ocasionalista tener solo un oficio o afincarse en una zona cerrada de la reflexión es una anomalía. Quisiera muchas veces fusionar aspectos de otro mundo con *este mundo*.

El ocasionalista discurre con la confianza que le da su derecho de olvido y de retracto, o por el placer que supone imaginar que los hechos, los lectores o las críticas futuras lo refuten. Se arriesga a sugerir vías que luego puede abandonar (porque es un ensayista) y, a pesar de abrir campos y perspectivas (dado su carácter mediador), no busca un derecho de propiedad para el pensamiento. Sería una fijación imperdonable.

El ocasionalista se siente poco orgulloso de aquellos que asumiendo formas estabilizadas, circulares y repetitivas del pensamiento se convierten en los “representantes legales” de una doctrina y buscan antes que la heterodoxia la canonización. Pareciera que el mundo al que se dirige el filósofo ocasionalista no es el mundo que desea. A lo mejor es el mundo que quisiera desaparecer y rehacer de nuevo si lo tuviera entre las manos como el dios de Malebranche.

Algunos lectores pensarán que estas ideas sobre Sierra son una exageración. Sin embargo hay varios ejemplos que podrían justificar esta apreciación. En el prólogo de *Ensayos impopulares* Sierra contó que dicha obra pretendía ser una nueva edición de *La responsabilidad social del escritor*, pero una relectura le permitió ver que los ensayos “sonaban anacrónicos”. Insistió en un dictamen casi metodológico que le impuso a sus ensayos desde su concepción y que reiteró en varias de sus obras:

Por su misma naturaleza, todos estos ensayos son de una vigencia muy efímera, pues los problemas a que se refieren son eminentemente circunstanciales. Desaparecidos los motivos que les dieron origen, desaparecerá

entonces el interés que pueden tener. Por el tratamiento que les he dado tampoco resisten una larga permanencia: para atender a las demandas del momento que los inspiraron, se les dio un tono polémico más que analítico y están escritos en un lenguaje que soslaya el concepto riguroso para atenerse a las nociones imprecisas, lo cual además los hará vulnerables a una crítica severa. (Sierra, 2002, p. 10)

Bien mirada es una actitud rebelde frente a modos de ver la filosofía que se abstraen de sus circunstancias de enunciación y se abrigan bajo la idea de una filosofía perenne y universal, que no pasa por un conjunto de condiciones materiales, sociales y culturales que le dan lugar. Lo anterior (y es un punto que podría confundir) no significa consagrar la filosofía a los accidentes de las circunstancias como si se tratara de un fatalismo. Tampoco significa que las circunstancias locales sean el molde o el límite natural al que tenga que suscribirse la reflexión. Es cierto juego de dos bandas (o de tres o cuatro cuando empezamos a ser conscientes de todo lo que pueden ampliarse las intersecciones) que Sierra veía así:

No es posible hablar y actuar por fuera de la propia situación cultural. Pero debo advertir que con ella no quiero afirmar que se debe ser siempre solidario con cada una de las manifestaciones o que se las debe suscribir renunciando a la crítica y al desacuerdo. Puedo separarme de las creencias religiosas imperantes o de los valores morales que rigen nuestra vida social, pero lo cierto es que no me es posible renunciar a mi mundo actual. Es decir, que de cierta forma somos etnocentristas, sea cual fuere la cultura que se habite. Por supuesto que no entiendo este término en el sentido de un sometimiento a una especie de metrópolis que impone a todo un universo de culturas periféricas sus formas y sus mandatos: sólo pretendo significar con él que la cultura propia será el centro ineludible de la actividad de sus ciudadanos, y que es desde ese centro desde el cual éstos pueden comprender todo lo que sucede dentro de su mundo y, consecuentemente, los acontecimientos del resto del mundo. Una verdad de Perogrullo que con frecuencia se olvida. (Sierra, 2002, p. 18)

El carácter adaptable de las situaciones y de la realidad lo llevaron a asumir varios oficios: filósofo, ensayista, profesor, editor, traductor, bibliotecario, prologuista, crítico o periodista. Sin embargo, todos estos oficios lo conducían siempre al mismo acto, la escritura y, más profundamente, al deber de una escritura pública.

Sierra veía en el escritor a una figura singular del mundo moderno. En principio lo sentía como parte de la apertura del mundo cultural que habían hecho posible la imprenta, la difusión de ideas en lenguas comunes, la traducción, la secularización del saber, la creación de un tipo de lector y la aparición de un sistema complejo de escritura que requería, además de espíritu y genio, un trabajo material: imprentas, editores, correctores, revistas, libros, lectores, correos, bibliotecas y sistemas de distribución cultural.

El escritor moderno había sido parte fundamental de la aparición de una esfera pública y, en ese sentido, era poseedor de una investidura que le permitía discutir públicamente sobre asuntos morales y políticos de interés para su sociedad. Su acto, por tanto, no debía estar aislado de un destinatario, de un público y de unos lectores que no son simplemente los receptores de un mensaje, sino parte inseparable del acto de escritura.

En su ensayo *La responsabilidad social del escritor* quiso dejar de lado los programas de una ética normativa sobre la escritura y se enfocó en unos pocos rasgos que podrían caracterizar las responsabilidades del escritor. En primer lugar llamó la atención acerca de su responsabilidad con la justicia, un deber que se deriva de ser testigo de la situación social que experimenta su mundo sin ceder al imperio del silencio, de la censura y de la hipocresía. En segundo lugar, su derecho a ejercer la disidencia e independencia para pronunciarse sin cortapisas sobre la conducta de su sociedad. En este sentido el escritor dogmático no es un escritor real, sino un difusor de eslóganes disfrazado. Una mirada al detalle de su proceder nos mostraría, pensaba Sierra, que estos escritores disfrazados hacen un “uso negativo de los conceptos”, es decir, que convierten ideales legítimos, de preocupación pública, en banderas del sector social al que representan sin tener el propósito de “incorporarlos luego en sus proyectos de organización de la sociedad”.

En tercer lugar el escritor tiene la responsabilidad de decir, mostrar y no negociar la verdad que sabe, o que ve, a pesar de las enormes dificultades que supone hacer de la verdad un criterio en ámbitos difusos como los de la vida social. Confiaba en el carácter revelador y emancipador de la verdad.

Los tres aspectos anteriores se subsumen en su responsabilidad con el ejercicio de la crítica, es decir, con el firme compromiso que tiene el escritor de abrir brechas en medio de los dogmatismos, los prejuicios, las verdades oficiales o el silencio institucionalizado: “El escritor es entonces -por su in-

vestidura- un juez inflexible de los acontecimientos que constituyen el cuerpo de problemas de su tiempo.” (Sierra, p. 54)

Dejando de lado los aspectos más generales de la responsabilidad del escritor, Sierra parece reconocer un segundo tipo de responsabilidades que enuncia como la condición de posibilidad de un ejercicio público de la crítica: la responsabilidad de hablar un lenguaje común, la responsabilidad de pensar en el lector y la responsabilidad de comunicarse críticamente con otros. En este punto parecen cruzarse, firmemente, tres convicciones: sus convicciones filosóficas, sus convicciones estéticas y sus convicciones políticas.

Para Sierra el lenguaje común y público tiene un rol de apertura y de comunicación entre los distintos compartimentos culturales y sociales que hemos construido. No es un lenguaje con altos niveles de precisión y capacidad explicativa, ni tiene la oportunidad de eliminar la vaguedad -como podría hacerlo un lenguaje técnico. Sin embargo, en contextos de precariedad cultural y dogmatismo, el uso de un lenguaje común podría ser el punto de acceso y contacto con mundos culturales nuevos y liberadores, o con la necesaria revisión crítica que debemos hacer de nuestras circunstancias. Es una oportunidad de comunicación con un lector al que no se le puede exigir ser parte de una cultura elitista ni especializada, pero al que no sería justo discriminar con un lenguaje de naturaleza exclusivista. El escritor no solo tiene un deber de ampliación del horizonte de sus lectores, sino el gran riesgo de nunca alcanzarlos.

Pero no se puede confundir el lenguaje público con el lenguaje frívolo. El lenguaje público se halla enriquecido con la migración cultural, con la tradición oral, con la traducción, con las tradiciones literarias, con las manifestaciones artísticas y, en general, con los universos simbólicos compartidos. El lenguaje frívolo, al contrario, es un producto de la propaganda moderna que se caracteriza por tratar a la noticia, a la cultura y, en general, a la realidad como un bien de consumo que se adapta a las reglas de la publicidad y del mercado y que confunde la idea del consumidor promedio (tratado como “lector promedio”) con las posibilidades de creación de un público. Se condena al lector a la función de consumidor de productos; se elimina la posibilidad de creación de públicos y se estrechan las zonas de contacto cultural basándose en las reglas del *rating* de consumo de un lector más bien resignado que ha ido perdiendo la oportunidad de comunicarse con otras manifestaciones culturales. No son las palabras exactas de Sierra, pero parecería un tipo de comunicación que ha perdido la diversidad y la solidaridad (a pesar de su gran

cantidad y de su enorme difusión) y va eliminando las oportunidades de ir de nuestras iniciales zonas etnocentristas a nuevas experiencias.

La coloquialidad del lenguaje más que con una comunicación estereotipada tiene que ver con la capacidad de diálogo con las circunstancias. La escritura de Sierra -además de las evidentes convicciones filosóficas que la motivan-, se hace dueña de cierta sensibilidad modernista (no digo de un estilo modernista) del *flâneur*, del “cazador y reportero de lo efímero”, de quien busca la “belleza de los acontecimientos diarios de la vida moderna”, de quien toca la sordidez de los hechos, o de quien “abandona el palacio para acogerse a la calle”. Son algunas ideas que reiteró, recordando a Baudelaire, cuando escribió *Arte y testimonio* y que parecen inspirar el trabajo colaborativo (muchas veces analítico, a veces más personal y testimonial) que tuvo lugar en el seminario interdisciplinar sobre *La filosofía y la crisis colombiana*. Este modo de leer la tradición, sin necesidad de aceptarla, sin el imperativo de identificarse con ella, pero sin negar que nos conmina (por más que no nos sea propia) será, seguramente, uno de los gestos filosóficos que mejor recordaremos de Sierra.

Los lectores de Sierra deberíamos reconocer y reflexionar sobre un hecho: nunca esperó la postura de un lector perpetuador ni la de un lector dogmático. Es decir, nunca nos sugirió perpetuar sus posturas como si él fuera una autoridad, un *magister dixit*. Tampoco quiso que sus posiciones dejaran de ser criticadas porque, en general, esperaba fustigar y buscaba la reacción del lector. En ocasiones parece haber albergado la esperanza de cierta obsolescencia de la escritura en el que su prosa fijara el punto y el obstáculo que más tarde debía eliminarse y perecer devorando a la escritura misma y su derecho de reaparecer. A lo mejor deberíamos pensar otra vez en la vigencia que tienen los obstáculos de las academias que denunció (mas otros que no alcanzó a percibir), de la investigación filosófica y de la industria editorial y cultural para saber si así sus ensayos cumplen con el *dictum* ocasionalista que mencioné hace un rato de “desaparecidos los motivos que les dieron origen, desaparecerá entonces el interés que pueden tener”, o si debemos volver sobre la denuncia de aquellas situaciones que perviven o se repiten.

La escritura de Sierra fue, ante todo, la de un gran lector que, siguiendo a Borges, se vio como un lector hedónico y prefirió la lectura por placer a la lectura antecedida por la obligación. Si confiamos en lo que escribió en *El arte de citar*, seguramente no podemos percibir siempre los orígenes de sus ideas con el gesto académico de la referencia bibliográfica y la cita textual,

sino con el acto productivo de la interpretación y del goce reflexivo, un goce que está presente quizás en su mejor ensayo filosófico *Esbozo de una semántica borgiana*.

Dentro de lo que nos cabe saber explícitamente fue un lector cuidadoso de filósofos tan dispares como Bertrand Russell, Michel Foucault, Karl Popper, Jean Paul Sartre, Henri Bergson, Ernst Cassirer, Roger Scruton o Max Scheller. También de críticos y críticas como Susan Sontag, Ernst Gombrich o Arnold Ghelen. Su trabajo como traductor merecería un estudio singular, pero se puede destacar la traducción de algunos textos fundamentales de Rousseau (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*), de Leibniz (*Tres textos metafísicos*), de Durkheim (*Montesquieu y Rousseau. Precursores de la sociología*), de Russell, Gödel y Koyré (*Epiménides, el mentiroso*) y de Austin (*Performativo constativo*).

En una pequeña nota personal que escribió sobre Bertrand Russell (y que luego eliminó de los ensayos que reeditó) llegó a sugerir que una vez abandonadas y refutadas varias de las tesis filosóficas y científicas de Russell su obra seguía teniendo valor por dos razones que, a lo mejor, podríamos considerar también en su propio caso. La primera, porque fue un “reportero que en diálogo con los filósofos que le antecedieron qui[so] obtener de ellos pistas precisas que le sirv[ieran] para pensar, para dilucidar problemas propios.” (Sierra, 1988, p. 142). Pero, fundamentalmente, por su buena escritura.



# La filosofía analítica\*



Adolfo-León Gómez G.

Esta obra de Rubén Sierra constituye un acontecimiento editorial, ya que es la primera consagrada a la filosofía analítica en Colombia. El libro *consta de ocho* ensayos ya publicados en revistas filosóficas o en la prensa, como es el caso del último. Los ensayos —que para Rubén Sierra son la forma característica de exposición del pensamiento latino-americano y una manera de pensamiento ajena a todas las pretensiones de logro de un sistema— son los siguientes: *Apreciación de la filosofía analítica (que da el título a la colección)*; *Lógica y filosofía del lenguaje en Russell*; *La epistemología de Karl R. Popper: racionalismo y empirismo*; *Lenguaje y teoría en la epistemología de Karl R. Popper*; *Apriorismo: ¿subjetividad o formalismo?*; *Esbozo de una semántica borgiana*; *Lo propio y lo extraño acerca de la filosofía latinoamericana*.

El segundo, consagrado a Russell, es el más extenso y el más denso. En él Sierra reconstruye sintéticamente la lógica de Russell, mostrando en parte sus orígenes polémicos sobre todo con Aristóteles y Bradley; presenta la metafísica del atomismo lógico,

\* Reseña del libro “Apreciación de la filosofía analítica”, de Rubén Sierra-Mejía (Ed. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá 1987). En: “Boletín Cultural y Bibliográfico”, Número 14, Volumen XXV, Bogotá 1988

muestra sus debilidades y hasta su escolasticismo, y cómo el aporte que hace Russell desde la lógica para resolver problemas de semántica filosófica, como es la teoría de las descripciones definidas, es una forma de polemizar con Meinong y Frege. Por último, Sierra introduce el debate Russell–Strawson, para concluir que la crítica de Strawson a Russell busca eliminar la identificación russelliana entre significado y denotación e introducir consideraciones pragmáticas en el acto designificar.

Los dos capítulos siguientes están consagrados a la filosofía de Popper; el primero es una presentación general de las tesis centrales del racionalismo crítico popperiano, mientras que el segundo es un intento por mostrar que al lado de las cuatro funciones del lenguaje que reconoce Popper—expresiva, sefialítica, descriptiva y argumentativa—, existe además una función que Sierra llama la función estructurante, caracterizada por la presencia, en el lenguaje de las ciencias, de términos universales, disposicionales e intensionales; este hecho es el que hace inútil la construcción de lenguajes extensionales nominalistas, como lo pretendió Carnap, y hace también imposible e inútil y hasta nociva la concepción aristotélica de la definición.

En *Apriorismo: ¿subjektividad o formalismo?*, Sierra distingue la concepción de *a priori* kantiana que forma parte de la estructura de la subjetividad trascendental, del *a priori* formal de los filósofos contemporáneos formados en la lógica matemática y en el formalismo.

El ensayo más original de esta recopilación es el *Esbozo de una semántica borgiana*, donde Sierra se deleita en la lectura de Borges y nos deleita mostrándonos, con las reducciones al absurdo de Borges, lo que puede ser un lenguaje monista —Tlon, Uqbar, Orbis Tertius—, un lenguaje puramente extensionalista —*Funes el memorioso*— y la cara opuesta del lenguaje de Funes, como es el de los Yahoos en el *Informe de Brodie*, que es un lenguaje eminentemente intensional. El trabajo continúa con un análisis de la concepción del lenguaje de Borges, para culminar en las reflexiones pragmáticas de Strawson —al que ya mencionamos—, a partir de la absurda empresa del hispanista francés, *Pierre Menard. autor de El Quijote*.

La compilación termina con un ensayo polémico relativo a nuestro presente filosófico, *Lo propio y lo extraño acerca de la filosofía latinoamericana*. Sierra se enfrenta aquí a los propugnadores de una filosofía auténticamente latinoamericana. Para comenzar, nos dice, no podemos buscar lo propio en lo que territorialmente nos pertenece; nuestra cultura filosófica —querá-

moslo o no— es la cultura occidental, y la demanda latinoamericanista no es más que “la expresión de una inseguridad en nuestro destino histórico, de una desorientación espiritual de nuestros pueblos, el no querer reconocernos como ciudadanos de la cultura occidental”. Sierra nos sugiere que, así como en América Latina se comenzó a hacer literatura cuando se dejó de pensar en hacer literatura latinoamericana, quizás podría pensarse en hacer filosofía cuando hagamos filosofía sin más.

Recomiendo esta obra a los filósofos y a los hombres cultos que quieran informarse sobre la filosofía “analítica”. La obra de Rubén Sierra no sólo nos introduce en una técnica filosófica, sino que nos sabe introducir con un lenguaje claro, conciso y elegante. Su prosa es la que más se parece a las buenas páginas de los buenos filósofos analíticos.

Reservo los últimos párrafos para introducir unas notas críticas. En primer lugar, Sierra sugiere, en su primer ensayo sobre Popper, que este filósofo no resuelve el problema de la inducción sino que más bien lo abandona; pero de todo lo que Popper escribe en la *Lógica*, en *Conjeturas y refutaciones* y en *El conocimiento objetivo* se colige que no sólo lo abandona, sino que también lo resuelve disolviéndolo y mostrando que es una ilusión óptica. Personalmente no soy tan optimista como Rubén Sierra sobre las bondades de la inducción estadística.

En su segundo ensayo sobre Popper, Sierra pretende haber descubierto una nueva función del lenguaje, cual es la función estructurante a partir de la presencia en el lenguaje de los términos universales. A mi manera de ver, lo que hace Sierra es analizar en detalle —que no habíamos practicado con tal celo los popperianos, por lo cual le quedamos muy agradecidos— algunos aspectos de la función descriptiva. Creo que Sierra me da razón en esto cuando afirma que ese carácter disposicional de los universales es el que garantiza “el carácter descriptivo de los enunciados en que se presentan los universales” y también “el que esos enunciados anticipen el hecho que describen”. Sé que la relación entre describir y predecir es difícil de explicar, pero para Popper describir y predecir son indisociables.

Para terminar, creo que el ensayo menos logrado es el primero, *Apreciación de la filosofía analítica*. En este ensayo, tomando el principio de pertinencia de Martinet, que es un principio metodológico de selección, pretende determinar un *corpus* de problema(?) que ocupan a los filósofos analíticos. Sierra insiste en que los rasgos comunes de las filosofías analíticas (pues en

algún momento dice que es preferible recurrir al plural) no son rasgos clasificatorios sino “semejanzas de familia”. Algunos de ellos son:

1. Su interés por el lenguaje en tanto que todos —logicistas o filósofos del lenguaje ordinario— reconocen que el lenguaje es fuente de muchos errores filosóficos, lo que los induce a hacer una profilaxis lingüística y un análisis del lenguaje.

2. La ausencia de interés histórico, pues el *corpus* de sus teorías no pertenecen al campo de lo histórico, ya que sus problemas son todos de naturaleza *sincrónica*.

3. Como consecuencia de lo anterior, la filosofía analítica tiene una actitud negativa frente al sujeto como condición de sentido de los principios de la ciencia.

Con respecto a 1 quisiera preguntar, por ejemplo: ¿en qué sentido Popper y Austin pueden entenderse como terapeutas del lenguaje, ya que siempre preguntaron que lo que les interesa es la verdad? Con respecto a 2 quiero preguntar: ¿cómo entender el subtítulo de una conocida obra de Popper, *El desarrollo del conocimiento científico*, si no es por su interés en la historia de la ciencia ilustrado por el conocido esquema tetrádico ensayo 1, error, eliminación, ensayo 2...? Creo que éste es uno de los puntos en que Popper quiere separarse de las reconstrucciones sincrónicas de los neopositivistas.

Con respecto a 3 quiero acotar que el objetivismo popperiano con el que ilustra Sierra esta actitud negativa frente al sujeto, es una reacción radical contra el subjetivismo latente o presente en la filosofía neopositivista —y, por supuesto, en otras anteriores.

Creo que Sierra emprendió una tarea muy difícil, cual era la de determinar las características de una familia de tres o cuatro generaciones como ésta de Russell, Wittgenstein, Carnap, Ayer, Quine, Austin, Ryle y Strawson. A mi manera de ver, la única forma de caracterizar esta sucesión generacional es diacrónica, es decir: histórica. Pero le reconozco a Sierra este esfuerzo y reconozco, como él lo dice al final de su ensayo, refiriéndose a los filósofos analíticos que hago extensivo a Rubén Sierra:

*Su proceder, en cambio, nos deja la enseñanza del cuidado en el caso de los conceptos y de la desconfianza por todo resultado definitivo. Por eso, con frecuencia, al terminar la investigación, nos hallamos frente a la demanda de empezar de nuevo, pero ya con la claridad conceptual que nos proporcionó el proceso de la primera aproximación al problema.*

# Danilo Cruz-Vélez

## -Ensayo de prólogo a las “Obra Completas”-\*

Rubén Sierra-Mejía

**D**anilo Cruz Vélez nació en Filadelfia (Caldas) en 1920 y murió en Bogotá, en 2008, luego de una larga enfermedad que lo mantuvo recluido en una clínica, ajeno al mundo que lo rodeaba y olvidado de aquellos momentos que constituyeron su historia personal. Su infancia y parte de su juventud transcurrieron en Riosucio, Popayán y Manizales. A esta última ciudad se trasladó en 1937 para terminar sus estudios de bachillerato. Allí inició sus lecturas de filosofía moderna y contemporánea en las traducciones que publicaban las editoriales españolas. En varias ocasiones hablamos de los libros leídos durante aquella época de colegial que más impresiones duraderas le produjeron, algunos de los cuales, me decía, le demandaron, por su complejidad, largas horas de dedicación. Eran sobre todo libros de literatura como *La montaña mágica* de Thomas Mann y *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, y en ocasiones de filosofía como la *Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, que había sido vertida a nuestra lengua hacía algunos años y que aún



\* Se trata de una versión previa al incluido en el Volumen I de las “Obras Completas” de Danilo Cruz-Vélez (1920-2008), publicada en seis volúmenes en coedición de las Universidades Nacional de Colombia, de los Andes y de Caldas; con Rubén Sierra-Mejía de Editor (2015-2016). Versión previa recuperada de sus archivos digitales que reposan en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá), conjuntamente con la biblioteca personal de R.S.M. donada por sus hijas, compuesta por alrededor de 7.200 volúmenes.

gozaba de una amplia y entusiasta acogida en los países hispanohablantes. Su vocación de escritor empezaba a perfilarse, pues por entonces publicaba con regularidad en *La Patria* sus artículos y comentarios bibliográficos.

Cuando se trasladó a Bogotá a realizar estudios universitarios, entró en relaciones con círculos de escritores de la capital colombiana, en particular con los poetas de *Piedra y Cielo*. Inició pronto sus colaboraciones sobre temas literarios en *El Tiempo*, pero ahora alternados con los filosóficos. Eran artículos sobre Eugene O'Neill, Aldous Huxley, Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Wilhelm Dilthey y otros filósofos y escritores que en aquellos años ocupaban la atención de las editoriales y de la prensa escrita. Entre tanto cursaba sus estudios de derecho con la sola finalidad de hacer la obligante concesión familiar de realizar una carrera universitaria pero sin ningún propósito de dedicarse a su ejercicio.

El interés inicial por la literatura, aunque desplazado por la filosofía, nunca desapareció del todo: hasta los últimos años de su vida intelectualmente activa, la poesía en español y en alemán fueron sus lecturas más constantes. Cuando la ocasión se presentaba, durante sus conversaciones solía recitar pasajes de sus poetas predilectos, intercalando comentarios pertinentes sobre una metáfora, sobre sus aspectos musicales o su métrica, sobre un pensamiento esencial en el poema que leía, sobre el sentido mismo del fenómeno poético. A lo largo de su vida mantuvo una afectuosa amistad con algunos de los poetas de su generación, que admiraba y leía con especial cuidado. Eduardo Carranza, Aurelio Arturo y Fernando Charry Lara fueron sus amigos entrañables, a los que dedicó en algún momento la atención de lector crítico. Una muestra de esas preocupaciones puede encontrarse en los ensayos dedicados a Arturo y a Carranza, incluidos en *El misterio del lenguaje*.

José Ortega y Gasset, Nicolai Hartmann y Max Scheler fueron los filósofos de los que en la etapa de su formación recibió mayores estímulos. Su primer libro tiene la impronta del último de los filósofos citados, sobre quien llegó a afirmar que fue la mayor influencia que recibió en aquellos años, y que la lectura de *El puesto del hombre en el cosmos* constituyó el momento de su “instalación en la filosofía”. En vísperas de su viaje a Alemania, en 1951, escribió un ensayo sobre el concepto de “philosophia perennis” en Hartmann, a quien consideraba “el filósofo más importante en la filosofía reciente”. Más importante, pero no el más original, honor éste que le corresponde a Martín Heidegger, como lo advierte en ese entonces. No obstante el desconocimiento directo de su obra, reconocía que el autor de *Ser y Tiempo* representaba un

nuevo punto de partida en la historia de la filosofía, de la misma importancia que la revolución promovida por Descartes en el mundo moderno. Su viaje a Alemania tuvo el propósito de profundizar en su estudio. El interés por Ortega y Gasset, en cambio, fue superado con los años, y es notoria la poca huella que se encuentra en sus escritos de la lectura del autor de *La rebelión de las masas*, a quien sin embargo profesó hasta el final de sus días una gran reverencia. En *Tabula Rasa* estudia su significado para la cultura española de ambos continentes, valorando con mesura la tarea que asumió de conducir a España por la ruta del pensamiento europeo contemporáneo hasta situarla a una altura digna de la edad moderna.

En 1948 publicó, en Bogotá, su primer libro: un pequeño volumen titulado *Nueva imagen del hombre y de la cultura*. Sus compañeros de generación y la comunidad filosófica que empezaba a formarse en el país recibieron la obra con entusiasmo y saludaron al autor como a un verdadero maestro. Esa primera obra versa sobre un problema filosófico que en aquel momento estaba en auge, si bien ya las cuestiones acerca del hombre y de su naturaleza se las estaba tratando desde orientaciones distintas a la que acogió Cruz Vélez. A partir de la publicación de *Nueva imagen*, su actividad como escritor estará centrada en la filosofía.

Para comprender el lugar de Cruz Vélez en nuestra historia cultural, es necesario situarlo en la generación a que perteneció y valorar el significado que tiene esa generación en la historia cultural colombiana. Se ha hablado con insistencia del papel renovador que jugaron en nuestra literatura los poetas y escritores agrupados en torno a la revista *Mito*. Pero ninguna atención se ha puesto sobre el hecho de que el grupo de Jorge Gaitán Durán sólo realizaba en literatura y en artes plásticas lo que otros miembros de su generación estaban haciendo en ciencias sociales: ponerse al día con la situación cultural de los principales centros productores de conocimientos y de arte. Como generación irrumpe en la vida nacional al finalizar la década de 1940. A ella perteneció Cruz Vélez como representante del saber filosófico.

Ese ambiente de renovación se debió en parte a las reformas educativas promovidas por los gobiernos de la llamada República Liberal y en parte a la presencia en nuestro país, favorecida en muchos casos por aquellas reformas, de un grupo de académicos e intelectuales europeos que habían inmigrado a Colombia para protegerse de las persecuciones de que eran víctimas en sus países de origen. Españoles republicanos y alemanes adversos al régimen

nazi, en particular judíos, le dieron en ese momento un clima de cosmopolitismo a nuestro mundo cultural, ambiente que nunca antes había tenido y que desapareció pronto, es cierto, pero dejando una profunda huella. Ellos trajeron nuevos nombres de científicos, pensadores y escritores, así como nuevos métodos para el estudio de las ciencias sociales, los cuales ayudaron a superar el atraso por el que venía atravesando Colombia. En la cátedra universitaria, en programas radiales o en charlas de café, a esos europeos se les debe en buena medida la orientación del grupo generacional que compartió con los integrantes de *Mito* la tarea de darle un nuevo rumbo, modernizándola, a la cultura del país.

En la misma década de 1940, además, surge un fenómeno nuevo en Colombia: el cultivo de la filosofía, particularmente de la filosofía contemporánea, como una actividad enmarcada dentro del “común cauce cultural” y no únicamente como una actividad pedagógica o como el instrumento encargado de justificar programas políticos o doctrinas religiosas. Las circunstancias favorecieron la aparición de este fenómeno: el auge de la industria editorial en los países hispanoamericanos que había iniciado la divulgación masiva del pensamiento contemporáneo, y el impacto que ejerció entre nosotros la figura de José Ortega y Gasset, crearon el clima propicio para la recepción de la filosofía del siglo XX. A estas coordenadas externas habría que agregar que, dentro del país, las reformas educativas ejecutadas por el liberalismo, en el poder desde 1930, permitieron un ambiente favorable para la difusión de nuevas formas de pensamiento a las que desde la época de la Regeneración se venían imponiendo desde las aulas universitarias.

Por la época en que Cruz Vélez se instala en Bogotá e inicia sus amistades con los poetas de entonces, otras relaciones, la de un grupo de jóvenes interesados en la filosofía, le habrían de ayudar a encontrar el camino hacia esta disciplina. La creación en la Universidad Nacional del Instituto de Filosofía, en 1945, le ofrece además la oportunidad de incorporarse a él como docente. Fueron siete años de profesorado que, según declaró más tarde, constituyeron un verdadero aprendizaje de esta área del saber. Allí, en ese centro académico, un pequeño grupo formado por Cayetano Betancur, Rafael Carrillo, Abel Naranjo Villegas y el propio Cruz Vélez asumieron la tarea de introducir corrientes filosóficas que en el momento estaban en auge en Europa, en especial en Alemania. Eran corrientes de las que se conocía muy poco, si se exceptúan esporádicas menciones en textos y lecciones universitarias sin ningún impacto en nuestra cultura pública.

El problema del hombre, de su esencia, fue una de las áreas temáticas que más atención recibieron por parte de los filósofos alemanes durante las primeras décadas del siglo XX. Es éste el problema de *Nueva imagen del hombre y de la cultura*, libro que Cruz Vélez consagró a la fundamentación de la antropología filosófica. Para ello dedica la primera parte de la obra a la exposición y crítica del antropologismo de Scheler y del culturalismo de Ernst Cassirer. El error fundamental de ambas filosofías radica, para el escritor colombiano, en que establecen una subordinación entre el hombre y la cultura, y no una correlación: en Scheler una subordinación de la cultura al hombre y en Cassirer del hombre a la cultura. Si el autor de la *Filosofía de la formas simbólicas* no suscribe la afirmación scheleriana de que el hombre es un ser portador de espíritu, es debido, en primer lugar, a que la espiritualidad es una nota de carácter metafísico, lo que, de subscribirla, lo hubiera llevado a adoptar una posición contradictoria con la actitud del neokantismo, de cuya orientación era una de las figuras más relevantes, y porque, en segundo lugar y como consecuencia de su posición neokantiana, el hombre debe ser estudiado por sus funciones, es decir, desde el simbolismo, o formas simbólicas, que es lo que el hombre hace. Pero, para Cruz Vélez, una investigación de esta naturaleza debe preguntarse primero por el sujeto de la función, por aquello que funciona, antes de dar una respuesta sobre el efecto de la función misma. Scheler, en cambio, define al hombre desde la espiritualidad. Porque es un portador de espíritu, el hombre crea el mito, la religión, el arte, etc., y en esta forma le da vida a la cultura, actos que solo la espiritualidad hace posible. Cruz Vélez considera en cambio que la creación de la cultura no hace posible solo la espiritualidad, sino también al hombre, ya que la cultura es su sitio en el mundo: deja de ser hombre en el momento en que abandone el universo de las formas simbólicas. Una conciliación de las dos posiciones se logra en la medida que interpretemos ‘hombre’ y ‘cultura’ como términos correlativos, no subordinados: no se puede imaginar al uno sin el otro. Para lograr esta nueva imagen, interpretada desde esta correlación, se requiere una meditación metafísica, que está ausente tanto en la obra de Scheler como en la de Cassirer: este considera a la cultura como un *factum*, pero comete el error de buscar en ella los fundamentos de una teoría del hombre, y a su vez, Scheler, aunque reconoce una nota metafísica en la naturaleza humana, trata la cultura desde la dimensión del hombre. Hay que advertir, sin embargo, que la solución de Cruz Vélez se mueve dentro de las líneas trazadas por Scheler, naturalmente con variaciones a veces sutiles. El espíritu —es su conclusión—, unido al prin-

cipio vital, da origen al hombre. Este es entonces un ser vivo que se constituye en un centro espiritual, de “actos espirituales”, de realizaciones culturales.

La situación política colombiana sufrió un giro radical al finalizar la década de 1940, que se agudizó con el ascenso a la Presidencia de la República de Laureano Gómez, en 1950. Ese giro se dejó sentir en la universidad pública, en particular en la Universidad Nacional. Con el propósito de sujetarla a la política oficial que buscaba reorientar la acción del Estado en asuntos de educación y cultura, en 1951 esta institución de enseñanza superior fue drásticamente intervenida por el gobierno Nacional, creando dentro de ella un clima poco propicio a la investigación y al pensamiento: se excluyeron de sus programas la enseñanza de la filosofía moderna y todo pensamiento que no se ajustara a los modelos de cristianismo e hispanidad que había adoptado el Gobierno central. Cruz Vélez fue retirado de su cátedra, junto con otros profesores. Decide entonces poner en ejecución su proyecto de viajar a Alemania para realizar estudios formales de filosofía. En aquel año Martin Heidegger había sido reintegrado a su cátedra en la universidad de Friburgo, de la que el gobierno de ocupación francés lo había separado en 1945, debido a su colaboración con el régimen nazi. Muy poco era lo que Cruz Vélez conocía de la filosofía heideggeriana. Opta sin embargo por viajar a Friburgo a seguir sus cursos y seminarios. Fueron siete años de estudio, concentrados en el pensamiento de Husserl y sobre todo de Heidegger. En Alemania comienza a tomar notas para su libro *Filosofía sin supuestos*, que terminó en Colombia y publicó en Buenos Aires en 1970. Esos años en Europa fueron decisivos para darle una nueva orientación a su pensamiento, que estará definido en adelante por la influencia del filósofo de la Selva Negra.

A su regreso a Colombia, en 1959, se incorporó como profesor a la Universidad de los Andes donde centró su actividad académica, y reinició enseguida el trabajo de escritor que había interrumpido durante su estancia en Europa. Al año siguiente, en 1960, con otros pocos académicos colombianos formados en Alemania, acompañó al librero Karl Buchholz en la fundación de *Eco*, que en sus más de veinte años de existencia llegó a ser la revista colombiana de mayor presencia en toda América Latina. No sólo ayudó a orientarla en sus primeros años de circulación, sino que además fue colaborador y durante algún tiempo traductor, tarea esta última que abandonó muy pronto. Con los años, los escritores que publicaron *Mito*, con su desaparición después de la muerte de Jorge Gaitán Durán, se reagruparon en torno a *Eco*. La revista que en un comienzo fue ostensiblemente un medio de divulgación de la cultura

alemana, se convirtió en órgano de comunicación con la cultura europea en general y de difusión de la literatura y el pensamiento latinoamericanos.

Para atender una invitación de la Universidad Nacional, se hizo cargo por dos años de un seminario de filosofía. Allí lo conocí cuando adelantaba mis estudios universitarios. En un ensayo sobre su personalidad, no es impertinente dedicar unas pocas líneas a su trabajo como profesor. Debo decir que un curso suyo sobresalía por el rigor en la exposición y por la amplitud y solidez de sus conocimientos sobre el tema que trataba. Sus lecciones eran meticulosamente preparadas, sin dejar el menor margen a la improvisación. Las ideas se sucedían sin atropellarse, surgían siempre en el momento oportuno. La argumentación era impecable: nada quedaba sin demostrar. Y los textos que comentaba, de Platón o de Hegel, estaban siempre a mano, en su lengua original, los cuales iba analizando, explicando el sentido exacto de los términos y los conceptos, y señalando con claridad los pasos lógicos de la secuencia argumentativa. Era un verdadero maestro de la exposición académica, de la que estaban ausentes los excesos retóricos. Mucho de ese trabajo para sus cursos y conferencias fue utilizado después en sus libros y artículos. Quien no tuvo ocasión de haberlo escuchado en la cátedra o en una conferencia pública, puede encontrar esas mismas cualidades en su obra escrita. La exposición y estudio del pensamiento político de Platón que nos ofrece en su libro *El mito del rey filósofo*, es un buen ejemplo de las virtudes que he señalado. Es este un texto ejemplar por sus análisis filosóficos, ejemplar también por el manejo puramente idiomático del lenguaje. El lenguaje fue una preocupación que podemos apreciar en Cruz Vélez desde muy temprano en su vida de escritor. No me refiero al problema relativo a su naturaleza, a los problemas propios de una filosofía del lenguaje, que fue uno de los temas fundamentales de su reflexión filosófica, y al que dedico la primera parte de *El misterio del lenguaje*, sino al idioma como instrumento de expresión del pensamiento. Y así como estudió a profundidad a los filósofos griegos y alemanes para nutrirse de ideas y problemas, así mismo frecuentó la lectura de los escritores españoles —los de Europa y los de América— para adueñarse de los secretos de la lengua en la que escribió. Un ejercicio eminentemente literario que dio por resultado una prosa limpia, clara, precisa, que evita la jerga y el neologismo innecesario.

Aunque renunció a la cátedra que ejercía en la Universidad de los Andes porque aquella —decía— obstaculizaba su trabajo de escritor hay que advertir que esos años de profesorado fueron también años de fértil cosecha intelectual. Aparte de su libro orgánico, *Filosofía sin supuestos*, a ese período

corresponden la mayoría de los artículos que compiló en *Aproximaciones a la filosofía*, publicados en 1977. En este último libro Cruz Vélez ofrece una nueva versión de su primera obra bajo el título más modesto de “El hombre y la cultura”. Había quedado insatisfecho con la solución que le dio al problema en Nueva imagen. Y aunque en cierta forma conservó su inicial orientación, ofrece ahora un tratamiento nuevo para explicar la correlación que había vislumbrado en su libro de juventud. Los problemas planteados en su primera obra, son tratados ahora bajo la óptica de Heidegger, y la relación propuesta en 1948 es estudiada, consecuentemente, desde la existencia, de ese modo de ser del hombre, y de la libertad o trascendencia como nombres fundamentales del ser de este ente. El carácter trascendente de la existencia indica que el hombre sale de la naturaleza para ir hacia la cultura o el mundo, entendiendo éste como “el conjunto de posibilidades esbozadas por el hombre en cada caso”. En síntesis, el fundamento de la relación entre hombre y cultura lo sitúa, en esta nueva versión de su libro, en la existencia humana, pues la “existencia es un modo peculiarísimo de ser en otro”, en cual “otro” no es nada distinto a la cultura.

Dos de los ensayos recogidos en *Aproximaciones a la filosofía* (“La filosofía y la cultura” y “La metafísica y las ciencias del lenguaje”), ya habían sido publicados en forma de libro con el título de *¿Para qué ha servido la filosofía?* (1967). El tema fundamental de la obra es el problema de lo que es esta disciplina y de cuál es su objeto. Se coloca pues en la misma línea de intereses de *Filosofía sin supuestos*, sin duda su obra más importante por su estructura, sus ambiciones y el tratamiento del problema. Este libro está dedicado a sacar a luz los supuestos de una filosofía que buscaba prescindir de ellos y a discutir el carácter de ciencia que se le ha dado. Procede entonces a mostrar cómo Husserl, que se mueve dentro de la metafísica de la subjetividad, que es su culminación, no puede socavar, en su tarea de lograr una filosofía como ciencia rigurosa, en suelo en que se apoya, es decir, no puede superar la metafísica de la subjetividad, cuyos conceptos utiliza de manera operativa. Se limitó Husserl a tematizar los supuestos que caían de lado del objeto. Heidegger continúa la tarea de su maestro y lleva la “crítica de los supuestos del lado del subjetivismo”, buscando en esta forma superar la metafísica que se inicia con Descartes, para reorientar, en una dirección totalmente nueva, el pensamiento filosófico.

Entre los supuestos implícitos en la obra de Husserl, se destaca el carácter de ciencia, y de ciencia fundamental que le reconoce a la filosofía. Sin embar-

go, tanto desde un punto de vista teórico como por la naturaleza de los juicios de ambas disciplinas, tenemos que negarle tal carácter. Los argumentos de Cruz Vélez están encaminados a demostrar que la filosofía no fundamenta sus juicios como las ciencias particulares, retrotrayéndolos al objeto, pues mientras a las ciencias les es dado éste, a la filosofía le toca construir el suyo, pero sobre todo porque no se ocupa de ningún ente en particular sino del ser en tanto “condición de posibilidad de la permanencia” de los entes; e históricamente, por cuanto ha precedido a la formación de los sistemas científicos. En Cruz Vélez es fundamental la distinción heideggeriana entre ser y ente, y es ella la que en síntesis determina las relaciones entre la filosofía y las ciencias. La negación del carácter científico de la filosofía y la separación entre el ser, como campo de su investigación, y los entes como objeto de las ciencias particulares no anula sin embargo la relación entre la metafísica, que se identifica con la filosofía, y las ciencias, pues aquella es la que ofrece a ésta “un concepto previo de su objeto como también “los conceptos fundamentales para llevar a cabo su labor”. Con una metáfora de origen cartesiano a la que a Cruz Vélez le gustaba apelar, puede decirse que la metafísica es la raíz del árbol de la ciencia, lo cual significa que las ciencias encuentran en ella su fundamento. Desde aquella dirección estudia los nexos que el saber metafísico ha mantenido siempre con el saber científico. En “La filosofía y la cultura”, por ejemplo, se ocupa de las relaciones con las ciencias sociales, con el fin de responder a la pregunta por la utilidad de la filosofía. No se trata de una cuestión pragmática. En realidad lo que pretendió fue, como ya dijimos, abordar el problema de lo que es la filosofía, para cuya respuesta analiza sus vínculos con otras ciencias. “La metafísica y las ciencias del lenguaje” continúa el análisis del problema, pero concentrándose en el caso particular de la lingüística. La metafísica tiene como tarea elaborar el objeto propio de las ciencias, pues ella es el campo en donde se han de construir los conceptos con que trabajan las disciplinas particulares: esos conceptos son precientíficos, no porque sean ingenuos, sino porque son previos a la actividad propiamente científica. Tenemos así que la historia de la filosofía del lenguaje, que se inicia con *Cratilo* de Platón y se prolonga hasta el siglo XIX con las investigaciones de Wilhelm von Humboldt, ha tenido como resultado elaborar el concepto metafísico que servirá de objeto a las ciencias que se ocupan del lenguaje.

Cuando apareció publicado el libro *Aproximaciones a la filosofía*, escribí una reseña a manera de ensayo en la que señalaba algunos aspectos de su razonamiento, o mejor, de su concepción del problema, que me parecían impug-

nables. Creí necesario discutirle a Cruz Vélez el concepto de ciencia, porque en toda su argumentación sobre las relaciones entre la filosofía y las ciencias de la cual partía para negarle a la primera su carácter científico y para signarle las funciones epistemológicas que le concedía. Prescindió, porque no lo creí oportuno, de una crítica a su teoría de la naturaleza de los juicios científicos, para referirme al concepto de objeto que utilizaba. Si la historia de la lingüística —dije—, la detenemos arbitrariamente en Wilhelm von Humboldt, es decir, en los umbrales de esta historia, podemos concederle la razón a Cruz Vélez. Pero si damos un paso hacia adelante para analizar el problema a partir de la lingüística moderna, nos encontramos con una situación distinta. La primera tarea a la que tuvo que enfrentarse Ferdinand de Saussure fue la de la construcción del objeto de la lingüística en la concepción que él le dio. Ese objeto —continué en mi razonamiento— no le fue dado por la filosofía sino que se construyó en el interior de la ciencia misma. Podemos decir que la lingüística se ha podido construir como ciencia en cuanto ella ha logrado construir su propio objeto. Un paso más adelante —agregué— nos topamos con Noam Chomsky, y si bien en este hallamos un regreso al cartesianismo, podríamos decir que al pensamiento de Humboldt, para elaborar una crítica de la razón lingüística, ese regreso no significa que se haya recuperado el objeto de la vieja lingüística, sino que se elaboró uno nuevo. El gran drama de las ciencias sociales —insistía—, o de las ciencias de la cultura, ha sido la necesidad apremiante de construir su propio objeto. Aceptamos que en esta construcción la filosofía ha tenido un papel importante, pero no es en el interior de la filosofía donde se construyen para darse como *positum* a las ciencias. Las relaciones entre ciencia y filosofía —terminaba mi comentario— deben plantearse desde otras direcciones: desde una dirección lógica y desde una dirección crítica, en la que la ciencia se convierte en el objeto de la reflexión filosófica.

Cruz Vélez tenía un alto concepto de la crítica. Sus obras fueron por lo general acogidas favorablemente por la comunidad filosófica latinoamericana. Lo fue sobre todo *Filosofía sin supuestos*. Los comentarios que señalaron aspectos negativos de sus libros los leyó con atención, sin mostrar menosprecio por las objeciones que le hicieron. Pude apreciar esa actitud cuando discutí sus juicios acerca del objeto de la ciencia al que acabo de referirme. Y recuerdo su actitud a las reseñas que escribieron Jorge Aurelio Díaz y Rodrigo Zuleta sobre *Época de la crisis* (1996). Aunque respetuosas, eran abiertamente reprobatorias de algunas de sus afirmaciones. Le envié sendos ejemplares de las revistas en que fueron publicadas. Me llamó enseguida las leyó. Y después

de unas observaciones sobre el rigor de las reseñas, me dijo como comentario final: “Es grato ver que a uno se lo lee con seriedad”. Otra reseña, en exceso elogiosa, producto de una lectura superficial y entusiástica, simplemente la desdeñó.

En 1972, Cruz Vélez decidió retirarse de la vida académica y dedicarse sólo a la profesión que desde muy temprano había elegido, la de escritor. Hay que reconocer que ese año no fue el más propicio para el ejercicio de la cátedra universitaria con las condiciones de autonomía y tolerancia que requiere esta misión. Movimientos estudiantiles buscaban imponer al pensamiento filosófico orientaciones que no le permitían a éste manifestarse con la libertad que le ha sido propia. No puedo afirmar que aquellas condiciones determinaron la decisión de Cruz Vélez. Las veces que abordamos el tema, negó que la situación que señalo hubiera determinado su retiro de la cátedra. Sin duda hubo razones más profundas que lo llevaron a abandonar una carrera en la que había sobresalido con brillo y sabiduría. Pero lo indudable para mí es que volvió a aprovechar las circunstancias —como cuando hizo su viaje a Alemania— para dar el paso que ya había meditado. Por otra parte, si antes escribía y hablaba para un auditorio restringido —el académico—, a partir de ese momento decidió hacerlo también para un público más amplio. Aceptó entonces colaborar regularmente en *Correo de los Andes*, la revista que dirigía Germán Arciniegas en Bogotá, y en *La Nación*, de Buenos Aires. Como en su época inicial de escritor, durante los años en que escribe para los órganos periodísticos citados, hizo uso de una mayor libertad en la elección de sus temas, a veces eminentemente circunstanciales. Algunas de esas colaboraciones obedecieron, por así decirlo, a “las exigencias de la actualidad”.

A la época del retiro de la actividad docente pertenecen sus tres últimos libros, *El mito del rey filósofo*, *Tabula rasa* y *El misterio del lenguaje*. El primero, al menos la primera parte (“Platón y el mito del rey filósofo”) tiene sin embargo su origen en el ejercicio docente. Las otras dos partes y los otros dos libros se acercan más a la escritura pública, y exhiben un fuerte acento ensayístico. La unidad que quiso darle a *El mito de rey filósofo* sólo se logró por el tema general del que se ocupa, pero el tratamiento de las tres partes que lo conforman la desarticulan y permite que se las lea independientemente, sin que sea necesaria la lectura de cualquiera de ellas para la comprensión de las otras. Es innegable y un tanto sorprendente la desproporción de las tres partes y sin duda también su desarrollo. La primera cubre más de la mitad del libro. Es una obra en sí misma. Es por lo demás una exégesis del pensamiento

político de Platón, que se ajusta con mucho rigor a los requerimientos de la escritura que tiene como destino un público versado en el tema. Los otros dos libros se adaptan al carácter aproximativo del ensayo y tratan cuestiones muy actuales en su momento. *Tabula rasa* y *El misterio del lenguaje* son compilaciones de textos independientes entre sí, aunque algunos muestren parentescos temáticos. El primero, originado en sus colaboraciones de *El correo de los Andes*, se distancia de las maneras de expresión de *Filosofía sin supuestos* y aun de *Aproximaciones a la filosofía*. Es el lenguaje público el que los caracteriza, un lenguaje sin tecnicismos filosóficos. No puedo afirmar, apoyándome en las anteriores afirmaciones, que Cruz Vélez hubiese abandonado la escritura académica en busca de un lector que, aun siendo culto, exija un lenguaje del que esté ausente la parafernalia argumentativa que se impone cuando se escribe para colegas, para una comunidad científica.

En alguna ocasión me habló de una obra sobre el nihilismo en la estaba trabajando, pero ignoro si llegó a escribirla. Pero al revisar su archivo para la preparación de sus *Obras Completas*, no encontré nada que me permitiera afirmar que en realidad estaba trabajando en ella, fuera de algunos artículos que por su estructura no son parte de una obra orgánica. Pero acepto que no es riesgoso suponer que algunos ensayos dispersos en revistas americanas pueden pertenecer al cuerpo de doctrina del libro que preparaba. Cruz Vélez, me parece pertinente esta observación, no tenía afán de publicar. Cuando lo hizo fue para atender la solicitud de un editor. Pero también hay que reconocer que en sus últimos años ya no tenía la recepción de su época de mayor rendimiento como escritor, debido en parte al retiro voluntario, al aislamiento de ermitaño en que vivió después de la disminución de su sentido auditivo, pero además —y sobre todo— porque su trabajo no armonizaba con los problemas que en la actualidad ocupan la atención de la comunidad filosófica mundial.

Entre los ensayos que quizás sean fragmentos del libro sobre el nihilismo de que me habló, podemos suponer que a él pertenecen algunos artículos dedicados a Friedrich Nietzsche. Su estudio está en conexión con el interés que se observa en sus últimos escritos. De esos textos se destacan los que dedicó a temas éticos. Fue la ética el campo de problemas que mayor atención recibió en el período final de su vida productiva. Como en sus anteriores obras, el espacio conceptual y teórico de estos ensayos está construido con elementos procedentes de la filosofía de Heidegger, una orientación que no abandonó nunca, lo que dio origen a un sesgo dogmático que lo llevaba a rechazar el trabajo que se realizara desde otras perspectivas. Esa orientación es manifies-

ta en “El puesto de Nietzsche en la filosofía”, en “Nihilismo e inmoralismo” y en “Hegel y el problema del fin de la ética”. En el primero, Cruz Vélez considera que las interpretaciones que tradicionalmente se han ofrecido de Nietzsche han desatendido el centro de su filosofía: toda su polémica contra la filosofía occidental no es más que una discusión contra la metafísica. Planteado el problema en estos términos, el puesto del autor de *Así habló Zaratustra*, debe buscarse entonces dentro de la metafísica, y no fuera de ella, como fue su propia pretensión. Después de haber llegado con Hegel la filosofía occidental a su madurez en la línea del *ego cogito*, Nietzsche elabora una nueva forma de pensamiento basado en el *ego volo*, el cual toma forma en una “metafísica de la voluntad de poder”.

En los artículos dedicados a Hegel y al nihilismo, la reflexión también está hecha desde una dirección metafísica, reconstruida a partir de la historia de la filosofía. Hegel como culminación de la ética occidental y Nietzsche como heraldo del fin de la ética, son “Los grandes protagonistas de la crisis más grave que ha sufrido la ética en toda su historia”. Pero, ¿cuál es la relación entre el problema ético, mejor, entre el problema del fin de la ética, y la metafísica? La respuesta se la ofreció la lectura Nietzsche, para quien los problemas de la metafísica y los de la ética está de tal manera unidos que casi llegan a confundirse. Aunque el origen del nihilismo se encuentra en la metafísica, también podemos buscarlo de igual manera en la moral. Con el fin de clarificar el concepto, Cruz Vélez se apoya en la distinción entre nihilismo teórico y nihilismo práctico; este último recibe el nombre más preciso de inmoralismo: se genera en la pregunta por el deber ser y las normas que rigen la conducta humana, y no, como el nihilismo teórico, en la pregunta por el ser de los entes. “El nihilismo teórico se presenta cuando todo nos parece, en el fondo, nada; y el nihilismo práctico, cuando las normas que regido nuestro comportamiento pierden su validez, y ya no sabemos cómo debemos obrar”. Es en el ámbito de la praxis donde el filósofo colombiana vislumbra la posibilidad de superación del inmoralismo, pues es allí, en la praxis, donde surge éste. Al hombre hay interpretárselo, entonces, como *ethos* (pues de lo que se trata es del ser del hombre), ya que *ethos* se constituye en la morada de este multifacético ente.

*El mito del rey filósofo*, libro publicado en 1989, obedece en cierta manera a las mismas preocupaciones éticas que caracterizan la última orientación de su pensamiento. El origen del problema de que se ocupa aquí se encuentra en la crisis de la sociedad griega, que había llevado a Platón no sólo a plantearse el problema de la justicia y a ofrecer un modelo de Estado en el que aquel tu-

viera su dominio, sino además a participar en la política activa, con el ánimo de realizar el modelo que había propuesto. Pero no era sólo una decisión personal, sino que además pensó que el filósofo, debía convertirse en rey, o que los reyes debían aprender a filosofar, como garantía de que la justicia reinase en las sociedades humanas. Este problema tiene, en el estudio que propone Cruz Vélez, su génesis en el pensamiento que ofrece Platón en *La República* y la posterior reelaboración de Karl Marx. Analiza, en síntesis, el programa platónico de unir el poder político con la filosofía, que en el filósofo griego no pasó de ser un anhelo, pero que en manos del autor de *El Capital* logró que la filosofía se convirtiera en actividad revolucionaria, abandonando así su esencia teórica para ser entonces praxis. La filosofía tuvo que recorrer un largo camino para modificar las tareas que se había asignado de interpretar el mundo y asumir ahora la misión de transformarlo.

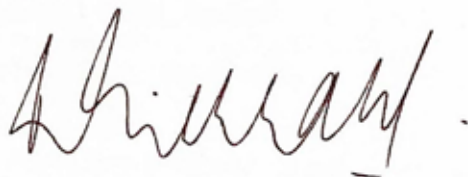
Estas relaciones de la filosofía con la política, analizadas en las dos primeras partes de la obra, adquieren su sesgo ético, en el tercer capítulo, donde Cruz Vélez aborda el estudio de la adhesión de Martín Heidegger al nazismo, quien llegó a afirmar en una alocución como rector de la Universidad de Friburgo: “El Führer mismo, y sólo él, es hoy y en lo futuro la realidad alemana y su ley”. Son palabras que explícitamente proponen un nuevo absolutismo en el que el tirano es la última fuente del derecho y el único cimiento del Estado, y que niegan por consiguiente “los derechos de la filosofía en la conducción de la polis”. La conducta de Heidegger fue, pues, una deslealtad con la tarea que el filósofo ha realizado siempre, esto es, la propia de la vida teórica, aun en los momentos en que el problema de que se ocupa sea una problema relacionado con la vida práctica, como es el caso de la política. La conclusión final de *El mito del rey filósofo* queda claramente sintetizada en las palabras de Kant, que cita el propio Cruz Vélez: “La posesión del poder echa a perder inevitablemente el libre uso de la razón”. Pero si bien, a nuestro parecer, es esa la conclusión de toda la obra, a la luz de otros textos del escritor colombiano la actividad política del filósofo queda abierta de acuerdo con las exigencias de la circunstancia. En uno de los ensayos compilados en *El misterio del lenguaje*, “La crisis del mundo actual y la filosofía”, donde retoma el problema del mito platónico del rey filósofo, ofrece una conclusión que recupera la tarea crítica del filósofo y en general del intelectual en la época moderna. Y al final de nuestra conversación sobre “El filósofo y la política” fue contundente en su respuesta de no negar en todos los casos la participación del filósofo en actividades conducentes al manejo de los asuntos públicos.

El sesgo ético de que venimos hablando, abrió a nuestro parecer un nuevo problema en los intereses de Danilo Cruz Vélez: la tarea propia del intelectual en la sociedad moderna. Al tema le dedicó el último ensayo de *Tabula rasa*, titulado: “El ocaso de los intelectuales en la época de la técnica”, en el que llegó a resultados que podemos vincular con las conclusiones de sus reflexiones sobre la actividad política del filósofo. En este ensayo, el análisis sigue una dirección histórica, para concluir, ante el declive del poder del intelectual en nuestro tiempo, que pareciera que éste es absorbido por la técnica, perdiendo así su libertad de pensar y de proponer nuevas alternativas y nuevas soluciones —o nuevas utopías— a los problemas de la sociedad en que vive. “Sus tareas y sus metas las recibe de las instituciones a cuyo servicio está, ya sea el departamento de un ministerio, la universidad, la sección de planeación de una gran industria o la casa editorial”. Una situación con la que no se conforma el filósofo colombiano, pues cree que aun es posible recuperar la tarea crítica que ha tenido el intelectual desde que apareció como protagonista en la historia moderna.

El origen de *Tabula rasa* (1991) se encuentra en los ensayos que publicó en *Correo de los Andes*. La ordenación y la elaboración de parte de algunos de los textos originales, le da unidad a la obra, en especial a las secciones primera y tercera. Al igual que en *El mito del rey filósofo*, el problema parece haberse presentado, al inicio, en fragmentos y que su dimensión unitaria hubiese sido un trabajo posterior, de ordenamiento de un material que obedecía a requerimientos diferentes. Una novedad en el tratamiento de los problemas se hace evidente en aquel libro y es la incorporación de análisis histórico para alcanzar la reflexión filosófica. Los problemas tratados así se lo exigían. El primero de ellos es el de arrojar luz sobre el desarrollo del ideal de hacer filosofía en el mundo hispanoamericano. Es una cuestión que se viene planteado desde mediados del siglo XIX, pero siempre con propósitos programáticos y sin haber parados mientes en que la filosofía es un hecho histórico en el que intervienen una serie de procesos hasta lograr su plenitud, y no la simple consecuencia de un acto de la voluntad. Y la sección tercera está dedicada a mostrar los momentos de la pérdida de poder que vive el intelectual en nuestra época. Es una obra sin duda que tiene el propósito explícito de pensar nuestra propia situación histórica. Los temas y los autores allí estudiados —sea Immanuel Kant, Jean-Paul Sartre, Miguel de Unamuno o Francisco Romero, o también la posibilidad de una filosofía latinoamericana —están todos en relación directa con la actual situación, en particular la del hombre latinoamericano.

Para terminar este ensayo de memoria de Danilo Cruz Vélez, es conveniente no pasar por alto las observaciones que expuso en el prólogo del libro acerca del concepto “*tabula rasa*”. Llamo la atención sobre esas observaciones, así sea de manera breve, porque ellas no sólo expresan los objetivos del autor en relación con el contenido del libro, sino porque representan, por así decirlo, un principio de su conducta como escritor. El concepto no alude a la teoría empirista de una mente limpia de contenidos, previa a todo proceso cognoscitivo, sino a las intenciones, de toda actitud filosófica frente a los saberes adquiridos a través de las múltiples formas de aprendizaje, es decir, de someterlas al más riguroso, examen con el fin de desenmascarar sus falacias y los supuestos en que se apoyan. En este sentido, su vínculo está más próximo a la doctrina de los ídolos que desarrolló Francis Bacon, doctrina que tiene como finalidad despojar de prejuicios a la mente humana y abrir un terreno apropiado para el avance del conocimiento. Las falsas nociones, las palabras sin sentido, los dogmas en que se ha convertido el saber, son el objeto de los análisis que ofrecen los textos de los que está conformado el volumen. Es el espíritu, podría decirse, que rige toda la obra de Cruz Vélez. Porque, aun cuando en otra dirección y con objetivos estrictamente filosóficos, puede vincularse ese principio a los propósitos que animaron la escritura de *Filosofía sin supuestos*. Sin lugar a dudas, la intención en el uso del concepto de *tabula rasa* es más evidente en los últimos libros, sobre todo en el que lleva este título, cuyos ensayos se refieren a aspectos del saber que por haberse enquistado tan fuertemente en amplias zonas de la sociedad, se los ha considerado contruidos en sólidos fundamentos y libres por lo tanto de cualquier duda.

Para el invariable amigo  
Carlos Enrique Ruiz,  
con un gran abrazo de  
solidaridad.  
Bogotá, 10.7.87



Rubén Sierra-Mejía

# En memoria de Danilo Cruz-Vélez

Rubén Sierra-Mejía

Mis relaciones con Danilo Cruz Vélez se iniciaron en 1961, cuando se hizo cargo de un seminario en la Universidad Nacional de Colombia, donde yo adelantaba mis estudios de filosofía. Llegó con la fama de ser un profesor excepcional, fama sin duda bien merecida: sus lecciones eran meticulosamente preparadas; la exposición era rigurosa, sin dejar de explicar un concepto, cuando este requería de una clarificación dentro del contexto en el que era utilizado; los pasos en la argumentación eran irrefutables, y el espacio cultural en que se situaba para sus análisis era siempre pertinente. Terminados mis estudios tuvimos encuentros ocasionales, sin que estuviesen animados por la amistad: la conversación se limitaba a hacer preguntas de cortesía y a responder cortésmente a ellas. La amistad nació —es posible que a través de amigos comunes como Rafael Carrillo o Fernando Charry Lara— a mediados de 1970, cuando ya se había retirado de la cátedra que ejerció durante más de diez años en la Universidad de los Andes. Por esa época yo trabajaba en una dirección filosófica totalmente contraria a la que él daba a sus investigaciones y había perdido interés en los temas que él trataba. Sin embargo, leía sus libros con atención, aprovechándome de sus excelentes cualidades expositivas, de su amplia y sólida información y de su claridad en el tratamiento de temas y problemas de por sí difíciles.



No obstante mi observación anterior, mi conocimiento de su obra venía de años atrás. Desde 1959, cuando regresó de Europa y reinició su actividad de escritor, empecé a leer sus artículos o capítulos de sus próximos libros que se publicaban en las revistas colombianas de la época. Era un escritor mesurado en sus maneras de escritura, y parco en su producción bibliográfica. En total seis volúmenes, si sumamos su obra juvenil *Nueva imagen del hombre y de la cultura* (1948), libro que Cruz Vélez rechazó después, reescribiéndolo y dándole un nuevo enfoque al problema que planteó allí. El problema del hombre, de su esencia, que en su primera versión sigue los tratamientos que le dieron Max Scheler y Ernst Cassirer, está orientado ahora por la filosofía de Heidegger, con cuyo pensamiento se había familiarizado durante sus años de estudio en Alemania: al hombre, como objeto de investigación filosófica, no meramente antropológica, se lo estudia desde la existencia, de ese modo de ser del hombre, y de la libertad o transcendencia como nombres fundamentales del ser de este ente.

Pero no fueron sólo distanciamientos con las tesis que sostuvo en aquel libro lo que lo impulsó a escribirlo de nuevo, sino además razones referentes a sus aspectos formales, pues —decía en 1976—, ese primer libro adolecía de “torpeza” y “mal gusto del lenguaje”, un juicio que expresa la obsesión que puede observarse durante toda su vida de escritor: la búsqueda de un lenguaje limpio de idioletos o de extravagancias sintácticas, como llegó a ser común en la época. Hablamos varias veces sobre el tema, y comprendí la razón de su lectura constante de los clásicos españoles o su aprecio por autores nuestros como Baldomero Sanín Cano, de quien admiraba su prosa sobria, precisa en la expresión del pensamiento y limpia de exuberancias retóricas. Sus traducciones, aunque fueron pocas las que hizo, muestran también la severidad con que asumió la tarea de trasvasar al español un pensamiento para el cual todavía no se habían acuñado con propiedad en nuestro idioma los términos para conceptos forjados en otras lenguas.

Danilo Cruz Vélez perteneció a una brillantísima generación que en todos los campos de la cultura, en especial en las artes plásticas, en literatura y en las ciencias sociales, mostraron a los colombianos caminos nuevos a la creación y al pensamiento; una generación que se sincronizó con los grandes centros de producción de conocimientos y de nuevas propuestas artísticas. Me refiero a la generación nacida en las inmediaciones de 1920, que coincide con la que se congregó en torno a la revista *Mito*, aunque, hay que reconocerlo, rebasa al grupo de escritores y artistas que colaboraron en ella. El propio Cruz

Vélez escribió allí. No podemos decir, sin embargo que hubiera pertenecido al grupo de Jorge Gaitán Durán. Su actividad como escritor y promotor de nuevas corrientes de pensamiento se centró en *Eco*, revista donde solía divulgar sus ensayos y traducciones. Editada por el librero Karl Buchholz y promovida por exponentes de la misma generación de *Mito*, tuvo una larga vida, que va de mayo de 1960 a junio de 1984. La tarea de traducción de esta revista fue extraordinaria, sobre todo en sus primeros años: por ella se pudieron leer escritores desconocidos o poco conocidos en el mundo español: escritores alemanes, ingleses, franceses, italianos y aun de lenguas menos familiares como la húngara o la polaca. Llegó a ser también una revista de divulgación de la literatura latinoamericana en la época de mayor auge de esta literatura, no solo aglutinando en torno suyo a escritores consagrados de lengua española sino además promoviendo a poetas y prosistas de las nuevas generaciones. Cruz Vélez fue uno de sus fundadores, y como tal ayudó a darle ese carácter cosmopolita que desde el comienzo tuvo la revista; carácter que nos sedujo a quienes todavía no habíamos completado el ciclo de formación intelectual.

Sus obras fueron por lo general acogidas favorablemente por la comunidad filosófica latinoamericana, sobre todo *Filosofía sin supuestos*, que había comenzado a escribir en sus años de estudio en Alemania, pero que solo publica en 1970. Es éste un libro que tuvo una amplia acogida en América Latina. Pero su alto concepto de la crítica lo alejó de tomar actitudes de rechazo a comentarios que pudieran señalar aspectos negativos en sus libros. Eran comentarios que leía con mucha atención. Pude apreciar esta actitud suya cuando discutí en un pequeño ensayo, escrito a manera de reseña, algunos de los juicios que expresó acerca del objeto de la ciencia en su libro *Apreciaciones a la filosofía* (1977). Y recuerdo su reacción a las reseñas que escribieron Jorge Aurelio Díaz y Rodrigo Zuleta sobre *Época de la crisis*, el libro que recoge las entrevistas que le hice y que publiqué en 1996. Aunque respetuosas, eran abiertamente reprobatorias de algunas de sus afirmaciones. Le envié sendos ejemplares de las revistas en que fueron publicadas. Me llamó enseguida las leyó: “Es grato ver que a uno se lo lee con seriedad”, fue su comentario final. Otra reseña, en exceso elogiosa, producto de una lectura superficial y entusiástica, simplemente la desdeñó.

Antes de que se mermaran en forma considerable sus capacidades auditivas y que, como consecuencia de ello, empezara a padecer problemas de equilibrio al caminar, lo que lo condujo a un aislamiento de ermitaño, la comunicación con Cruz Vélez era muy grata, fuese en nuestros encuentros o en largas

conversaciones telefónicas. Aunque fue avaro para revelar circunstancias de su vida, y solía excluir los juicios de censura sobre personajes de la vida nacional o cercanos a nosotros que pudieran tener un matiz de animadversión, no dejó de hacer referencias a su pasado cuando llegaba el momento en que era oportuna la reminiscencia. Recuerdo sus alusiones amables y sinceras a su abuelo materno, a quien no conoció personalmente, pero de cuyas anécdotas disfrutaba. Quizás porque ambos veníamos de la misma región de Colombia, y porque yo conocía las extravagancias de su antepasado, aludía a estas y a algunos episodios de su vida con cariño y con humor. Hombre adinerado, perdió su fortuna hasta morir en la pobreza por mal manejo de sus deberes crediticios, y los consiguientes pleitos que estos le ocasionaron. En una ocasión me leyó apartes de la simpática crónica que escribió Rodrigo Jiménez Mejía sobre don Antonio —éste era el nombre de su abuelo—, dejando ver, por medio de la sonrisa y el comentario, su afecto por el personaje, algunas de sus ocurrencias o respuestas eran sin duda estupendas, de un talento espontáneo indudable.

Hay una faceta poco conocida de su personalidad. Cruz Vélez fue sin duda un hombre de una amplia cultura literaria, no solo filosófica. Fue un lector permanente de poesía y amigo de poetas representativos de Colombia, no sólo de poetas de su generación sino además de generaciones posteriores. En nuestras conversaciones o en reuniones con amigos solía hacer alusiones a los poetas de su preferencia, colombianos o extranjeros, de nuestros días o del pasado. Habló siempre con especial aprecio de Aurelio Arturo, con quien llegó a trabar no sólida amistad y a quien consideraba como uno de los más grandes poetas nuestros, solo comparable con José Asunción Silva. Con ocasión de su muerte le dedicó un ensayo interpretativo, “Arturo en su paraíso de palabras”, que recogió en su último libro, *El misterio del lenguaje*, y donde se detiene a analizar el sentido del título mismo del poema más famoso de Arturo, “Morada al Sur”, el Sur como el símbolo del país de la infancia y la adolescencia del poeta, de donde fue “arrojado por su adverso destino en una situación prosaica, lejos de ese ámbito primero de su existencia”. Este Arturo, siempre alejado del mundo social y de las reuniones así fuesen de hombres de pensamiento o artistas de la palabra, fue el amigo con quien Danilo, también retirado en la soledad de su biblioteca, pasaba largas horas conversando de literatura en los cafés de Chapinero. Nunca asistí a una conversación entre ellos aunque algunas veces, pocas veces, tuve la cortesía de aproximarme a la mesa que ocupaban a darles un saludo.

El problema del pensamiento y el lenguaje poéticos fue uno de los temas que trató Cruz Vélez, no en abundancia y de manera sistemática pero sí a lo largo de su vida, desde sus primeros escritos conocidos. Recuerdo que entre sus artículos, los que escribió en la prensa Bogotá, en los años en que inició su carrera de escritor, se encuentra dos ensayos dedicados a dos poetas de su aprecio. Uno de ellos para comentar la poesía mística de un poeta colombiano completamente olvidado entre nosotros, Antonio Llanos, y el segundo a Jorge Luis Borges como poeta. Ambos artículos datan de 1939. La admiración por el poeta argentino perduró toda su vida y sus alusiones a su obra eran frecuentes. Era frecuente que en una conversación hiciera referencias a poetas o a la manera de traducir un verso. Fue cruel en sus comentarios a la traducción que hizo Guillermo Valencia de “Elegía de Marienbad”, por razones de incomprensión del sentido del poema de Goethe. Pero elogiaba la traducción que el mismo Valencia hizo de la Balada de la vida exterior de Hugo von Homasthal y para él lo admirable en esta traducción no es su exactitud de sentido sino haber trasladado al español el aspecto puramente musical del poema alemán a la lengua española, modificando solo la presentación formal del poema tercetos encadenados para verterlo al español en versos libres y no estróficos.

Danilo Cruz Vélez se formó a conciencia para asumir el ejercicio del pensamiento filosófico con un profesionalismo que en Colombia no conocíamos antes de él. Y aunque fue un excelente profesor, se marginó muy temprano de la cátedra universitaria y tuvo trato muy reducido con los filósofos posteriores a su generación; también dejó de escribir artículos como los que publicó en *El correo de los Andes*, que lo ponían frente a un público que no era estrictamente académico. Y con su abandono de la vida universitaria declinó la posibilidad de ejercer una influencia directa sobre quienes se estaban formando para ser luego la generación de relevo en el manejo del saber filosófico, y con su renuncia a escribir para un público profano se excluyó por propia voluntad de participar en la formación de una opinión pública ilustrada. Los temas que trataba, y la manera como los abordaba, lo ponían a distancia del lector común, aunque este fuera letrado, para limitar sus receptores a la comunidad universitaria, más aún, al gremio de los filósofos. Fue una actitud que lo llevó a mirar con indiferencia, por parecerle que no merecían el tratamiento conceptual propio de la filosofía, problemas apremiantes del momento que le tocó vivir, y que pudieron ser excelente materia de reflexión sobre las exigencias de la actualidad. Opinaba en privado que eran temas que pertenecían a

otras esferas del saber, con mejores herramientas teóricas para sus análisis y para proponer soluciones pertinentes y relevantes.

Esta última observación no quiere decir que su obra carezca de interés para nuestros días. Creo que *Filosofía sin supuestos*, como muchos de sus artículos publicados en los demás libros, perdurará como aporte significativo en su campo. El asunto de que se ocupa en la obra citada es sin duda el de un momento crucial del pensamiento moderno: señalar la nueva dirección que toma la filosofía con Martín Heidegger, quien rompe con la tradición cartesiana que tuvo su culminación con la fenomenología de Edmund Husserl. Pero más allá de estudiar ese momento, su interés central es en realidad el de revelar los supuestos de una filosofía que desde Descartes buscó prescindir de ellos y discutir el carácter de ciencia que se le ha querido dar. La filosofía, para Cruz Vélez, es en esencia metafísica

No quiero terminar esta memoria de Danilo Cruz Vélez sin referirme a nuestro último encuentro. Debo decir que después de haber perdido considerablemente su audición y ante su incapacidad de manejar los audífonos que le recomendó el médico, la comunicación con sus amigos se hizo difícil y nuestras conversaciones telefónicas se dieron por terminadas. Sólo cuando ocasionalmente nos encontrábamos en alguna calle bogotana, nos deteníamos a conversar, con las limitaciones naturales que imponía el deterioro de su sentido auditivo. En diciembre de 2006 pudimos intercambiar algunas palabras. Ya no era el hombre vigoroso que me hablaba de su trabajo con entusiasmo (“tengo proyectos para treinta años”, me dijo dos años atrás), sino un anciano quejoso porque la edad no le permitía rendir en sus proyectos de escritor. Al año siguiente, en diciembre de 2007, recibí la noticia de su enfermedad, que lo había reducido al encierro en una clínica, sin relación con el mundo exterior y sin poder atender a su vocación de lector y a su necesidad de expresar por medio de la escritura el resultado de sus estudios y reflexiones. En mi única visita a la clínica donde estuvo inicialmente recluso, para asombro de la enfermera, me saludó por mi nombre, con euforia; pero después de unas palabras inteligibles, simplemente de saludo, no más de tres, en su esfuerzo por decirme algo, solo lograba emitir un balbuceo, sin que me fuese posible desentrañar de ese bla, bla, bla indiscernible una sola frase coherente, un solo pensamiento, un solo deseo. Debo suponer, que quería decirme algo, pero no lograba que el lenguaje expresara lo que su cerebro estropeado no alcanzaba a organizar con claridad. Diez minutos después de mi saludo, al despedirme, me di cuenta que ya no me reconocía, pues solo atinó a decir: “¿Qué hace aquí?”. Era sin duda la pregunta que le hacía a un intruso.

# Consideraciones impopulares\*



Rubén Sierra-Mejía

*¿Nacionalismo cultural?*

*¡Qué contradicción en los términos!*

Luis Cardoza y Aragón

**L**as recientes declaraciones de la Ministra de Cultura, Consuelo Araújooguera, han vuelto a traer a la mesa de discusión un problema sobre el que parecía haber ya suficiente claridad como para considerarlo definitivamente resuelto. Pero todo indica que en Colombia no ha sido eliminado de las maneras de pensar de quienes por los tejemanejes de la política han llegado a dirigir los organismos culturales del Estado. Recordemos que Carlos Valencia Goelkel cuando estaba al frente del Instituto de Cultura, hace ya más de una década, se empeñó, con argumentos similares a los que hoy esgrime doña Consuelo, en desmontar programas que con éxito venía desarrollando aquella entidad. No debemos considerar entonces impertinente regresar a él. Pero debo advertir que mi propósito no es el de intervenir en una polémica que por su simplicidad se ha colocado al margen de la reflexión conceptual. Quiero, sí, para comenzar, expresar mi total desacuerdo con la orientación que se le quiere imponer a la cultura, pues no dudo de que es una barrera para el normal desarrollo de las artes y de la necesaria comunicación con lo que

\* Publicado en "El Tiempo", el domingo 29 de octubre del 2000.

en esta esfera de la actividad humana realizan otros países de nuestra familia lingüística o de distinta lengua.

El problema es nada menos que el del *nacionalismo cultural*, de la tendencia que busca promover, alegando a veces -como sofismas- mezquinas razones presupuestales, el solo cultivo de aquellas manifestaciones y aquellas formas consideradas características de nuestra personalidad histórica. El resultado de esta actitud es lo que puede llamarse una “cultura cerrada”, eminentemente estática, repetitiva y autocomplaciente. Una concepción de cultura que se limita a subrayar los elementos cohesionadores, a cultivar nuestra auténtica tradición y divulgar nuestros valores raizales, trazando así unas fronteras a las que se supone deben defenderse con el mismo celo y violencia con que se defienden las fronteras geográficas. Un concepto, el anterior, que contrasta con el de “cultura abierta”, siempre en proceso, que pone a los pueblos en contacto con otros pueblos, a interactuar entre sí, que los exponen en fin a los logros que han alcanzado otras naciones con sus peculiares experiencias. Con este segundo concepto se trata de conocerse en relación con el otro, de aceptar los límites de las propias realizaciones en el campo del arte y del pensamiento, de relativizar en síntesis los valores heredados.

## Ejemplos conocidos

Siempre será saludable recordarlo, y así lo han hecho en estos días varios periodistas, escritores y artistas. El nacionalismo cultural ha sido un fenómeno vinculado sobre todo a los regímenes totalitarios. Hoy, no se si definitivamente, está fuera de tono desarrollar políticas a la manera de las que impulsaron Hitler y Stalin o, en España, el general Franco. En todos estos casos se procedió a definir lo que es *propio*, lo que se supone es la idiosincrasia de las respectivas naciones o etnias. Para el Führer era lo ario, para el generalísimo la hispanidad. En ambos casos una propiedad abstracta, absoluta, una presumida esencia. Recurro a estos ejemplos, porque son bien conocidos. Se pueden dar otros que nos competen directamente, y que guardan una perfecta analogía con aquellos, aunque con diferentes implicaciones. Después de un período, en Colombia, de una cultura dispuesta a dirigir sus antenas hacia polos de generación de ideas acordes con los problemas contemporáneos -me refiero al siglo XIX, antes de iniciarse el período de la Regeneración-, se impulsó desde el Estado una orientación educativa retardataria que obedeciera a nuestra peculiar esencia, que era -se afirmaba- católica y española, lo que condujo a que el país sufriera durante cinco décadas un atraso considerable en

cuestiones relativas a la producción científica y artística. Y después de un período de apertura, se regresó, al mediar el siglo XX, aunque por poco tiempo, afortunadamente, a una situación parecida.

El nacionalismo cultural, hay que reconocerlo, no es una peculiaridad exclusiva de las tiranías. Se manifiesta con múltiples caretas. Es posible que sean actitudes intelectuales las que lo generan. Una de estas es la tendencia literaria o de cualquiera de las otras artes que se propone como única misión la de expresar los sentimientos populares o las glorias patrias, pretendiendo con esto exaltar algo tan intangible como es lo que nos “identifica” como nación. La capacidad de recibir y de transformar hasta la originalidad lo recibido puede ser la propiedad característica de un pueblo. Lo ha sido la del americano. Los japoneses, sin renunciar a su cultura milenaria, han mostrado una vocación asombrosa de apropiarse formas culturales de Occidente. En contraste con estos ejemplos, recuerdo que durante las discusiones que se llevaron a cabo en nuestro país con ocasión del proyecto de ley que habría de crear el Ministerio de Cultura, un conocido escritor propuso que se le diera a esta nueva unidad administrativa el nombre de Ministerio de la Identidad Nacional, pues sus funciones deberían ser el cultivo *narcisista* (el adjetivo lo agregó yo) de nuestro carácter histórico. Es una tendencia arraigada en ciertas mentalidades que creen que la personalidad espiritual de su país debe considerársela exonerada de toda crítica tenga y, por consiguiente, evitarse el contraste con otros modos de ser que puedan revelar sus limitaciones.

El estudio de las tradiciones literarias y artísticas, de lo que ha sucedido en el país en cuestiones de pensamiento y de maneras de interpretar el mundo propio y el ajeno es sin lugar a dudas una obligación de las comunidades dedicadas a la producción cultural y los institutos oficiales y privados que tienen como tarea la investigación y la difusión de las artes. Las manifestaciones de cultura popular son por lo demás una de las fuentes más ricas para la creación con aspiraciones de comprensión universal. Pero también hay que insistir que resulta una actitud nociva al desarrollo integral de una cultura considerar esas formas como valores absolutos, a partir de los cuales todo lo demás debe ser analizado, para su aceptación o rechazo. El juicio de Mario Vargas Llosa vale la pena recordarlo: “considerar lo propio como un valor absoluto e incuestionable y lo extranjero un disvalor, es algo que amenaza, socava, empobrece o degenera la personalidad espiritual de un país”. Cuando insisto en la necesidad que tiene una cultura de recibir la influencia extranjera, no me refiero con ello a los conocidos programas de difusión de temas y productos culturales, sino a

algo de más sustancia: a la necesidad de incorporar esos temas y esos productos, cuando son pertinentes, a la propia tradición. Ernst Gombrich habla de “naturalización” para referirse al proceso asimilativo, que hace determinado pueblo, de un autor o de un pensamiento, nacidos en un ámbito distinto al suyo. Puede decirse entonces que la naturalización no es simplemente la influencia que un pensamiento, una manifestación del arte o de comportamiento moral tienen en un mundo ajeno a aquel en que surgieron, sino el hecho de que entran a ser parte integrante de la nueva cultura que los recibe, es decir que se los subjetiviza y se los convierte así en maneras propias de pensar o de actuar, hasta olvidar su real procedencia. Es en síntesis el verdadero origen del mestizaje, del cual ninguna cultura, medianamente desarrollada, puede escapar.

## **Relación con el extraño**

Con el término “subjetivización” me refiero, dicho brevemente, a la manera como una manifestación espiritual pasa a ser elemento de otra cultura, cuando esta la asume como forma de pensamiento o de acción. No solo cuando se la importa como si fuese una mercancía, un objeto que será siempre extraño. Podrá ser, en este caso, una exquisita pieza de museo pero nada que logre modificar la personalidad de quien la posee, del pueblo receptor. Se impone en este momento introducir la distinción entre la suma de objetos que conforman una cultura, incluidas las costumbres, las creencias, todo aquello que el antropólogo acostumbra estudiar y traducir a términos de su propio esquema de conceptos, y la dimensión subjetiva con la que nos enfrentamos a los procesos de asimilación y transformación de formas propias y extrañas. Todo proceso educativo es una manera de hacer que esas objetividades culturales se conviertan en formas que le den carácter a las acciones y a las creaciones intelectuales y artísticas del sujeto pensante y actuante. No puede dejarse de insistir -parafraseando la célebre definición de Edward Tylor- en que la cultura es todo el sistema de normas, utensilios, signos, ideales, maneras de representación que un pueblo elabora y que le sirve al individuo para relacionarse con la naturaleza, con el semejante, y con el extraño cuando es capaz de comprender el sistema de normas, utensilios, signos y formas de representación que constituyen la cultura del otro. Pero esta es una interpretación objetivante. El otro sentido, el subjetivo, es la apropiación que hace un individuo o un pueblo de ciertas formas de cultura objetiva. También los elementos objetivos de la propia tradición -populares o nacionales- requieren de la subjetivización por medio de ese proceso que se llama educación del individuo o del pueblo.

Se pueden aducir muchos argumentos en defensa del contacto entre las culturas. Pero hay uno de mucha fuerza, a mi modo de ver: cuando un pueblo se empeña en vivir únicamente de su pasado y del solo cultivo de sus valores, y evita la comunicación activa con culturas extrañas, entra en un proceso de degeneración que lo lleva finalmente a un estado de improductividad. Günter Grass expresó esta idea en una síntesis perfecta: "...ninguna cultura puede vivir demasiado tiempo de su propia sustancia". Y Baldomero Sanín Cano, al finalizar el siglo XIX, cuando en Colombia se imponía desde los organismos del Estado un tipo de educación, diseñada con los criterios de cristianismo e hispanidad, a los que ya hicimos referencia, sintió el impulso de defender lo *exótico*, pues entendía que no es posible que una cultura moderna (hablaba en particular de la literatura) pueda permanecer libre de influencias externas sin que sufra los rigores de la decadencia. La misma tesis que un siglo más tarde expresaría Grass; la misma que casi un siglo antes había formulado Goethe. Y agregaba el ensayista colombiano que el conocimiento de las tradiciones literarias de otras lenguas sirve para favorecer la aparición de nuevos valores estéticos, los cuales se constituyen en elementos revitalizadores de las propias maneras culturales.

A Carlos Enrique Ruiz,  
a quien tanto deben  
la gestación y la di-  
vulgación de estos  
textos, con un afec-  
tuoso abrazo  
Manizales, 1988



Rubén Sierra-Mejía

# Miguel-Antonio Caro, el ortodoxo\*



Rubén Sierra-Mejía

**A** cien años de su muerte, Miguel Antonio Caro es aún una figura que produce controversia. La historiografía no ha logrado emitir un juicio unánime sobre sus actuaciones en la vida nacional. No creo que ese juicio se logre ni es propósito de esta nota intentarlo. Por lo demás, efemérides como esta, deben ser la ocasión para pensar sobre las circunstancias que vivieron nuestros compatriotas de épocas anteriores, y de valorar sus actos y las consecuencias de estos. El simple elogio no ayuda a comprender la dimensión de una personalidad como Caro, que se caracterizó por su recio temperamento polémico. Como político es una figura de primera línea. Su influencia duró más de 50 años, aquellos que corren desde los inicios de la Regeneración hasta la reforma constitucional de 1936. Con esto quiero decir que su presencia en el escenario político se expandió por casi 30 años después de su muerte.

El humanismo, sobre todo en su juventud, y la política fueron sus dos actividades predilectas. Las otras tuvieron propósitos meramente auxiliares: el periodismo lo puso al servicio de sus principios ideológicos. Lo mismo podría decirse de sus estudios sobre temas jurídicos. Han sido sus actuaciones en la política, su

\* Ref.: "Lecturas" No.6 (Bogotá, septiembre 2009), de "El Tiempo"; pp. 10-11

participación decisiva en la redacción de la Constitución de 1886, su manejo de los asuntos del Estado cuando debió hacerse cargo de la Primera Magistratura, sus debates en el Congreso y su pensamiento concerniente a los problemas que debió asumir durante su vida pública lo que más ha llamado la atención de investigadores y escritores en los últimos tiempos.

Don Miguel Antonio Caro fue sobre todo un hombre de pensamiento, que como pocos dejó en una serie de artículos doctrinarios o de ocasión, en discursos oficiales o en tratados de acento filosófico la justificación de sus actuaciones, escritos que llegaron a constituir el corpus de una ideología que orientó a Colombia durante varias décadas. Muchos de esos escritos son piezas magistrales desde un punto de vista formal. Tienen una fuerza de convicción, que hay que reconocer aunque nos distanciamos de sus ideas. Como escritor de prensa, tuvo siempre la doctrina como propósito fundamental: el comentario de un hecho de la vida política nacional lo convertía en motivo para expresar sus convicciones religiosas o ideológicas. Sus maneras de pensar y de actuar obedecían a una personalidad inflexible, cuyo principio esencial de razonamiento fue el concepto de autoridad, y una forma de argumentar que no vaciló en eludir las leyes de la lógica si esa elusión podía servirle para imponer sus ideas en el debate.

Un recurso para el que se sirvió del extraordinario conocimiento de la lengua española: por medio de un esguince gramatical o un sutil cambio en la significación de un vocablo, solía introducir la falacia sutil e imperceptible, y dejar así intacto el dogma que le había servido para afrontar la discusión. Sus creencias estaban libres del resultado al que pudiera llevar un argumento filosófico que se ajustara a una lógica rigurosa. La ironía, además, fue un arma demoledora que utilizó, sin sutilezas ni consideraciones, con el ánimo de reducir a cero a sus contrincantes.

Caro ha sido la personalidad conservadora más recia y coherente que ha producido Colombia. De acá que, como lo dije hace un momento, el concepto de autoridad fuese el concepto esencial en sus maneras de pensar y de actuar. El concepto es la vértebra que articula la estructura de su pensamiento. Concepto, por lo demás, que llevó como principio básico a la Constitución de 1886. Este concepto de autoridad, tal como lo usa don Miguel Antonio, cubre un campo muy extenso en sus aplicaciones. No se lo puede limitar a su sola acepción política; es también fundamental para él cuando se refiere a la filosofía, a la ciencia o a instituciones de la vida social. Empecemos por advertir

el reconocimiento de la autoridad como un fenómeno presente en muchas manifestaciones del comportamiento y, sobre todo, en los procesos de adaptación del hombre a su mundo: el aprendizaje del lenguaje materno, por ejemplo; o la aceptación pasiva de informaciones recibidas de la tradición, sin que exijamos, por innecesarias, “pruebas experimentales”. De este reconocimiento, en una especie de *tour de force*, Caro pasa a negar la soberanía de la razón en beneficio de un mandato externo, a veces de carácter religioso.

La actitud intelectual de partir siempre de un mandato externo, se respira en toda su obra. El ‘Syllabus’, por ello, se convirtió para él en una especie de canon, en el que solía apoyarse, como si se tratara de un conjunto de axiomas, para sustentar sus ideas, no sólo las relacionadas con la esfera religiosa sino además las atañederas a cuestiones científicas o filosóficas. Este documento pontificio fue expedido por Pío IX, en 1864, y en él se consignan todas aquellas tesis que condena la Iglesia, no sólo las teorías que pudieran atentar contra los dogmas de la fe: también la filosofía empirista, la racionalista, las ideas liberales, las socialistas, teorías científicas como la evolución, etc.; cuanta doctrina supusiera la Santa Sede que podría socavar la fe de los fieles o -en política- condujera a establecer un nexo de dependencia de la Iglesia con relación al poder civil o incluso las que establecen una separación entre las dos potestades.

Fue este, el ‘Syllabus’, un documento, como recuerda José Luis Romero, que adoptó el conservadurismo ultramontano de América Latina para sus propuestas políticas y sociales, y que la Santa Sede promulgó con el ánimo de dar “la batalla frontal contra el liberalismo”. Caro lo entendió además como una condena global del pensamiento moderno. Y así lo expresó sin ambages: “¡Ahora ved si Pío IX ha tenido razón en condenar esa civilización moderna! El ‘Syllabus’ es la bandera del derecho: en él se declara la guerra al panteísmo, al naturalismo, al racionalismo, a todos los abortos del protestantismo”. De aquí que lo hubiera convertido en fuente y árbitro de pensamiento; algo más, como el verdadero manifiesto de lo que sería el partido católico, que se propuso fundar en Colombia, proyecto que le fracasó, entre otras razones por la oposición de una fracción del clero nacional.

Consecuente con lo anterior, Caro no olvida en ningún momento la sumisión que se le debe a la Iglesia Católica y la defensa de su superioridad frente a cualquier otra autoridad. Como afirmación inicial de su argumento, acepta que Iglesia y Estado “son potestades independientes y armónicas”. Pero ense-

guida afirma que “fuera de los poderes temporales, que constituyen el Estado, existe un poder espiritual que reside en una sociedad universal, jerárquicamente organizada, que es la Iglesia”. El carácter moral y espiritual de ésta la coloca por encima del Estado, y el respeto que según sus palabras deben tenerse ambas potestades, se convierte en sumisión del uno en relación con la otra. El argumento lo toma, como casi siempre, de la teología, y la autoridad literaria en la que se apoya proviene de los padres de la Iglesia, para quienes “el acatamiento debido a la autoridad temporal” tiene una limitación “una sola ¿la del respeto y obediencia que estamos obligados a prestar, antes que todo, a la autoridad espiritual¿, de la cual es depositaria la Santa Iglesia Católica”. Al fin y al cabo si se postula que la autoridad tiene origen divino, es lógico reconocer que la Iglesia, como depositaria de la voluntad divina, se constituya en una potestad superior a cualquier autoridad temporal.

También pertenece a la ideología conservadora la defensa de las tradiciones. En Colombia, durante el siglo XIX, un grupo amplio, de filiación liberal, se constituyeron en críticos de la tradición colonial y abogaban por que Colombia se abriera a la influencia de otras culturas como la inglesa y la francesa. no se trataba de negar por un acto de la voluntad la afiliación a la tradición cultural española. Quienes así pensaban, partían de un hecho irrefutable: España se había marginado de los procesos de creación de la cultura moderna, y por consiguiente su producción científica y literaria no respondía a los problemas contemporáneos.

Don Miguel Antonio asumió la defensa de la tradición hispánica, y de todo lo que con ella tuviera relación. Conocedor en profundidad de la lengua y la literatura españolas, contribuyó como pocos en nuestro medio al estudio científico del idioma y a las relaciones de los escritores colombianos con los españoles. en una carta a Menéndez Pelayo, en la que reclamaba al polígrafo español no haber incluido traductores americanos en su antología ‘Horacio en España’, le recordaba la filiación de nuestro continente a la tradición cultural de la península. También aquí encontró que para lograr la supervivencia del espíritu español dentro de nuestra cultura debía afrontar primero la crítica del pensamiento moderno.

Recuperar nuestra tradición era en buena parte recuperar el espíritu de los primeros libertadores y alejarse del modernismo, de todo lo que éste ha significado. En síntesis, en los propósitos políticos y culturales de Caro estaba el de restaurar la sociedad y la cultura española que se había implantado en

América a partir de la conquista, de restaurar la cultura colonial, y además continuar con la conquista que había quedado interrumpida con la independencia: continuar con la tarea de catequizar al indígena y aculturizarlo en la cultura hispánica. Religión católica y lengua española, los dos pilares de la constitución de 1886, no solo tenían, entonces, el pretexto de dar unidad a la nación sino además el propósito ideológico de un programa restaurador.



# Carlos-Arturo Torres y la guerra de los mil días

Rubén Sierra-Mejía

**E**n un ensayo anterior<sup>1</sup>, me aventuré a conjeturar que *Idola Fori* era el resultado de la labor periodística que llevó a cabo Carlos Arturo Torres en dos momentos cruciales de la confrontación armada que se conoce en Colombia como Guerra de los Mil Días<sup>2</sup>. Aquel ensayo se proponía señalar su trayectoria intelectual y las líneas generales de su pensamiento. Estos propósitos no dejaron lugar para avanzar en un argumento a favor de aquella observación. A cien años de la contienda, considero oportuno regresar a ella, y centrarme, no en el pensamiento general de aquel libro —aunque siempre habré de tenerlo presente—, sino en sus artículos de prensa relacionados de manera directa o indirecta con los acontecimientos nacionales que condujeron a una fracción del liberalismo a levantarse en armas contra el gobierno conservador, y los que escribió después en busca de un clima político favorable a las negociaciones de paz. Mis propósitos en esta ocasión son los de detenerme en las bases ideológicas de aquellos artículos, y no en los acontecimientos que los originaron, pues mi interés es el de estudiar la posición de un intelectual liberal frente a la acción militar de su partido.

1. R. Sierra Mejía: *Carlos Arturo Torres*. Procultura. Bogotá, 1989.

2. Debo recordar que el propio Torres, en una nota al pie de página de *Idola Fori*, reconoce que algunos temas del libro ya los había tratado en los artículos publicados en *La crónica* y *El nuevo tiempo* (*Idola Fori*, Valencia, s. f. [1909], pags. 182 s.)



Torres fue sobre todo un escritor de ideas. Su carácter está marcado por su tendencia a la reflexión conceptual y a observar los hechos políticos y sociales desde la perspectiva de un hombre de pensamiento antes que de partido o credo. Sus artículos de prensa y la orientación de los periódicos que fundó y dirigió, muestran ese aspecto de su personalidad. Le tocó vivir durante uno de los períodos más agitados de la historia de Colombia, época en la que se manifestó, en todos los aspectos de la esfera intelectual, una permanente tensión entre la herencia recibida y las nuevas orientaciones culturales que luchaban por imponerse entre nosotros. En Torres esa tensión se revela en su forma más intensa y además con clara conciencia de los beneficios que podían obtenerse de su aceptación en el campo de las ideas. Su obra, sobre todo su prosa, está íntimamente imbricada con los acontecimientos que definen su época.

Aunque de familia conservadora por tradición, adhirió muy temprano a las doctrinas liberales, manteniendo siempre, frente a las actuaciones de esta colectividad, una actitud crítica cuando encontraba que ellas, o las de sus máximos dirigentes, se apartaban de los principios ideológicos que había adoptado el partido colombiano o no se avenían con los intereses del país. Su orientación filosófica, y como derivación de ésta, su ideario político, procedía de sus estudios de la obra de Herbert Spencer, a quien dedicó más atención que a cualquier otro escritor de los que recibió influencia.

Su pensamiento filosófico está expuesto, en sus aspectos esenciales, en *Idola Fori* y en algunos de sus ensayos reunidos en un solo volumen con el título de *Estudios ingleses y Estudios varios*<sup>3</sup>. El primero de los libros citados es una obra de filosofía política, cuyo procedimiento es el análisis crítico, pero de ninguna manera “un libro de polémica o de propaganda”, de acuerdo con su propia definición<sup>4</sup>. Su subtítulo, “Ensayo sobre las supersticiones políticas”, señala el espacio ideológico de la obra, espacio heredado del filósofo inglés mencionado hace poco. Su motivación inicial puede encontrarse en la historia latinoamericana, en su sentir, una sucesión de guerras civiles atizadas por el cuadillismo y los dogmatismos. Y sus objetivos, no fueron otros que los de destruir las supersticiones (o *ídolos*, en sentido baconiano), que como quistes mentales se oponen a la manifestación de las nuevas verdades, en

3. *Estudios Ingleses-Estudios varios*, Madrid, s. f., p. 323. Debo advertir que se trata de dos obras distintas pero publicadas en un solo volumen. Citaremos este libro con el título abreviado de Estudios para referirnos a cualquiera de sus dos partes.

4. *Idola Fori*, ed. cit., p. 171

particular cuando se trataba del pensamiento que concierne a la esfera de la organización de la sociedad<sup>5</sup>. El estudio de esa historia lo había llevado a la conclusión de que nuestro progreso intelectual y material se podría alcanzar en la medida en que la democracia lograra afianzarse entre nosotros. Lo cual sólo se conseguiría en un ambiente de libertad, en que las doctrinas opuestas pudieran convivir en busca de una confluencia de propósitos y los diferentes partidos políticos alternarse en el poder. El sistema de los países anglófonos, en especial Inglaterra, estuvo siempre presente en sus consideraciones sobre la naturaleza y el desarrollo de la democracia, y no dudó en considerarlo el ejemplo que debía seguir América Latina.

Dos principios básicos, procedentes de Spencer, definen sus maneras de pensar: la inducción como única fuente del conocimiento, y la evolución como ley fundamental, no sólo para comprender al mundo de los seres vivos sino también la naturaleza social del hombre. A sí mismo se presentaba como un pensador inscrito en la corriente filosófica de los empiristas, o en sus propios términos, partidario del pensamiento inductivo. Por lo tanto, no consideraba posible el conocimiento definitivo, sino sólo unas verdades hipotéticas, aproximativas. No hay verdades irrefutables en las ciencias naturales; menos puede haberlas en las distintas disciplinas que han tenido como objetivo el estudio de las sociedades o los principios de su organización. A lo más que se podía aspirar era a “convicciones racionales y perfectibles”<sup>6</sup>. Esta tesis que desarrolla en su obra orgánica, ya se dibujaba y sobre todo se utilizaba en sus colaboraciones de *La crónica*, aunque sólo como concepto meramente operativo, sin que hubiese entrado a una discusión de sus alcances y sus limitaciones. Pero lo importante de este relativismo del conocimiento era la enseñanza de la comprensión frente a las ideas ajenas<sup>7</sup>. En cuanto al evolucionismo, que lo esgrime constantemente en sus artículos de prensa, recordemos que en *Estudios*<sup>8</sup> considera que la “ley de evolución” cobija todos los estratos de lo que conocemos como universo, desde el reino de lo físico, pasando por el animal, hasta las esferas psicológica y social. Y si nos atenemos

5. “Profesión de fe” (*El nuevo tiempo*, julio 25 de 1902) es un artículo que nos ofrece su ideario político, escrito con el propósito de responder a quienes por esa época criticaban sus actuaciones en torno a las negociaciones de paz: unos, acusándolo de traidor a la causa liberal, y otros señalando como un tráfuga llegado de las huestes conservadoras. Este es, de todos sus escritos, el texto donde con más amplitud y mayor claridad expone aquel ideario.

6. *Idola Fori*, pág. 197

7. Cfr. *Idola Fori*, pág. 349.

8. C. A. Torres, *Estudios*, ed. cit., pág. 284.

a algunas de sus aplicaciones a ciertas áreas de la actividad humana, debemos entonces decir que para Torres toda forma de organización de la sociedad, como también todo sistema de expresión humana, obedecen a aquella ley. La política, lo mismo la ciencia y la literatura. Al estudio del concepto le dedicó el segundo capítulo de *Idola Fori*. Pero lo que interesa en este momento es que el concepto de evolución le fue esencial en sus argumentos contra el dogmatismo y la intolerancia que se respiraba en el ambiente colombiano al finalizar el siglo XIX. Todos los demás conceptos que tejen el esquema ideológico con que afrontó su tarea de demoler las razones de liberales y conservadores durante ese período se derivan de aquellos dos principios básicos.

Buena parte de su vida de escritor estuvo vinculada al periodismo, como fundador y director de diarios que tuvieron una incidencia muy fuerte en la vida de Colombia, no solo política sino también literaria. Fue un periodismo el suyo esencialmente doctrinario, que tuvo como propósito fundamental el de educar a los lectores en los principios de la democracia, la tolerancia y la libertad, tres conceptos para él interdependientes. Los dos periódicos en los que centró su actividad como escritor público, *La crónica* y *El nuevo tiempo*, estuvieron en estrecha relación con el desenvolvimiento de la Guerra de los Mil Días. Pocos escritores de su tiempo prestaron tanta atención a los sucesos políticos y culturales —nacionales y extranjeros—, durante aquel convulsionado período de nuestra historia: sus opiniones sobre los regímenes de la Regeneración, la guerra civil colombiana, el problema del papel moneda, la separación de Panamá, la independencia de Cuba, etc. pueden encontrarse en periódicos y revistas de la época..

Torres tenía una concepción muy clara sobre el papel que debía desempeñar el periodismo en la sociedad que le tocó vivir. En tres oportunidades<sup>9</sup>, des-

9. \*"La política (Cuestión prensa)", *La crónica*, junio 3 de 1897; \*"El periodismo", *La crónica*, 11 de febrero de 1898; y \*"La prensa como institución social", *La civilización*, enero 28 de 1910. La mayoría de los artículos de *La crónica* así como muchos de los del *El nuevo tiempo*, sobre todos los escritos durante la época en que estuvo al frente del Ministerio del Tesoro, aparecieron sin firma de autor. Es fácil sin embargo establecer su autoría: varios de ellos fueron identificados por la prensa que polemizaba con él, críticas a las cuales respondió Torres, aceptando implícitamente que fue él quien lo escribió; en otros casos, el propio Torres reconoce, en un artículo posterior, ser el autor; otros fueron incorporados, aunque no textualmente y en toda su extensión (con frecuencia solo la doctrina) en *Idola Fori* o en *Estudios ingleses y Estudios varios*; en otros deja alguna pista (la cita de un poema o un artículo suyos) que permite su identificación; y, en fin, sus maneras lexicográficas y estilísticas se estereotiparon en sus artículos de prensa como para dejar dudas al respecto. En este ensayo indicaremos con un asterisco antes del título los artículos que no fueron firmados ni con el nombre completo ni con las iniciales.

de la prensa, se refirió al problema, en dos de ellas en *La crónica*, y después en *La civilización*. La primera vez para hablar del problema de la libertad de expresión, a propósito de la censura que habían sufrido algunos periódicos, sobre todo los liberales. No es un alegato casuístico, sino el cuestionamiento del “argumento máximo” que esgrimía el gobierno para ponerle límites a las críticas de que era objeto por parte de los escritores: “el desenfreno de los periódicos, las calumnias, el personalismo”. Era la época en que gobernaba Miguel Antonio Caro, quien manifestó en varias ocasiones preocupación por los excesos de algunos periodistas que hacían oposición a su régimen. En su “Mensaje al Congreso”, al abrir la legislatura de 1896, se refirió a “la concitación a la rebelión” y a la difamación de las personas por medio de la palabra escrita, para lo cual pidió una nueva ley de imprenta, “pero no una ley que embrolle el derecho, sino que, hasta donde alcance el poder de la sanción legal a reprimir el mal, ofrezca medios expeditos que permitan proteger a las víctimas de la calumnia y librar a la sociedad de los escándalos a que está expuesta, en tanto que, por falta de sanciones, exista tolerada, y por malas pasiones fomentada, la profesión de difamador”<sup>10</sup>

Torres veía el problema desde el ángulo del escritor y sobre todo de la prensa como institución fundamental en el desenvolvimiento democrático de la sociedad moderna. En el primero de los artículos de *La crónica* homologa sus funciones con las que en la época romana tuvo el tribuno: “acusar al Poder, cuando quiera que el Poder abusara”. Institución —nos recuerda— que gozaba de absoluta inviolabilidad, como requisito para que pudiera cumplir los propósitos para los que fue creada. Y era inviolabilidad lo que reclamaba para la prensa, pues sólo así ésta podía expresar en su oportunidad y sin ser obstaculizada por los organismos del Estado las ideas de los ciudadanos. Si la palabra escrita se excedía hasta la injusticia sobre los actos de un gobierno, la conciencia universal se encargaría de olvidarlos y desdeñarlos; pero cuando la reprobación que se expresa es justa aunque severa, es inútil la censura: “la verdad se impone y la sanción llega”, es su conclusión.

“La prensa como institución social”, el artículo de 1910, ofrece un rasgo nuevo de su pensamiento. Es un texto escrito poco después de la publicación de *Idola Fori*, obra pensada y elaborada cuando ya las pasiones originadas en las convicciones ideológicas habían sido temporalmente superadas, y lejos

10. M. A. Caro: *Escritos políticos* (Tercera serie), Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1991, p. 66.

del escenario en el que libró sus más duras batallas políticas. En esta obra incluyó una corta reflexión sobre el tema que recoge el pensamiento anterior pero además plantea por primera vez el problema ético de la responsabilidad del periodista: la prensa, como “institución fundamental de la democracia, no puede concebirse sin libertad, porque es imposible sin responsabilidad y el sentido íntimo de la libertad es la responsabilidad;” [.....]. Pero debe reconocerse que abusando de esa libertad que le es esencial, “vive muchas veces en el real interdicho y se alimenta sólo de las violaciones, de lo que debería ser inviolable: la dignidad de las personas”<sup>11</sup>. El texto de *La civilización* tiene mucho del espíritu reposado de *Idola Fori*, pero avanza en el argumento para proponer una especie de ética del periodista que coloque límites a su actividad de censor público hasta donde lo permita la verdad: “A la tiranía personal de los gobiernos, sucede la tiranía anónima de la prensa, innominada, multiforme e irresponsable. Se impone una cruzada de cultura y de tolerancia que restablezca el principio de la responsabilidad moral del escritor y reforme el concepto de la dignidad humana que está a punto de perderse”. Debemos recordar que en la época en que escribe este artículo, Torres había recibido una serie de críticas, algunas de ellas calumniosas, por su campaña en *El nuevo tiempo* y su participación en el grupo liberal que se entendió con el presidente José Manuel Marroquín en busca de las condiciones de una negociación de paz que facilitara a los insurgentes reinsertarse en la vida civil; también por su participación como secretario de don Nicolás Esguerra, durante la misión que les encomendó el gobierno de Antonio María Sanclemente para negociar la prórroga del contrato con la compañía francesa encargada de construir el Canal de Panamá.

En el editorial del primer número de *La civilización*, periódico de corta vida que fundó en 1910, a su regreso de Europa, después de cinco años de desempañarse como Cónsul de Colombia en Liverpool, y que considera una simple prolongación de sus actividades anteriores, afirma que *La crónica* trabajó por la libertad como presupuesto básico para la organización de la democracia y *El nuevo tiempo* lo hizo por la tolerancia y conciliación como garantías para la conservación de la paz. En *La civilización* —dice— se propondría atender a los problemas de la justicia y el derecho en su empeño de lograr una plena democracia en nuestro país<sup>12</sup>. El texto es importante porque señala con suma nitidez las intenciones que lo movieron en sus empresas periodísticas.

11. *Idola Fori*, ed. cit., pag. 101

12. \*“Decíamos ayer”, *La civilización*, enero 24 de 1910.

La tarea que asumió en *La crónica* (fundada en 1897 y clausurada en 1899, cuando viajó a Europa, como secretario de Nicolás Esguerra) estuvo dirigida a la divulgación y defensa de los programas por los que combatía el liberalismo durante aquellos años de vuelta de siglo: la libertad de prensa; la abolición de la pena de muerte; la derogación de la llamada “ley de los caballos” que otorgaba al ejecutivo poderes extraordinarios y que en no pocas ocasiones fue origen de abusos por parte del gobierno, y finalmente la promulgación de una nueva ley de elecciones que garantizara al liberalismo ser una opción real de llegar al poder por vías democráticas. En este diario, Torres dedicó buena parte de su actividad a la censura constante y aguda de la administración que presidía Miguel Antonio Caro y al carácter personalista del ejecutivo que impusieron los regímenes de la Regeneración. La fundación, en 1902, de *El nuevo tiempo*, periódico que siguió la misma orientación de *La crónica*, da comienzo a un segundo momento de sus actividades en el campo del periodismo y sobre todo de su participación política durante los años de la confrontación armada, actividades que se concentraron en la oposición a la continuación de la guerra y a crear el clima necesario para su terminación.

Dijimos que los principios esenciales del pensamiento de Torres son el de evolución y el de relatividad del conocimiento humano, y que todos los demás que tejen el esquema ideológico que puede apreciarse en su obra, en *Idola Fori* como en sus artículos, provienen de aquellos como consecuencias lógicas. Ahora bien, el problema que le interesaba en esos momentos de su actividad periodística no era la evolución en sí, como ley que explica el progreso de la vida del hombre y de sus instituciones, sino sólo su aplicación a los partidos políticos, en particular a los colombianos. Desde muy temprano del período que nos ocupa, en un artículo de 1898, se propuso mostrar que esa evolución era inevitable y que con frecuencia —empleo una paráfrasis de sus propias palabras— se debe a segmentaciones a la manera de las que los biólogos llaman fisiparidad, es decir, aquel proceso en que un organismo desborda más allá de sus límites naturales cuando ha llegado a su crecimiento máximo, para dar forma, por simple división, a un nuevo individuo o especie, aun cuando se observe siempre la conservación de un núcleo común. La división de los partidos, hay que recordarlo además, se debía a que ninguna colectividad política tiene ideas fijas que los puedan definir siempre a lo largo de su devenir histórico: en cada partido surgen nuevas ideas, acordes con la situación del momento, que pueden adquirir la fuerza necesaria para convertirse en una nueva entidad política. Creer en la doctrina fija de un partido,

no es otra cosa que una superstición, un quiste mental, que se mantiene por hábito aunque la haya demolido la crítica racional. Es, afirma en *Idola Fori*, el instinto gregario que “se impone y triunfa a pesar de todos los alardes de independencia individual y libre pensamiento”, y que “suele ser complementado y fortalecido por otro más militante y combativo: el instinto sectario”<sup>13</sup>. En el mismo artículo de *La crónica* recuerda, como ejemplos que dan autoridad al aserto, el proceso evolutivo que han sufrido las grandes colectividades de Inglaterra, Estados Unidos, Francia e Italia<sup>14</sup>.

La división obedece a una ley natural, la ley que rige la supervivencia de los organismos, sean biológicos o sociales, sean naciones, partidos, religiones, razas. No se la puede considerar entonces, cuando se trata de partidos políticos, por su carácter negativo. Sólo se la podría lamentar cuando “habiendo unidad de miras, se debilitan las fuerzas que, combinadas, pudieran dar la consecución de esas miras, el triunfo de unos mismos principios, de unos ideales comunes”. Pero es conveniente cuando obedece a cuestiones fundamentales de doctrina, pues los distintos matices deben estar representados por colectividades propias que los “ostenten en sus banderas”<sup>15</sup>.

No había por consiguiente razón para alarmarse de esta suerte cuando se trataba del liberalismo o el conservatismo colombianos, pues estos no podían escapar a las leyes que rigen las instituciones. Fueron varios los artículos que dedicó al problema. En “Las corrientes liberales” recuerda que en la historia del partido colombiano se han dado dos tendencias, notorias desde sus orígenes, que a veces han marchado de manera paralela y armónica y otras en franco antagonismo, que las ha llevado hasta los extremos de recurrir a las armas para dirimir sus diferencias. Y en el mismo periódico, días antes, en “La evolución de los partidos”, quiso explicar la diversidad de puntos de vista, “de carácter y aún de ideales y de principios” que podían observarse entonces dentro del partido liberal. Las anteriores ideas, aun cuando tenían una referencia a la historia, no dejaban de aludir a la situación por que atravesaba el liberalismo en ese momento. En un editorial de *El nuevo tiempo* la alusión es directa, sin ambages. Allí se refiere a su inminente división, y enuncia las razones para que esto suceda: además de las dos tendencias a que se refiere en su artículo de *La crónica*, señala otras dos causas de su posible fraccio-

13. *Idola fori*, ed. cit., p. 88

14. \*“La evolución de los partidos”, *La crónica*, noviembre 24 de 1898.

15. “Las corrientes liberales”, *La crónica*, noviembre 30 de 1898

namiento: el hecho de que por su índole practica el “libre examen” sobre los asuntos políticos sin tratar de imponer una doctrina como dogma, y el grado de desorganización en que quedó después del desastre de la guerra civil que hacía poco había terminado<sup>16</sup>.

Podría pensarse que con las anteriores consideraciones buscaba justificar sus actuaciones durante ese período en el que el liberalismo se dividió entre los pacifistas y los partidarios de una acción militar, división de la que Torres fue uno de los protagonistas más responsables. Pero más allá de esos antecedentes tenemos que reconocer, así venga el concepto de Spencer, que él entró pronto a ser parte sustancial de su esquema de pensamiento.

Dos conceptos antagónicos, “espíritu de partido” y “espíritu político”, serán los instrumentos de análisis con que afrontará su campaña en contra de la guerra civil y de la orientación que se le estaba dando en Colombia a la política a finales del siglo XIX. El primero de estos conceptos tiene una connotación negativa para el desarrollo democrático y especialmente para una tesis esencial de su pensamiento: la alternancia de los partidos y, concomitante a esta, la alianza entre ellos, cuando hay propósitos afines en la orientación de un país. “Espíritu de partido” no es más que una superstición, que llama a veces “prejuicio de bandería”, el cual puede resumirse en el mandato: “Jamás debemos separarnos de nuestro partido”<sup>17</sup>. *Idola Fori*, ya en su primer capítulo, lo señala como uno de los obstáculos para la comprensión “del devenir humano, de la plasticidad de toda materia de investigación, de la noción de relatividad, de la generosa tolerancia de la inteligencia” (*ed. cit.*, pág. 9). Esa superstición tiene el efecto de convertir en dogmas los programas de una determinada agrupación política, de sacrificar el derecho a disentir y los fueros de la conciencia a la obediencia de órdenes de secta; de someterse, dice en el artículo que le dedicó al tema en *El nuevo tiempo*, a la “disciplina cuartelaria”. Y en *Idola Fori* afirma que ese espíritu de partido es el origen de muchos de los conflictos que ha padecido América Latina, donde éste se ha presentado “como Moloch ebrio de sangre” (*op. cit.*, pág. 90). El espíritu político en cambio tiene su fundamento en la crítica y el libre examen de las propias convicciones y de la propias creencias, en el principio de que todo es susceptible de discusión y que la crítica es en última instancia lo que le da legitimidad a las ideas y las doctrinas de cualquier índole. “Atreverse a

16. \**“La política”*, *El nuevo tiempo*, abril 21 de 1903

17. \**“El espíritu político y el espíritu de partido”*, *El nuevo tiempo*, abril 23 de 1903

tener razón contra su partido”, así lo define en el ensayo que escribió sobre la personalidad de Manuel Murillo Toro<sup>18</sup>. Para regresar al artículo de *El nuevo tiempo*, un párrafo de éste resume sus ideas sobre el tema: “El espíritu de partido busca el bien del partido, el triunfo de los hombres; el espíritu político busca el bien general, el triunfo de los principios. El *espíritu de partido* sigue en pos de personalidades o de abstracciones; el *espíritu político* busca reformas positivas, confronta cuestiones concretas; el espíritu de partido busca a los hombres que representan mejor las pasiones, los rencores o las esperanzas del grupo; el espíritu político a los que encarnen las ideas propiamente tales, aun cuando lleven nombre extraño y evoquen extrañas tradiciones. El espíritu de partido es estrecho como un sectarismo, el espíritu político es amplio como una idea universal”. Y si consideró siempre a Murillo Toro el prototipo en Colombia del espíritu político, el de partido estaba representado por Miguel Antonio Caro, para quien los intereses del conservatismo se identificaban con los del país<sup>19</sup>.

Este par de conceptos tiene varias fuentes en el pensamiento de Torres. El mismo las reconoce en algunos de los textos en que los usa: fuentes nacionales como Salvador Camacho Roldán, y entre las extranjeras, Paul Lafitte. Y sin duda Herbert Spencer, quien lo utilizó en varias oportunidades. Pero lo que interesa, cuando se trata de los escritos de Torres, es señalar que fueron conceptos que tuvo siempre presentes, aun sin hacer mención a ellos, para juzgar a los protagonistas de la política colombiana. Y es que el espíritu de partido, al estar estrechamente vinculado con determinadas personalidades, conduce necesariamente —en su opinión— a uno de los males, generadores de guerras civiles, que han caracterizado a la historia latinoamericana: el *caudillismo*. Ya desde *La crónica*, pero sobre todo en los artículos de *El nuevo tiempo*, a veces de manera velada, el tema del caudillo se hizo recurrente, y llegó a ser para él un verdadero tópico; un tema que nunca abandonó, que estuvo siempre presente entre sus consideraciones en torno a la fundación de una república democrática. Todavía en 1911, en Caracas, poco antes de morir, vuelve a él en “Mensaje del sentido común”, ensayo que cierra, como una es-

18. Cf. *Estudios*, ed. cit., pág. 245.

19. En varias ocasiones llamó la atención sobre las nefastas consecuencias de la subordinación del concepto de patria al de partido. Lo hizo a veces buscando ejemplos en la historia de otros países, pero con el propósito de señalar vicios de la vida política nacional. Cfr., por ejemplo, \* “A propósito de la lección de Polonia”, *El nuevo tiempo*, julio 19 de 1902. Una crítica a Caro por defender la doctrina de que “el Gobernante es un país es asimismo Jefe de la colectividad política del Gobierno”, la ofrece \* “La política”, febrero 10 de 1898.

pecie de acta, su actividad de escritor. Allí retoma la tesis del civilismo como una característica de la personalidad histórica de Colombia, a diferencia de lo que ha sido corriente en América Latina, sobre todo en países como Venezuela: nuestras guerras civiles se hicieron —es su afirmación— por ideales y no simplemente por el capricho de un hombre ansioso de poder<sup>20</sup>.

Esas ideas, enunciadas en su ensayo de Caracas, aparecen por primera vez en *La crónica*<sup>21</sup>, un año antes de que sonaran los clarines anunciando la proximidad de las batallas, donde plantea el problema para prevenir a los colombianos, en particular a los liberales, sobre los peligros del fenómeno del caudillo: es una especie de denuncia de quienes pretendían imponer el personalismo en el manejo de los asuntos de su propia colectividad. Lo que significaba separarse de una tradición eminentemente nacional —y además *liberal*, en su opinión— que se había interpuesto en las pocas veces en que quiso surgir en Colombia un hombre providencial y arrogante, como salvador de la república. El caudillo para Torres es una hechura de las guerras civiles, que muchas veces buscando restaurar a través de las armas las libertades que ha arrebatado un gobernante de turno, crean nuevas tiranías. Por eso, en 1903, al hacer memoria de los acontecimientos recientes de Colombia, se refirió de nuevo al problema para machacar la tesis de que una guerra que se prolonga hasta el cansancio, “engendra al cabo el déspota armado”<sup>22</sup>, de quien están ausentes los ideales y los principios y cuyos gobiernos se constituyen en torno a la figura del mandatario, como fuente de derecho y de poder. El escepticismo frente a las armas como medio de conquistar el poder político fue un sentimiento que expresó a lo largo de su carrera, aún en su obra poética. Lo único que han logrado las guerras civiles es reemplazar unos tiranos por otros: con las armas “no se fundan las libertades públicas” es en síntesis su mayor argumento en contra de la guerra<sup>23</sup>.

Hay que observar que en *Idola Fori*, el caudillismo está considerado dentro de sus observaciones sobre el gobierno aristocrático. Con este término no se refiere sólo al hombre que se hace al poder en el campo de batalla. Allí agrupa en verdad tanto al caudillo militar como a los gobiernos absolutistas que

20. El ensayo fue incluido en C. A. Torres, *Discursos*. Bogotá, 1946. Esta obra había aparecido, en su primera edición, en Caracas (1911) con el título *La literatura de ideas*. En la edición caraqueña Torres no incluyó este ensayo.

21. \*“La división liberal”, *La crónica*, octubre 9 de 1898.

22. \*“La política”, *El nuevo tiempo*, mayo 6 de 1903.

23. \*“Mas realistas que el rey”, *El nuevo tiempo*, febrero 16 de 1903.

reúnen en una persona el mayor cúmulo de poderes que conforman un Estado y que en detrimento de los gobernados, olvidando la noción de libertad de las personas en beneficio de la autoridad, propende por el engrandecimiento del gobernante. Una observación de aquel libro, además, ilustra sus intenciones en las críticas a este tipo administración, esto es, oponer ese género de gobierno al democrático, aun cuando al hacer el estudio de las supersticiones que aquejan a este último, se vio impelido a enunciar una especie de diagnóstico profiláctico. Dice allí: “A la deificación de los hombres de presa, de los héroes y de los providenciales salvadores de pueblos, formas de la moderna superstición aristocrática en los pueblos de instituciones democráticas, es preciso oponer el respeto a la ley, el concepto de dignidad nacional y el culto serio de la libertad”<sup>24</sup>.

Sus consideraciones sobre el caudillismo, en el lapso de los tres años que duró la guerra, tenía el objetivo evidente de cuestionar la autoridad de los jefes militares del liberalismo. Pero también debemos recordar que esa crítica cobijó a figuras como Miguel Antonio Caro, para subrayar el carácter que éste impuso al manejo del Estado, que no es otro que aquel que representa a los gobiernos absolutistas, es decir el personalismo, el autoritarismo y la “infatuación mental”<sup>25</sup>. Hay que advertir que todas las anomalías que enumera en el artículo que dedicó como balance de la Administración de Caro, se explican, según Torres, por la índole del régimen que instauró la Regeneración, y en última instancia al espíritu de la Constitución del 1886, que le dio al Presidente de la República la personalidad de un mandatario omnipotente<sup>26</sup>.

24. *Idola Fori*, ed. cit., p. 138

25. Cfr. \*“La Administración que termina hoy”, *La crónica*, 7 de agosto de 1898. Este artículo es en realidad un balance de la administración de Caro. En él hace la enumeración de todos aquellos aspectos negativos que la caracterizaron: corrupción administrativa; intolerancia frente a las críticas que respondió siempre con el silencio o con actitud de intimidación, manteniendo al país en pie de guerra, lo que condujo que el ejército absorbiera “la mayor parte de las rentas públicas”; “creación de nuevos impuestos y de monopolios”, violando las leyes existentes; desorganización de la Hacienda pública; desidia en el manejo de los asuntos internacionales, que condujo a la pérdida de territorios y al pago de ingentes sumas a países vecinos; abandono de la instrucción pública; y en el campo de la justicia, sometimiento del poder judicial a la voluntad presidencial. No olvida señalar, aunque sin detenerse en ellos, el manejo represivo del estado con destierros, prisiones y fusilamientos.

26. Un balance de la Regeneración, aún más negativo que el que ofrece de la Administración Caro, nos lo da en “Cosa juzgada (Artículo segundo)”, *La opinión pública*, marzo 31 de 1898. Allí afirma: “La Regeneración ha sido, pues, el reino de la revolución, un estado latente de guerra y de intranquilidad con sus odios, sus persecuciones y su agonía”. Debemos recordar que *La opinión pública* es el periódico que sustituyó a *La crónica* durante los meses que fue suspendida por el gobierno de Caro como sanción por haber publicado un suelto sobre el monopolio de los fósforos, en marzo de 1898.

Ni el espíritu de partido ni el caudillismo pueden ser entonces garantía de un Estado democrático (lo que para Torres era, en sentido estricto, *república*), fuese liberal o conservador. En este Estado —fue uno de sus credos políticos, al cual nunca renunció, y que esgrimió constantemente, como argumento fuerte, en sus campañas periodísticas en contra de la guerra— en este Estado, para que sea realmente republicano, se requiere un constante cambio de ideas y de discusión pública, que haga posible la alternabilidad de los partidos en el poder y también la colaboración de ellos en casos de bien común. Tanto la alternabilidad como la alianza entre los partidos, resulta una consecuencia de la teoría de la evolución del pensamiento, de la “rotación de las ideas”, que es la expresión que emplea en *Idola Fori*. Desde la época de *La crónica* y luego en *El nuevo tiempo*, esgrimió esos dos puntos, implícitamente en ocasiones, en otras de manera directa, contra la intransigencia liberal del sector de Uribe Uribe o en sus críticas a Caro. La alternabilidad de los partidos en el poder es una característica esencial de la República, la nota que le permite realizar los ideales democráticos de organización social y administrativa, en la que el acceso al manejo de los asuntos públicos se logra a través de la elección, lo que le quitará los “caracteres de desquite y conquista que revisten los triunfos en las otras formas de gobierno”, —cuando se llega a éste a través del triunfo militar, por ejemplo<sup>27</sup>. Insistía en que ese vaivén de los partidos que se turnan en la vida política de un país, de acuerdo con la aceptación popular con que contaran, era una condición para afianzar la democracia entre los colombianos y derrotar al enemigo común de liberales y conservadores: el gobierno absolutista<sup>28</sup>.

La alternabilidad es concomitante —dijimos— con otra práctica esencial de la política dentro de la democracia moderna. Me refiero a las alianzas entre los partidos, en la que insistió como medio de lograr las reformas constitucionales que pedía el liberalismo durante el período de la Regeneración. También este tema se convirtió en un tópico de su pensamiento. Son obra de la necesidad, obedecen a exigencias externas a las doctrinas de los partidos, pero no son impuestas por nadie y tampoco pueden evitarse, sin graves consecuencias para una colectividad determinada y en especial para el país<sup>29</sup>. En el caso concreto de las reformas por las que el liberalismo estaba luchando, por

27. Ver \**“Los gobiernos fuertes”*, *La crónica*, julio 8 de 1897

28. Cfr. \**“Ultima verba”*, *La crónica*, septiembre 16 de 1898

29. Cfr. \**“Actitud liberal”*, *La crónica*, octubre 28 de 1898.

considerarlas condiciones necesarias para sus aspiraciones políticas y poder salir en definitiva del ostracismo a que estaba relegado, consideraba que este partido podía lograrlas en alianza con la fracción conservadora que lo acompañaba en su oposición al gobierno de Caro. Algo más, creía en la sinceridad de ese sector conservador en propiciar nuevas leyes que corrigieran el carácter absolutista de la Constitución del 86. Por sí solo, el liberalismo no estaba en capacidad de asumir esa tarea: “...el Partido Liberal —dice—, sin un palmo de terreno donde apoyarse, sin el punto matemático en donde colocar su palanca poderosa, era tan impotente para salvar la República, como Arquímedes para mover el mundo. Necesitaba, pues, como la necesidad más imperiosa y precisa, ese palmo de terreno donde asentar la planta, a fin de hacer valer sus influencias en bien de la libertad y de la patria. La oposición conservadora, impotente también ella sola para modificar lo existente, poseía, empero, ese precioso palmo de terreno. Ambos se completaban; una liga, una simple inteligencia entre las dos fracciones las habría conducido a la realización de sus programas”<sup>30</sup>.

Consideró posible la alianza al asumir José Manuel Marroquín las funciones presidenciales en agosto de 1898. El discurso de posesión del nuevo mandatario lo leyó como una pieza comprensiva de los problemas políticos de Colombia y de las aspiraciones del liberalismo, pero en el que no se compromete con reformas que conduzcan a su solución y a tranquilizar los ánimos belicosos de la fracción liberal que veía la guerra como alternativa inminente a la situación a que lo estaba sometido. Marroquín consideraba que esas reformas requerían un clima previo de tranquilidad política, que evitara que los ánimos se enconaran, y como consecuencia expresaba su deseo de posponerlas “para tiempos más propicios”<sup>31</sup>. El comentario de *La crónica*, sin duda originado en la pluma de Torres, no dejó pasar inadvertida la última observación, que interpretó como una ambigüedad del nuevo presidente, pero también llama la atención del lector sobre el nuevo espíritu que anunciaba su discurso de posesión: “Escuchar el clamor de los pueblos en vez de ahogarlo; estudiar sus necesidades en vez de pensar sólo en perpetuarse en el poder; en una palabra, gobernar, no resistir: todo esto está comprendido en esa verdadera declaración de respeto a los gobernados, y es también un reconocimiento de la libertad de

30. \**“La política”*, *La crónica*, febrero 13 de 1898

31. El discurso de Marroquín puede leerse en M. Monsalve: *Colombia: Posesiones presidenciales 1810-1954*, Bogotá, 1954, pág. 306.

prensa en su concepto más elevado y científico”<sup>32</sup>. No hay duda que su autor, en este párrafo, quiso establecer un contraste con la actitud que asumió Caro durante su paso por la Presidencia de la República, sobre todo con el ánimo belicoso que se percibe en su Mensaje al Congreso del 20 de julio de 1898, el cual para Torres caracteriza todos sus actos de gobierno. El artículo publicado dos días antes, el 7 de agosto, titulado “La Administración que termina hoy”, contrasta por su acidez con el espíritu moderado, y en especial por su franco optimismo, del que dedicó a la posesión de Marroquín.

Pudo observar más tarde que esas aspiraciones se realizarían con la labor legislativa del Congreso de 1898, y que no obstante la cautela manifestada por el Vicepresidente, las reformas empezaron a darse pronto: el 28 de mayo de 1898 expresaba el deseo que el nuevo congreso derogara la ley de facultades extraordinarias, y expidiera una ley de prensa que le garantizara al escritor público la plena libertad para expresar sus opiniones<sup>33</sup>; el 16 de septiembre del mismo año, en el editorial de *La crónica* reconoce con satisfacción un clima favorable dentro del partido conservador, para las reformas que urgía el liberalismo<sup>34</sup>; y el 14 de octubre anuncia que se ha formado en la Cámara de representantes un movimiento, surgido dentro del seno mismo del conservatismo, encabezado por José Vicente Concha, en contra del sistema imperante y dispuesto a promover las reformas que conducirían a la restauración de la república<sup>35</sup>.

La oposición de Carlos Arturo Torres a que se hiciera la guerra no se debió únicamente a razones de estrategia, a falta de recursos y de preparación militar por parte del liberalismo, como fue la actitud de muchos de sus copartidarios que se mostraron adversos a ella, ni al desconocimiento de una realidad opresiva, sino a razones de doctrina o de carácter ideológico. Todas sus campañas periodísticas, la de *La crónica* en discrepancia con el liberalismo que optó por la salida militar, y la de *El nuevo tiempo* en busca de un clima favorable para que se negociara una paz digna entre el gobierno y los liberales en armas, deben analizarse en relación con su ideas filosóficas y políticas, el cual sería el mismo criterio que habría que adoptarse para evaluar sus juicios adversos al régimen de Miguel Antonio Caro y, en general, a la Regeneración.

32. \*La política (El discurso-programa del Sr. Marroquín)”, *La crónica*, 9 de agosto de 1898.

33. Cfr. \*La política”, *La opinión pública*, marzo 28 de 1898.

34. Cfr. \*Ultima verba”, *La crónica*, septiembre 16 de 1898.

35. Cfr. \*La política”, *La crónica*, octubre 14 de 1898.

Tampoco podemos decir aquí que se trata de una cuestión de estrategia electoral. Su pensamiento político estuvo centrado en los aspectos de los derechos y las libertades del individuo, para cuyo logro el Estado debía, a su entender, disminuirse al máximo, reduciendo sus funciones prácticamente a una tarea de vigilancia, pues de lo contrario ese Estado se constituiría en un obstáculo a la acción de los particulares. Liberal entonces quería decir comprometerse con la salvaguardia de aquellos derechos y aquellas libertades. Pero no era éste, se lamentaba, el concepto de liberalismo que se había impuesto en muchos de los partidos latinoamericanos que ostentaban este título<sup>36</sup>. Sus opiniones sobre la actividad militar dentro del ejercicio político se apoyan en esa concepción. En uno de sus artículos, en el que se propuso analizar el problema de la guerra en su relación con la doctrina liberal, sostiene que la ambición de esta es propender por la libertad, a través de la educación civil, del trabajo y la moralidad, en un ambiente de tolerancia<sup>37</sup>. Y otro texto de la misma época, como resumen, afirma que la esencia de esta ideología es la tolerancia, y que por lo tanto en cuestiones de política y organización social “aspira a convencer, no a matar”<sup>38</sup>. Este ideario lo autorizó a llamar a una especie de juicio público a los principales protagonistas de su partido en la confrontación armada y demostrarles las contradicciones y inconsecuencias doctrinarias de sus planteamientos<sup>39</sup>. Y con ocasión de la firma del último tratado de paz, el de Wisconsin, escribió: “La historia no podrá menos que juzgar con severidad este movimiento armado. Estalló en momentos en que el país acababa de ver el inusitado espectáculo de un Congreso conservador que llevó a cabo ocho importantísimas y sustantivas medidas liberales; esto es, en el momento en que se iniciaba una revolución civil que sólo la guerra podía contener y malograr;...”<sup>40</sup>.

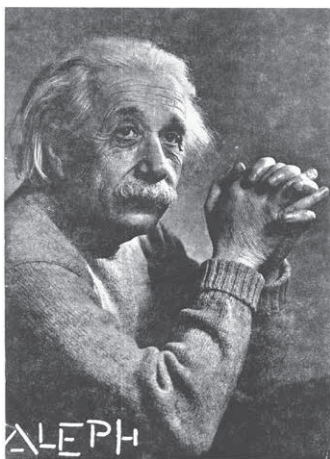
36. C. A. Torres: “Profesión de fe”, *El nuevo tiempo*, julio 25 de 1902.

37. “Por la doctrina”, *El nuevo tiempo*, junio 12 de 1902

38. “Por la doctrina y por los hombres”, *El nuevo tiempo*, junio 4 de 1902

39. Ver \* “Los cargos del General Uribe Uribe”, *El nuevo tiempo*, enero 13 de 1903; \* “El discurso de paz del General Uribe”, *El nuevo tiempo*, febrero 10 de 1903; \* “*El nuevo tiempo* ante el General Herrera y sus ministros”, *El nuevo tiempo*, febrero 17 de 1903; y \* “El Manifiesto del General Vargas Santos”, *El nuevo tiempo*, febrero 4 de 1903. El primero de los artículos citados en esta nota es la respuesta de Torres al folleto de Uribe Uribe *Texto y antecedentes del Tratado de Nerlandia*, publicado en Bogotá, 1903. Ver R. Uribe Uribe: *Documentos políticos y militares*. Bogotá, 1904.

40. \* “Terminación de la guerra”, *El nuevo tiempo*, diciembre 10 de 1902; Vease además, \* “Revolución, no guerra”, *El nuevo tiempo*, junio 6 de 1903



## Notas

### Rubén Sierra en la Revista Aleph:

SIERRA-MEJÍA, Rubén. “Demostración de la imposibilidad de la metafísica”, por A.J. Ayer. Traducción y nota bio-bibliográfica. Aleph 6, enero/abril 1974; pp. 3-13

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Jean Paul Sartre (1905-1980). Aleph 33, abril/junio 1980, pp. 3-5.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. El nuevo Wittgenstein. Aleph 34, julio/septiembre 1980, pp. 3-5.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Filosofía y estilo. Aleph 37, abril/junio 1981, pp. 3-4.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Elogio de la lectura ociosa. Aleph 38, julio/septiembre 1981, pp. 3-4.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Simulación y cultura. Aleph 43, octubre/diciembre 1982, pp. 3-6.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. El escritor en el exilio. Aleph 54, julio/septiembre 1985, pp. 3-6.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Danilo Cruz Vélez: filosofía sin supuestos. Aleph 56, enero/marzo 1986, pp. 15, 17-18.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Sócrates y Fausto: dos actitudes éticas de intelectual. Aleph 57, abril/junio 1986, pp. 3-6.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Sobre el arte de citar. Aleph 63, octubre/diciembre 1987, pp. 3-5.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Evocación de Fernando Mejía-Mejía. Aleph 66, julio/septiembre 1988, pp. 16-18.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Jaime Vélez-Sáenz, filósofo. Aleph 72, enero/marzo, 1990, pp. 3-6.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. La metáfora del texto filosófico. Aleph 96, enero/marzo, 1996, pp. 2-9.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Manuscrito autógrafo (fragmento de texto). Aleph 96, enero/marzo, 1996, p. 9.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Hombre y cultura. Aleph 100, enero/marzo, 1997, pp. 41-53.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. La morada invadida. Aleph 101/102/103, abril/diciembre, 1997, pp. 6-10.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. No todo es lectura. Aleph 104, enero/marzo, 1998, p. 2-5.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Recuerdos de Juozas Zaranka. Aleph 107, octubre/diciembre, 1998, pp. 3-10.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. ¿Para qué sirve una revista cultural? Aleph 109, abril/junio, 1999, pp. 22-27.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. ¿Por qué aún humanidades? Aleph 113, abril/junio,

2000, pp. 2-15.

SIERRA-Mejía, Rubén. El reverso de la luz. Aleph 113, abril/junio, 2000, pp. 113-119.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Nota impopular sobre la cultura. Aleph 115, octubre/diciembre, 2000, pp. 161-164.

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Diálogo con Danilo Cruz-Vélez. Aleph 143, octubre/diciembre 2007; pp. 53-71

SIERRA-MEJÍA, Rubén. Política y cultura en la República Liberal. Aleph 151, octubre/diciembre 2009; pp. 3-31





**Patronato histórico de la Revista.** Alfonso Carvajal-Escobar (✉), Marta Traba (✉), José-Félix Patiño R. (✉), Bernardo Trejos-Arcila (✉), Jorge Ramírez-Giraldo (✉), Luciano Mora-Osejo (✉), Valentina Marulanda (✉), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía (✉), Jesús Mejía-Ossa (✉), Guillermo Botero-Gutiérrez (✉), Mirta Negreira-Lucas (✉), Bernardo Ramírez (✉), Livia González, Matilde Espinosa (✉), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (✉), Antonio Gallego-Uribe (✉), Santiago Moreno G., Rafael Gutiérrez-Girardot (✉), Ángela-María Botero, Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (✉), Norma Velásquez-Garcés (✉), Luis-Eduardo Mora O. (✉), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Darío Valencia-Restrepo, Guillermo Páramo-Rocha, Moisés Wasserman L., Carlos Gaviria-Díaz (✉), Humberto Mora O. (✉), Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur-Rendón (✉), Mario Spaggiari-Jaramillo (✉), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (✉), María-Leonor Villada S. (✉), María-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata P., Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (✉), Georges Lomné, Nelson Vallejo-Gómez, Antonio García-Lozada, María-Dolores Jaramillo, Albio Martínez-Simanca, Farid Numa-Hernández, Jorge Consuegra-Afanador (✉), Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Alejandro Dávila A.



# Colaboradores

**Sandra Sierra-Sarasty.** Artista Plástica y Diseñadora Gráfica, nacida en Bogotá (1969). Graduada en Bellas Artes de la Universidad de Los Andes y con estudios de Diseño Gráfico de la International Academy of Design en Toronto, Canadá. Ha participado en diferentes exhibiciones individuales y colectivas, tanto en Colombia como en Canadá. En la actualidad trabaja como diseñadora de accesorios en Toronto, lugar donde reside desde hace más de 20 años.

**Rubén Sierra-Mejía** (1937-2020). Filósofo y escritor colombiano, ensayista. Profesor Emérito y Honorario de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor h.c. de la Universidad del Valle y de la Universidad de Caldas. Director de la Biblioteca Nacional de Colombia. Director de varias publicaciones de filosofía, literatura y arte. Gestor de la “Sociedad Colombiana de Filosofía” y del muy especial “Seminario UN sobre el pensamiento colombiano”. Libros publicados: Ensayos filosóficos (1978); Epiménides, el mentiroso (Selección, traducción y prólogo, 1980); La filosofía en Colombia (1985); La responsabilidad social del escritor (1987); Apreciación de la filosofía analítica (1987); Carlos Arturo Torres (1989); La época de la crisis - Conversaciones con Danilo Cruz-Vélez (1996); Antología de Traductores de poesía en Colombia (con Jaime García-Maffla, 1999), Obras de Carlos-Arturo Torres (Presentación, prólogo y notas, 2001); Ensayos impopulares (Manizales: Universidad de Caldas 2002). Traductor de textos de E. Durkheim; Leibniz; Rousseau; E. Gombrich y D. Eribon: S. Rials; G. Jhonson y J. Symonides, vale decir, de escritos metafísicos, sobre el lenguaje, sobre la imagen, sobre los derechos humanos o sobre filosofía analítica. Editor, con juiciosos ensayos, de las siguientes obras: *Miguel-Antonio Caro y la cultura de su época* (2002); *La filosofía y la crisis colombiana* (2002); *El radicalismo colombiano del siglo XIX* (2006); *La crisis colombiana. Reflexiones filosóficas* (2008); *República Liberal: sociedad y cultura* (2009); *La Restauración Conservadora 1946-1957* (2012), y de próxima publicación *Frente Nacional: política y cultura*.

**Clara-Helena Sánchez B.** Matemática, MSc, PhD en Lógica y Filosofía de la Ciencia. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia, distinguida con la “Orden Gerardo Molina” de la UN.

**Gustavo Silva-Carrero.** Doctor en Filosofía, profesor-investigador en la Universidad Nacional de Colombia y Universidad El Bosque, con aplicación preponderante a la filosofía de la ciencia. Columnista de prensa. Director Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.

**Myriam Jimeno-Santoyo.** Antropóloga, PhD. Profesora-investigadora de la Universidad Nacional de Colombia, con aplicación preponderante en el tema Cultura y Violencia. Profesora Emérita y Medalla al Mérito Universitario de la UN.

**Carlos-Alberto Ospina H.** Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia y Máster de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Titular de la Universidad de Caldas, profesor-investigador de su Escuela de Filosofía. Ensayista.

**Luis-Ángel Méndez.** Profesional adscrito a la Editorial de la Universidad Nacional de Colombia.

**Nicolás Duque-Buitrago.** Profesional en Filosofía, profesor en la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas; Director del sistema de bibliotecas, de la misma institución.

**Adolfo-León Gómez G.** (1944-2015). Profesor-investigador en la Universidad de Caldas y la Universidad del Valle. Doctor de la Universidad de Lovaina en 1974 con la tesis: *El conocimiento científico en la filosofía de Descartes*. Autor de los siguientes libros: *Filosofía analítica y lenguaje cotidiano. Un estudio de la filosofía de J. L. Austin y sus desarrollos posteriores* (1988); *El primado de la razón práctica* (1991); *Breve tratado sobre la mentira* (1992); *Argumentos y falacias* (1993); *Lenguaje, comunicación y verdad* (1997); *Seis conferencias sobre teoría de la argumentación* (1999-2001) (Reeditado en el 2006, con el título de *Seis lecciones sobre teoría de la argumentación*); *Tres ensayos sobre Karl Popper* (2000); *Descartes. Ayer y hoy* (2002, que contiene apartes de su tesis doctoral); *La importancia de las nociones confusas* (2004); *¿...Enseñar filosofía?* (2006). y *¿Qué es la historia de la filosofía?* (2009).

**Carlos-Enrique Ruiz.** Profesor Emérito y Honorario de la Universidad Nacional de Colombia. Director-Fundador de la Revista Aleph.



Fajo de fichas manuscritas de Rubén Sierra-Mejía



banca bionda  
202!

## Monográfico dedicado a Rubén Sierra-Mejía (1937-2020) Ilustraciones de Sandra Sierra-Sarasty

Facsímil de carta (Bogotá, 04.II.1959) / <i>Rubén Sierra-Mejía</i> /	1
Rubén Sierra-Mejía, intelectual-escritor /Carlos-Enrique Ruiz/	2
Encuentro de caminos con Rubén Sierra /Clara-Helena Sánchez B./	15
Rubén Sierra y la responsabilidad intelectual de un editor /Gustavo Silva-Carrero/	20
Rubén Sierra y el pensamiento colombiano /Carlos-Enrique Ruiz/	32
Rubén Sierra, en diálogo / <i>Myriam Jimeno</i> /	48
Prólogo al volumen “Frente Nacional: política y cultura” /Myriam Jimeno; Luis-Ángel Méndez/	55
Rubén Sierra. Una filosofía ocasionalista /Nicolás Duque-Buitrago/	58
La filosofía analítica (Reseña del libro “Apreciación de la filosofía analítica”, de R.S.M.) / <i>Adolfo-León Gómez</i> /	66
Danilo Cruz-Vélez (ensayo de prólogo a las “Obras Completas”) /Rubén Sierra-Mejía/	70
En memoria de Danilo Cruz-Vélez / <i>Rubén Sierra-Mejía</i> /	86
Consideraciones impopulares / <i>Rubén Sierra-Mejía</i> /	92
Miguel-Antonio Caro, el ortodoxo / <i>Rubén Sierra-Mejía</i> /	97
Carlos-Arturo Torres y la guerra de los mil días / <i>Rubén Sierra-Mejía</i> /	102
<b>NOTAS:</b> Rubén Sierra en la Revista Aleph	118
Patronato histórico de la Revista	120
Colaboradores	121